







HABLANDO CON
XAVIER ZUBIRI



Sociedad - Historia - Ciencia

Queda prohibida, salvo excepción previa en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y sgts. Código Penal).

Esta publicación ha recibido la ayuda de la
Diputación Foral de Gipuzkoa



Gipuzkoako Foru Aldundia
Diputación Foral de Gipuzkoa

AUTOR

José Antonio Artamendi Muguerza

© José Antonio Artamendi Muguerza

© Fundación OREKI

Pza. del Caddie, 1 bajo.

20160 Lasarte-Oria

DIRECCIÓN EDITORIAL

Enrique Ayerbe Echebarria

EDITA

© ETOR-OSTOA S.L.

Pza. del Caddie, 1.

20160 Lasarte-Oria

FOTOCOMPOSICIÓN Y MAQUETA

ETOR-OSTOA, S.L.

20160 Lasarte-Oria.

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN

GRAFO S.A.

48970 Basauri

ISBN: 978-84-96288-78-2

Dep. Legal: BI- 1350-09

Nota del editor:

Este libro es fruto de un seminario impartido por el Profesor Artamendi. El texto, que ha sido confeccionado por alumnos y asistentes a dicho seminario a partir de apuntes y grabaciones, mantiene el carácter oral de la expresión y el desarrollo de la exposición propio de una clase presencial.

HABLANDO CON XAVIER ZUBIRI



Sociedad - Historia - Ciencia

JOSÉ ANTONIO ARTAMENDI MUGUERZA





Sociedad - Historia - Ciencia

INTRODUCCIÓN 8

SOCIEDAD

CAPÍTULO I: LA FIGURA DEL HOMBRE CULTO

El nuevo conflicto social y sus diferentes frentes 15
El saber y el tener 18
El saber y el convivir. Igualdad y diferencia. Solidariedad y solitariedad 21
El saber y el vivir plural. Cultura, Lengua e Instituciones 26

CAPÍTULO II: CARACTERÍSTICAS DEL HOMBRE SOCIALMENTE CULTO

Interclasismo del hombre culto 33
Carácter crítico y desencantador del hombre culto 34
El mundo de la necesidad y el hombre culto 37

CAPÍTULO III: CARACTERÍSTICAS GENERALES DEL HOMBRE CULTO

Elitismo y mundo del saber 45
Saber y acción 48
Saber y Mundo. Abandono y Gheto 51

CAPÍTULO IV: EL MUNDO DEL SABER Y LA HISTORIA 52



HISTORIA

CAPÍTULO I: LA CATEGORÍA DE HISTORIA Y SU PROTAGONISTA	
El autor de la Historia	67
Historia. Libertad y Responsabilidad	71
Historia y Trascendencia	73
Historia y claro-oscuro de su realización	76
Historia e imprevisión	78
Historia y autenticidad o inautenticidad	78
Historia y autonegación constitutiva	79
Historia e inestabilidad	84
CAPÍTULO II: QUÉ ES HACER HISTORIA	
Historia. Necesidad y preguntas	87
Transmisor y receptor en el proceso histórico	89
La Historia como maduración, como desvelación	91
La Historia como entrega de ser	91
El hombre como ser no enclasado y receptor del ser. Autenticidad e inautenticidad	95
Imprevisibilidad de la Historia	96
Imperiosidad de la pregunta y de la necesidad	98
Seriedad ante la existencia	101
Improvisación, instantaneidad, oportunidad y experiencia	103
Historia auténtica e inauténtica	104
Continuismo o ruptura	110
CAPÍTULO III: SUJETO DE LA HISTORIA	
Historia. Preguntas y necesidades. Tematizaciones y respuestas	115
«Los nosotros»	116
Su versión en el lenguaje cotidiano	117
Sujeto activo y sujeto pasivo	121



CAPÍTULO I: EL PROCESO DE CONVERSIÓN DEL EN SÍ, EN UN EN SÍ PARA SÍ	
La descripción de Esquilo	127
<i>Afirmación General. Presentación y representación</i>	128
<i>Capacidad de espacialización</i>	129
<i>Capacidad de temporalización</i>	130
<i>Capacidad de simbolización. Número y escritura</i>	130
<i>Capacidad de hacer frente al límite y al presente</i>	131
<i>Consecuencia de esas capacidades</i>	132
Manera de llevar a cabo el proceso. Solidaridad solidaria	132
Individuo y sociedad. Las élites	134
La dialéctica del dueño y del esclavo	138
Diferentes posibles situaciones en este proceso de cambio	139
Historia, pueblo y elemento consciente	147
Sujeto de la Historia	159
Conclusión	151
CAPÍTULO II: POSIBLES ESTRUCTURAS DE TEORÍAS CULTURALES	
Introducción	155
Primeras hipótesis. Mantenimiento del status quo	157
Segunda hipótesis. Cambio controlado	160
Tercera hipótesis. Ruptura de la pirámide. Proceso	165
Nuevas estructuras teóricas	168
Formas de llevar a efecto la teoría	170
Teoría y sociedad	171
Novedad y autenticidad	172
Raíz filosófica del planteamiento. Prioridad del Yo. Elitismo. Distinción	174
Teoría y llamada de la tierra. Realismo e idealismo	177
Necesidad de una nueva teoría	180
CONCLUSIÓN	188



INTRODUCCIÓN

«La filosofía no es una ocupación más, ni tan siquiera la más excelsa del hombre, sino que es un modo fundamental de su existencia intelectual. Por eso no nace de un juego arbitrario de pensamientos, sino de la azarosa, problemática situación en que el tiempo, su tiempo, le tiene colocado».¹

La función de la filosofía pues, en boca de Zubiri, es la de pensar y actualizar el tiempo en el que vive el que filosofa.

De ahí que, líneas más abajo Zubiri copia a Hegel en el comienzo de su *Lógica*: «Tan extraño, dice Hegel, como un pueblo para quien se hubieran hecho insensibles su Derecho político, sus inclinaciones y sus hábitos, es el espectáculo de un pueblo que ha perdido su *Metafísica*, un pueblo en el cual el espíritu ocupado de su propia esencia no tiene en él existencia actual ninguna»²

Las páginas que siguen tratan de pensar nuestro tiempo, para procurar que tenga existencia actual propia, la esencia propia de todos los pueblos.

Un primer ensayo trató sobre la identidad nacional, tema querido a Hegel. Como consecuencia del desarrollo técnico industrial, como del desarrollo político, este va a ser uno de los problemas con los que nuestro tiempo va a verse obligado a enfrentarse.

¹ X. Zubiri. *Hegel y el problema de la Metafísica*. Naturaleza, Historia y Dios. Editora Nacional Madrid 1963 Pág.225.

² o.c..Pág.225 y 226.

Si la Ilustración y la Revolución francesa nos aportó la igualdad como categoría básica de convivencia, hoy no podemos permitirnos el lujo de perder bien tan apreciado, sino que nos será preciso luchar para que eso que se expresa en bellas palabras, dignas del frontón de edificios nobles, sea llevado a la realidad cotidiana.

Pero el mismo desarrollo de la igualdad nos obliga a hacer sitio entre nuestras preocupaciones al derecho a la diferencia, pues no hay igualdad si no hay diferencia. Igualdad exige multiplicidad. Esta exige a su vez diferencia. Si no hay diferencia no hay igualdad. De ahí, entonces, que sea preciso rehacer el camino y aquello que equivocadamente plasmó la igualdad en uniformidad, realice la igualdad con la consecuente diferencia que exige. Por ello nos es necesario a nuestro tiempo analizar el problema de la identidad, para de esta manera solucionar el viejo problema platónico, de ver cómo pueden convivir clases sociales y pueblos diferentes sin que, necesariamente, generen la muerte de los unos y los otros. Es preciso solucionar, o al menos plantearse el problema de percibir cómo es posible no poder ser sin los otros, no siendo los otros.

El problema de la identidad nacional es preciso plantearse-lo, para evitar sinrazones y comportamientos no propios de seres humanos.

En este ensayo, fundamentalmente hemos trasvasado a este problema conceptos bien queridos por Zubiri, como son la sustantividad y el «de suyo», pero propiamente nos hemos movido en las coordenadas que él mismo maneja en su obra «Sobre el hombre» referidas a la identidad personal.

En un segundo ensayo intentamos racionalizar el hecho social de la crisis de la convivencia y el resurgir de los nacionalismos y una vez visto que es un hecho social, no sólo coyuntural, sino estructural de la nueva generación que emerge, en lugar de denostarlo y terminar negándole su existencia, reconocemos su existencia como realidad social, y una vez esto expuesto, lo analizamos a la luz de la antropología social de Zubiri. Nos hemos valido del capítulo VI de su obra «Sobre el hombre», en donde estudia al hombre como realidad social.

Y en este tercer ensayo, «Sociedad. Historia. Ciencia», nos hemos planteado un problema de reciente aparición.

Cuando Descartes sometió todo a la duda, logró salvarse no sólo como verdad de hecho, sino como verdad de razón, el «yo».

Más tarde ese «yo», fue tomando otras dimensiones, por vía de Spinoza, Kant, y sobre todo con Hegel.

Pero gracias a él precisamente, la humanidad descubrió el continente de la historia, con lo cual surgió como pregunta **qué era hacer historia y quién era el sujeto de la misma.**

Sobre **qué era hacer historia**, Zubiri publicó un trabajo sumamente interesante. Está publicado en el tomo I de la revista «Realitas» -Seminario Xavier Zubiri -Trabajos- 1972-1973. Sociedad de Estudios y Publicaciones. Madrid. 1974. «La dimensión histórica del ser humano». Xavier Zubiri.

Pero es que actualmente, descomponiéndose, como se nos descompone el yo, nos brota la pregunta sobre **quién es el protagonista de la historia**, para hacer ver que la historia no tiene protagonista y coro, sino que es el coro general, el protagonista.

Durante años, dejándonos llevar de la mano por Hegel, y aceptando que el que fuese negatividad más completa sería el sujeto de la historia, llegamos a una conclusión que el tiempo nos puso de manifiesto, que aquel que nosotros pensábamos era sujeto de la historia, no lo era. Y esto no fue una conclusión, sino una constatación. Y todos nos pusimos a buscar quién podría encarnar mejor la negatividad absoluta. Serían los estudiantes, los marginados, los pueblos del tercer mundo.

Así, hasta que llegamos al convencimiento de que quien era negatividad absoluta, en el momento que se hiciese con el poder dejaba de ser negatividad para pasar a ser positividad, con lo cual quedaba invalidado para ser sujeto de la historia.

Sencillamente nos habíamos dejado llevar por la dinámica del tiempo. Estábamos habituados a ver como sujetos de la historia a hombres eméritos y heroicos, a pueblos distinguidos, a clases sociales eminentes en cada momento de la historia, a instituciones más o menos meritorias y acertadas.

Al final por mera constatación de la historia nos vimos obligados a reconocer que el sujeto de la historia éramos todos los seres humanos, considerados individualmente o considerados en colectividades o pueblos. Ello nos llevó a plantearnos ese problema, y como consecuencia el de qué era hacer historia.

De esta manera, sin caer en un populismo, creemos que hemos reflexionado lo suficiente, por lo menos para no permitir protagonismos.

Sencillamente, es preciso deshacerse de la dialéctica del **dueño y el esclavo**, por la sencilla razón de que nadie es dueño ni esclavo.

Estos ensayos, como es natural, no pretenden plasmar lo que Zubiri afirmó. Solamente pretendemos reflexionar, intentando racionalizar un tanto la problemática y azarosa realidad, que nuestro tiempo nos tiene colocados y hacerlo desde la perspectiva de Xavier Zubiri.

De ahí el título que hemos utilizado:

«**Hablando con Zubiri**».

Con ello venimos a situarnos en el lugar de Zubiri cuando dicta el curso que lleva por título el artículo que tomamos como base para nuestra conversación con él, el día 31 de Enero de 1974.

Comienza constatando, «El hombre es una realidad sustantiva, esto es, un sistema clausurado de notas constitucionales psico-orgánicas. Una de ellas es la inteligencia, esto es, la aprehensión de todo y de sí mismo, como realidad».³

Esta realidad humana, como toda realidad, tiene eso que llamamos su ser. El ser no es la realidad, sino algo fundado en ella; es una re-actualización de la realidad.

Lo real es una actuidad respectiva... esta respectividad tiene aspectos y dimensiones diferentes. Aquí se funda la pluridimensionalidad del ser humano.

Cada ser humano actualiza una u otra de las notas que les son propias.

De la misma manera que decimos que el código genético es éste o aquel, y que del código genético cada persona, actualiza unos genes más que otros. Y ello pone de manifiesto una manera de ser hombre.

³ Realitas.Seminario X.Zubiri.Soc.De Estudios y Publicaciones.Trabajos 1972-73.Madrid 1974.

Pero el ser humano siendo un «yo» es, no antes ni después, sino al mismo tiempo o al unísono, un «nosotros». Nosotros somos lo que somos, siendo un yo, en la misma medida en que somos un nosotros. La especie no es una suma de individuos iguales, sino que, por lo contrario, la especie es una unidad primaria, no-previa, que se pluraliza en individuos. Ni antes ni después. Para que el ser humano haga acto de presencia, el yo ha surgido ya. Ni el yo, ni la especie, se anteceden. Ambos a una surgen al mismo tiempo. Cuando el primer individuo de la especie humana hace acto de presencia, la especie humana ha ya aparecido. Ni el individuo antecede a la especie, ni la especie antecede al individuo. Ambos acceden a la realidad de manera uniforme.

Cada individuo es un ser cada cual. Es preciso saber vivir esa cada-cualidad. Pero esa cada-cualidad se vive a una con los otros. Cada «yo» es un «yo» respecto a un «tú», a un «él» o a un «ellos». El «yo « siendo tal, no solo lo es porque no es un tú, sino porque es un «yo», que no tiene nada que ver con el «tú», pero que no puede ser sin el «tú»; Y que sin embargo no es el «Tú».

El ser humano es una cada-cualidad, pero al mismo tiempo es ser con los otros sin ser los otros. Son dimensiones de esa realidad que es el ser humano.

«La historia, como momento de mi realidad, determina así una tercera dimensión,... una tercera dimensión del ser».

Habiendo ya analizado cómo éramos unos seres que éramos irrepetibles, propios, y no intercambiables, también hemos analizado como éramos con los otros sin ser los otros. Actualmente nos queda por analizar que significa eso de ser históricos y cómo lo somos.



SOCIEDAD



Capítulo

LA FIGURA DEL HOMBRE CULTO

EL NUEVO CONFLICTO SOCIAL Y SUS DIFERENTES FRENTE

Partimos del hecho que actualmente estamos asistiendo a una larvada y velada, pero real, guerra cultural. Últimamente incluso se propone como tema a reflexionar, el tema del conflicto entre civilizaciones.

Así como en otros tiempos al término de una guerra, el ejército vencedor procuraba hacerse con un botín, consistente en dinero u obras de arte, actualmente hemos visto cómo al final de la última guerra mundial, los vencedores han procurado llevar a sus respectivas áreas de influencia a los científicos más competentes.

Se habrán valido de medios pacíficos, económico-sociales, o violentos.

Una vez terminada la guerra cada país procura tener consigo a los mejores científicos, y los países económicamente débiles, verán cómo las mejores cabezas suyas van a parar a otros campos.

De igual manera las zonas económicamente débiles, en épocas de no guerra, verán cómo las personas más capaces y mejor preparadas, emigran a zonas que les pueden ofertar unos puestos y condiciones de trabajo, que su lugar de origen no les puede ofrecer.

De esta manera, cuando un país entra en una zona depresiva, ve descapitalizarse su geografía en capacidades humanas, que en el mejor de los casos vuelven cuando humanamente no son rentables.

El fenómeno de desertización, al cual estamos actualmente asistiendo, comienza por el éxodo, de la parte de la población, que es humanamente más capaz. Una vez depauperada de sus mejores personas, de las más capaces, es normal, que su tierra de origen vea marcharse a otras áreas a lo mejor de su población nativa.

Y vemos cómo los mayores esfuerzos para ser competitivos, y poder contar algo en el concierto mundial, pasan por tener una población más altamente cualificada.

Cuando afirmamos que estamos asistiendo a una guerra cultural, no sólo nos referimos al mundo técnico-económico, sino al de la cultura en su más vasta extensión, comenzando por el lenguaje.

A fin de cuentas, estamos asistiendo a una ampliación de espacios socio-económicos, que generan con ellos mismos un acerbamiento de los nacionalismos, pues todos los grupos culturales ven en peligro su propia identidad.

Existe una relativa facilidad para la creación de zonas de libre cambio, pero existen verdaderas dificultades para generar unas unidades políticas, que de manera indudable deberán ser pluriculturales.

Quizás esa pluri-culturalidad se vea acentuada por el hecho previsible de movilidad de las poblaciones y así nos encontramos con grandes grupos que no pertenecen a la nación que les acoge, generando así una nueva forma de vida.

El fenómeno de movilidad de las personas va a verse facilitado por la simple mejora de los medios de comunicación.

Todo ello va a generar una verdadera batalla de defensa de la identidad nacional.

No es pues solamente en el terreno técnico-económico en donde se va a entablar la lucha, sino incluso en el terreno ideológico-cultural.

De esta manera observamos cómo los saberes crecen en extensión y profundidad, y crecen sobre todo, en extensión sociológica.

La confrontación bélica, fue suplantada por la confrontación económica, que está encontrando o intentando encon-

trar vías de solución, pero va a ser la confrontación cultural la que va a suplantar a las dos.

Todo el mundo está de acuerdo que no es el trabajo manual quien más valor añadido aporta, sino el trabajo mental.

Es preciso reconocer que la extensión del saber produce unos beneficios marcados en cuanto libera a la persona de la presión de la naturaleza, de la presión del otro y de la presión de la superstición, al mismo tiempo que hace subir la producción y la productividad, con un descenso en el mismo de horas invertidas.

Al mismo tiempo la extensión del saber, genera una movilidad social, que es digno de ser tomado en consideración. Una mejora en la calidad de vida, y un aumento de la esperanza de vida.

Ahora bien si eso es así, también es preciso plantearse el problema que supone el hecho de que *el saber es un poder*, y de la misma manera, que en un momento de la historia, se arbitraron formas para someter a la fuerza física, y así surgió el derecho y la separación de poderes, y más tarde cuando la economía se hizo dominante, se arbitraron formas, llámense sindicatos, o presión fiscal, para poner coto y límite a la economía, pues de la misma manera será preciso arbitrar formas que controlen y limiten el poder del saber.

Así nos encontramos con que el saber aumenta la riqueza nacional, sin que ello conlleve necesariamente una mejora de todos los nacionales, y así nos encontramos con que en las sociedades económicamente más fuertes, se dan verdaderas bolsas de pobreza y marginación, entre otras razones por su poca participación en el mundo del saber de esa colectividad.

Parece cierto, sin embargo, que así como hace unos años esa pertenencia a esas bolsas de pobreza era definitiva, o para varias generaciones, actualmente una vez entrado en el mercado del saber, parece más probable poder escapar del mundo de la marginalidad.

Y sobre todo, es preciso reconocer que por primera vez en la historia de la humanidad hay grandes colectivos de personas que se han alejado del mundo de la necesidad.

Es verdad que aún hoy la mayoría de la humanidad carece de lo más elemental, pero no es menos cierto que una parte,

pequeña si se quiere, pero real, ha abandonado la situación en la que apenas cien años estaba sumida.

Basta leer el libro primero de «El Capital» de K. Marx para ver cuál era la situación de Inglaterra hace cien años. Ha bastado un siglo para que se dé un cambio cualitativo. Por primera vez en la historia un grupo relativamente grande se ha separado de su hermana de leche la miseria.

Basta leer a Dickens, Balzac, Zola, Pío Baroja, Camilo José Cela, para encontrarnos todavía hace pocos años, con unas condiciones de vida que han desaparecido, y que en otros cien años van a desaparecer en otros muchos campos. Y todo ello llevado a cabo a base de una extensión del mundo del saber.

Es cierto que el aumento de la riqueza nacional, no lleva aparejada la mejoría de todo el colectivo, pero también es cierto que de no darse esa elevación de la riqueza nacional no es posible hacer un buen reparto. Como decía K.Marx, no se trata de repartir la miseria sino la abundancia.

EL SABER Y EL TENER

Lo que sí parece cierto es que, el que posee un saber o unos saberes, estos le van a proporcionar unos beneficios particulares interesantes.

Es curioso observar, cómo en la medida en que la posesión de saber es más amplia, el índice de paro es menor. Dicho de otra manera, el paro, la no-entrada en el mercado de trabajo, con las consiguientes consecuencias económicas, psicológicas y sociales, es mayor en la misma proporción de que se posee un grado u otro de saber.

Es cierto que también en sectores de saberes bien cualificados, y a los que apenas afectaba el paro, hoy este problema se hace presente.

Pero el hecho más evidente y que es preciso recalcar es que el principal, el mayor beneficiario del saber es aquel que lo posee.

Es preciso no perder de vista que *el saber es algo personal*, y en cierta manera intransferible. El saber del padre no puede ser

transferido a sus hijos, de la misma forma que se pueden transferir, las casas, las cosas, e incluso unos ciertos modos de vida.

Por ello aún cuando es cierto que produce beneficios a la sociedad, ese saber se halla encarnado en personas concretas que son las principales beneficiarias del mismo saber.

Como es normal sería oportuno especificar en qué beneficia el saber. Pero está claro que en el orden económico los mayores beneficiarios del saber son los poseedores del mismo. Ya Aristófanes en «Las Nubes» nos cuenta cómo el protagonista, quiere que su hijo estudie en la escuela de Sócrates, para así librarse de pagar las deudas contraídas por su mismo hijo, en las carreras de caballos.

No diríamos que la realización del progreso pertenece a los intelectuales, al mundo del saber, en cuanto que de una manera u otra se alimentan de una plusvalía, de unas condiciones sociales, de unas estructuras, que ellos también con sus ideas, pero otros también, la inmensa mayoría de la población, han colaborado en la creación de la misma.

Parece claro que para que una sociedad progrese económicamente se ha de generar una plusvalía, o, si se quiere, un valor añadido que antes no existía. Este es un punto sobre el que merecería la pena reflexionar un poco. La categoría de plus-valía parece comportar una serie de connotaciones negativas, por influjo, quizás en nuestras generaciones, de Marx. Una cosa, es la plusvalía y otra cómo se distribuye la misma. Lo que sí parece oportuno afirmar es que no hay actividad humana, que merezca la pena, que no genere una plusvalía. Sencillamente, que una empresa que no genere plus-valía, llamese beneficios, no puede subsistir. Una empresa económica que no genere beneficios, no es que es preciso cerrar, sino que ella misma se va a cerrar por carecer de medios para poder subsistir. Otra cuestión altamente diferente es la de saber cómo es preciso distribuir esos beneficios.

Con la misma claridad se puede afirmar que a la hora de engendrar esa plusvalía será precisa la aportación de ideas, que permita hacer lo que otros no hacen, o como otros no lo hacen; o más barato que lo que otros lo hacen, pero desde luego, será preciso que esas ideas sean llevadas a la práctica por una mano de obra calificada en proporción a lo que las ideas exigen. Tanto los unos como los otros son imprescindibles: *ideas y mano de obra*.

Siendo eso así también es preciso reconocer que el reparto de esta plusvalía no se efectúa con la misma equidad, proporcionada a la participación en la generación de la riqueza. Vemos así, ya en el Renacimiento, aparecer una aristocracia togada que se equipara con la aristocracia de sangre.

Nada digamos luego de la revolución francesa, en que se establece una verdadera lucha escolar y el Estado asume el protagonismo del proceso educativo, determinando qué es lo que hay que saber y quiénes tienen que saber.

En los países noroccidentales en los que domina la Reforma, en función del principio de la libre interpretación de la Biblia, los pastores protestantes deberán enseñar a los niños a leer y a escribir, mientras que en los países de dominación contra reformista, la lectura y escritura será suplida por la memoria.

Así vemos actualmente cómo unos países son social y técnicamente más desarrollados que otros.

Pero quizás la historia del pueblo judío nos pone esto de manifiesto de manera patente. Se puede afirmar que la historia de la humanidad se hubiese escrito de otra manera sin la presencia del pueblo judío. Todos los pueblos efectivamente han aportado algo a la historia de la humanidad, pero es que la aportación del pueblo judío es inconmensurablemente mayor. Y es que el pueblo judío es el pueblo del libro, de la Biblia, y todos los miembros pertenecientes a ese pueblo son lectores y escritores, lo cual ha hecho que sus aportaciones, al mundo de las ciencias y las artes, no tengan parangón con pueblo alguno.

Pero si dejamos de lado el pasado y observamos el presente, vemos que el saber que nosotros mismos ofrecemos hoy, es un saber convertido en mercancía. Las solicitudes de acceso a las diversas carreras están en razón directa con las expectativas de puestos de trabajo que genera, y las expectativas de ingresos económicos que ofrece.

De esta manera este *saber convertido en mercancía*, es un saber preparado por los que tienen, para que lo alcancen los que tienen y puedan tener más.

El modelo de estudio anglosajón, las titulaciones anglosajonas, el mismo idioma, no tiene otra razón de ser que la de generar beneficios.

Se puede afirmar que el saber es un medio para tener y no un vehículo para ser lo que se es.

Tanto individual como colectivamente, el saber entra en una dinámica competitiva como medio para tener.

EL SABER Y EL CONVIVIR. IGUALDAD Y DIFERENCIA. SOLIDARIEDAD Y SOLITARIEDAD

Actualmente el área del saber se ha extendido hacia otros campos.

Las formas de vida sociales, están apoyadas en unas ideas, que ni siquiera son tales, sino que son ideologías, para dar sustento y basamento a una situación de hecho.

Esta lucha ideológica se ha perfilado en un triple frente, sin que aún hayamos dado respuesta meramente teórica.

Por un lado se encontraba el liberalismo apoyado en la persona individual; por otro el colectivismo haciendo hincapié en el aspecto social de la persona humana; y en un tercer frente abierto desde los más variados puestos, lo que se auto calificaba como la tercera vía.

Sencillamente está sin resolver un problema relativamente nuevo.

El siglo XVI y XVII nos ofrecía la figura del yo como verdad primera y frontal, y como éramos varios los yos, nacen los parlamentarismos, como formas de hacer conciliable la convivencia de los diferentes yos.

Más tarde aparece en el siglo XVIII, la figura de Totalidad, que se va a convertir en Estado, y ahí nos encontramos sin haber resuelto el problema de una solidaridad solitaria o de *una solitariedad solidaria*.

Dicho en otros términos, no hemos resuelto aún el problema de *conciliar teóricamente la igualdad y la diferencia*. Efectivamente es una gran conquista de la que no podemos prescindir, y por la que es preciso luchar positivamente: la idea de igualdad.

Es la idea de igualdad que confundida con la idea de identidad, llevando a lo igual a ser idéntico y uniforme, lleva con el estado a hacer desaparecer las personas para convertirlas en individuos y en ciudadanos y en súbditos, y en hacer desaparecer las realidades de los pueblos, para convertirlos en departamentos o provincias, y en bienes inmuebles.

El beneficio que ello generó, fue no pequeño, pues se hicieron desaparecer todos los privilegios y todas las máscaras, que eso era ser personas, que albergaba todo el peso de la historia.

Se arbitró el estado con una uniformización administrativa que hacía en teoría a todos los ciudadanos iguales ante la ley: una escolarización que haría interiorizar a los niños una misma imagen de la colectividad a la que pertenece; una industrialización que procura a todos los ciudadanos idénticos instrumentos, para que de manera idéntica solucionen sus problemas; un servicio militar que modelará, las mentes según parámetros previamente establecidos; y una administración de justicia que encarcelará a todo aquel que no se atenga al modelo previamente establecido, que será apoyada por unas fuerzas de seguridad, que forzarán a todos los ciudadanos a acomodarse al modelo establecido por el consejo de administración de la oligarquía. Y dado de que ni las fuerzas de orden público fuesen capaces de conseguir esa identificación entre los individuos y el modelo, se crearían los servicios de salud mental y los psiquiátricos.

Como se ve el esquema es claro:

- Uniformidad administrativa
- Uniformidad educativa
- Uniformidad de útiles
- Uniformidad militar
- Uniformidad de justicia

Y casas o psiquiátricos para quien no se aviniese a identificarse con el modelo.

Todo este proceso requiere en consecuencia la creación de todo un cuerpo de sabios, que hiciesen posible todo el proceso. Los hombres cultos o hombres de ciencia que osasen discrepar del paradigma, y más si osasen enseñar a los demás a discrepar, terminarían sus días en la hoguera o en el exilio, ya sea exterior o interior.

La *categoría de igualdad* se había trastocado en la categoría de identidad y había concluido en la *categoría de uniformidad*.

Esto fue llevado a cabo por el Estado, tanto en un sistema como en otro. Aquello que Hobbes en su *Leviatán* había ideado, para hacer conciliable la vida de un hombre con la de otros hombres, se convirtió en algo ya previsto por Platón. Nos habíamos convertido en esclavo de los esclavos.

Pero llegó un momento en que esa situación se hizo insostenible y allí en donde de manera más extensa se había desarrollado, sin que mediase fuerza exterior, sino que por propia incapacidad para subsistir, se derrumbó.

Así cayeron el muro de Berlín, y cayeron potencias como la antigua URSS, que una vez caídas, nos hicieron ver la incapacidad que para resolver los problemas cotidianos tenían aquellos sistemas.

Pero no queda mejor parado el otro sistema. Y aparecen las cosas como la inflación, el paro, la inseguridad ciudadana, el fracaso escolar, la burocratización, el fenómeno de la insumisión y sobre todo un individualismo a ultranza, que pone en la picota toda la sociedad del bienestar que se nos había prometido.

Si los países del Este se derrumbaron, los del Oeste no quedaban indemnes. Como decíamos antes, es preciso defender y luchar para que la igualdad, no sólo sea formal sino real, porque aún no lo es.

Pero es preciso delimitar bien el campo de la igualdad, y reconociendo que no es lo mismo igualdad, identidad y uniformidad es preciso recalcar la idea de que igualdad exige pluralidad, y ello conlleva consigo diferencia. Conciliar igualdad y diferencia es una idea que aún hoy teóricamente no es admitida por todos, y en consecuencia mucho menos se ha intentado llevar a la práctica.

Como decíamos más arriba igualdad exige presencia de varios. Uno es igual a otro. Para que esto sea posible es preciso que uno no sea el otro, es decir que sean diferentes.

Si como decimos, en el terreno teórico el problema no está aun planteado, en la práctica sólo aparecen atisbos para detectar intentos generadores de diferencia; y también se puede afirmar que *no hay igualdad si no hay diferencia*.

Los países que primeros sean capaces en conciliar solidaridad y solitariedad, igualdad y diferencia, generarán una forma de convivencia que en nada se parecerá a la forma actual, ya sea centralizado, federal o confederal, porque todos ellos arbitrarán su forma de consistencia apoyados en la forma estado, y es esa forma la que se halla en crisis.

Por todo ello el saber no sólo se moverá en el área de la producción de bienes, cosa que está por todos admitida, sino también en otra área, que es el área de lo que llamaríamos política.

Aquellas sociedades que generen mejores formas políticas, es decir aquellas en las que las personas sean más activas y participativas en la gestión pública, serán las sociedades que más humanidad, llámese inteligencia, voluntad, imaginación, estimación van a poner en acción, y como consecuencia generaran una forma de vida mejor.

Al hablar del poder y de las consecuencias del saber corremos el riesgo de fijar la mirada sólo en el saber técnico, generador de mercancías que puedan ofrecer una mejor calidad de vida. Olvidamos que en el momento en el que en Grecia se da un desarrollo de las ciencias positivas de mano de los sofistas, y se mejora la balanza de pagos y las técnicas en la construcción de muros y de barcos, en ese mismo momento Platón escribe su *Politeia* y sus *Leyes*, y Aristóteles escribe su *Política*, considerándole a esta ciencia la más arquitectónica de todos los saberes.

Y olvidamos que siglos más tarde cuando Brunelleschi saca a relucir su bóveda y Galileo la escalera de caracol, la hélice y el tornillo y el telescopio, Montesquieu escribe su «Espíritu de las Leyes», Hobbes el «Leviatán» y Machiavelo «El Príncipe».

Es decir que el desarrollo técnico científico, va a marchar a la par del desarrollo de la politología.

Posiblemente los *saberes* estarán muy celosamente guardados *en el mundo técnico-científico*, y de manera mucho más participativa *en el ámbito de la Politología*.

Los problemas están ahí y hará falta mucha imaginación, y no menos audacia para generar nuevas formas de vida, y como es normal, de convivencia. A ese respecto es curioso observar cómo en la incipiente filosofía de la historia que se genera en Grecia, Tucídides explica el éxito de Grecia sobre los Persas en

función de una superioridad en la estructura política, mientras que Herodoto al explicar las victorias tanto de Atenas como de Esparta, y al revés, lo hace en función de la superioridad a la hora de construir barcos y empalizadas.

Ahora bien estas dos áreas de saber se desarrollaron dejando de lado al azar y a la improvisación. Si por fortuna aparece un «eureka», se cantan las glorias de quien lo ha logrado. Pero ya en el siglo XIII y XIV, cuando Florencia ve decrecer su mercado de paños, a pesar de su mejor calidad, y ve cómo crece el mercado de Flandes, los florentinos arbitran la idea de captar a los mejores artesanos, y para ello arbitran exenciones fiscales o favores económicos.

Es decir, comienza a darse una programación en el proceso de creación de riqueza. Y será Bacón en su «Novum Organon» quien va a ofertar uno de los primeros planes de desarrollo intelectual, previamente programado, hasta llegar con Richelieu y Luís XIV, a la creación de la Academie, que será quien programe y planifique todo el proceso de preparación de todos sus intelectuales.

Es preciso no perder de vista que toda institución social llámese horda, tribu, nación, estado, o lo que sea, necesita un andamiaje ideológico que le haga parecer como algo coherente y necesario.

Aquí nos encontramos con un problema que no es otro que el propio de la constitución humana, al vivir en una institución que son los hombres los que la hacen surgir.

El ser humano no decide ser social, pero sí arbitra la forma de serlo. Eso que es necesario, pero que es hechura humana, una vez puesto en marcha es en cierta manera coercitivo, por lo que el ser humano está siempre intentando derrumbar las paredes de un edificio que con fatigas y penas ha sido levantado por las generaciones precedentes, para una vez deshecha la pared y construida la nueva, volver a reanudar la operación.

En función de ello, toda institución es en cierta manera coercitiva, y se ve obligada a hacer uso de la fuerza. Mantenerse durante un período largo de tiempo a base de pura fuerza no es posible. De ahí que no importe qué institución contará con su propio stock de ciencia y de científicos, los llamados intelectuales orgánicos. Lo malo del caso es que ese muro, construido

por unos, ha de ser roto por otros. Desgraciada situación la de quien se adelanta un tanto a su tiempo, pues procura vivir en una institución que no existe.

Pero claro está, una sociedad que sólo genera intelectuales o sabios que mantengan lo generado está muerta. De la misma manera que una lengua se halla en un proceso de continua creación, haciéndose y deshaciéndose, en donde valiéndose del material viejo se genera algo nuevo, así también una sociedad necesita generadores de cambio.

Como decíamos, la sociedad que solo genere funcionarios para cumplir unas funciones previamente programadas, está llamada a morir.

Tenemos pues dos áreas en las que el saber es imprescindible para poder subsistir; y la sociedad que mejor actúe en ellas saldrá hacia adelante.

En una época en que la planetización es un hecho, sólo las sociedades o las áreas que sean capaces de generar cambio y novedad serán las que marquen la música a cuyo ritmo van a vivir el resto de las sociedades.

Estas áreas son: una, la *generadora de útiles* que satisfagan necesidades; y otra, el área que dé respuesta a una *nueva forma de vivir*, es decir de convivir.

EL SABER Y EL VIVIR PLURAL. CULTURA, LENGUA E INSTITUCIONES

Pero aún queda otra área que el mismo fenómeno de la planetización está generando. En esta tierra que se nos está convirtiendo en nuestra aldea, y en la que los productos tienen dimensiones mundiales, el espacio igualmente se nos esta ofertando a nivel mundial (y para ello basta mirar las ofertas de las agencias de turismo). Y las noticias igualmente se nos convierten en mundiales, (y ahí están las antenas de televisión y los satélites ofertando noticias de todo el mundo); pues bien, esa misma planetización está generando unos nacionalismos, unas xenofobias y problemas de racismo.

La realidad es terca y a pesar de todas las limitaciones que se quieran poner a los movimientos migratorios, los países exce-

dentarios en población, y más, viendo a través de los medios de comunicación, la forma de vida en los países desarrollados, aún cuando sean muchos los que pierdan la vida en el viaje, terminarán por acceder desde sus países de origen a las zonas más ricas.

Todo ello va a hacer que vivamos en sociedades pluriculturales. En el momento presente uno de los problemas más graves que tenemos que solucionar es el de *configurar sociedades* que siendo *plurilingües*, sean al mismo tiempo *pluriculturales*.

Aquí se plantea entonces un problema nuevo, o si se quiere viejo: es el *problema de la identidad nacional*. Será preciso determinar qué se entiende por tal cosa, y para ello conviene no olvidar lo que dice Husserl, que la tradición es el olvido de los orígenes.

Con ello quisiéramos indicar que la identidad nacional es algo gestado a través de un proceso histórico. Y que en este proceso histórico todas las colectividades son fruto de una magnífica confluencia de aportaciones de todos los pueblos.

Si actualmente la raza blanca noroccidental parece protagonizar el proceso histórico conviene no olvidar, que hace muy pocos siglos la hoy zona denostada de África que linda con el Mediterráneo, fue la que lideraba cultural y políticamente el mundo por nosotros entonces conocido.

Este es un problema que es preciso afrontarlo sin olvidar que zonas que hoy consideramos desarrolladas han crecido tras la previa aniquilación de pueblos enteros. Nos referimos tanto a Europa como a América.

La condición humana tiene una riqueza de plasticidad, de forma que se puede realizar la vida humana de mil formas variadas, en la que cada una de esas formas aporta una nota propia que es capaz de enriquecer el acervo humano.

Es Boas, el creador de la antropología americana, quien nos hace ver que para que nazca una persona es preciso que intervengan dos personas, y para que esos sean capaces de generar una vida, es preciso que haya habido otro par de parejas. Pues bien, solamente subiendo en el árbol genealógico, hasta veinte generaciones, se constata que para que nazca una persona han intervenido más de un millón de personas.

Y tengamos en cuenta que veinte generaciones han transcurrido solamente en cinco siglos. Y nuestros antecesores existían hace más de cinco siglos.

Pues bien, si para que una persona nazca ha sido necesaria la participación de ese número de personas, más que afluentes de un gran río, somos la confluencia de millones de regatas, dejándonos cada uno lo que ha podido.

De la misma manera parece oportuno aceptar que los pueblos son fruto de actos creadores propios; no cabe duda, pero una creación propia en la que cada pueblo ha hecho acopio de aportaciones de mil pueblos.

Conviene no olvidar, por poner un caso, que efectivamente la historia se hubiese escrito con Pablo Picasso o sin Picasso, pero es preciso reconocer como él mismo lo hace, cuál ha sido la influencia del arte negro en el citado maestro.

Aquí hay un problema serio del cual el saber se vería obligado a preocuparse; *qué es una cultura, qué es una lengua, qué es una identidad nacional.*

No se puede perder de vista que la persona humana necesita sentirse insertada en un colectivo. En un tiempo sería la horda, la tribu, la nación, el estado. Si todas estas instituciones desaparecen, los hombres recurren a la categoría de raza.

Como recuerda Zubiri en una introducción a Hegel, Europa fue feliz mientras construía el Estado, pero una vez terminada la obra es encontró con que el estado refutaba a la persona. De la misma opinión era Durkheim para quien el problema fundamental era el de las relaciones de la persona con el Estado, puesto que se había roto la cohesión social propia de la sociedad rural y no se había generado, como él quería, una nueva cohesión social.

Pero al fin de cuentas, eran teóricos tanto el uno como el otro. Nosotros hoy constatamos la caída de esa institución y el fenómeno de súper individualismo al que asistimos.

Por todo ello será preciso determinar bien qué es una identidad nacional, qué es una cultura, y la relación de las personas con la misma y poner en claro cómo una lengua posee muchas funciones no siendo la más importante la de la comunicación.

El problema no es nuevo. Platón inventa su dialéctica, para intentar ver bien y así hacer posible la convivencia de pueblos y culturas diferentes sin que ello se haga generando la muerte del otro.

Aquí convendría también romper viejos tópicos, tales como que las personas se vinculan entre sí para resolver sus necesidades. Si partimos de ese principio cada vez que uno sale de sí mismo va buscando algo para sí. En consecuencia cada vez que vemos acercarnos a alguien hacia nosotros, nuestra actitud va a ser de recelo. Y al revés igual, cuando el otro vea que nos acercamos a él, recelará de nosotros. De esta manera estamos generando una sociedad de recelo y en donde el encuentro con el otro no solamente no es gratificante, sino todo lo contrario: inquietante.

Nosotros nos vinculamos a los otros constitutivamente y no podemos ser lo que somos sin los otros. Siendo los otros necesarios, también es preciso reconocer que nos encontramos en riesgo de no alcanzar una existencia auténtica Pero ese riesgo es constitutivo nuestro, estemos con otros o estemos solos.

Un pueblo, no es otra cosa, sino una manera de situarse ante la realidad y como consecuencia una manera de actualizarla, es decir, una manera de hacer ser a lo que es real. Un pueblo necesita de otros pueblos. Y no para pelearse, sino para lograr su identidad nacional, que siendo siempre la misma es siempre diferente.

A fin de cuentas, que cada día que amanece volvemos a nacer, y cada día no es el anterior más algo nuevo, sino que es una nueva creación realizada con materiales viejos.

Y la cultura, tanto material como mental, no será sino manifestación de una manera de hacer frente a la realidad, y como consecuencia de actualizarla. De la misma manera que la lengua, no es otra cosa que una simbolización o representación de la realidad, o una forma de actualizar la realidad.

Como decíamos, el problema es viejo, y hasta el presente se ha dado solución anulando al otro, bien violenta o larvadamente.

Pero hoy en día todos necesitamos de los otros. La dialéctica del dueño y el esclavo desaparece en cuanto que no hay ni lo uno ni lo otro.

La elevación de salarios hace que, los antes menesterosos y no compradores de productos, se convierten en productores y compradores; y a menudo en creadores y formadores de respuestas valiosas.

Este problema se va a hacer crucial en el caso de la Unión Europea. Se podrá generar un espacio de libre cambio, en el que la competencia sea la única llave; se podrá generar una política económica y monetaria única, pero lo que se verán obligados es a programar una Europa pluricultural.

En Europa hay muchas tierras. No todos, los que fueron a Norteamérica son anglosajones. Pero al final la cultura anglosajona se impuso. Hace desaparecer a pueblos enteros, a los indígenas, y el resto se ve obligado a aceptar una lengua, una cultura. Pero hoy es el día en el que viendo en peligro esa identidad se alzan voces pidiendo la oficialización del inglés, en vista del desarrollo de otras lenguas.

Lo mismo ocurre con Francia y el proyecto de la ley Balladour; como en España y el desarrollo de un nuevo mapa autonómico que no sea una simple descentralización. Que hoy en día sea precisa una operación de descentralización, parece evidente. Que una descentralización, meramente administrativa no es capaz de generar una convivencia en paz, parece igualmente evidente

Un problema que será preciso afrontar será el de la creación de una sociedad plurilingüe y pluricultural. Para ello, el viejo método del ensayo y el error, único actualmente en uso a la hora de enseñar un nuevo idioma, deberá suplirse por medios más adecuados.

Problema más difícil parece el poder convivir culturas diversas en áreas geográficas idénticas.

Hay un hecho que llama la atención. Normalmente la clase alta es poliglota. No está probado que la clase media y las clases populares sean menos dotadas intelectualmente que ellos. Sólo se han distinguido en que unos han dispuesto de medios que los otros no han tenido.

Será preciso realizar un plan cultural que no se podrá improvisar. Recalcando las identidades culturales, siendo plurilingües, será preciso hacer un esfuerzo para dar a *conocer las*

restantes identidades culturales, y habituarse a convivir con ellas. Es preciso que las restantes identidades culturales no causen extrañeza a las ajenas a ella. De la misma manera que el hijo único tiene mayor dificultad de convivencia que el hijo de una familia numerosa, es preciso crear una conciencia pluricultural.



CARACTERÍSTICAS DEL HOMBRE SOCIALMENTE CULTO

INTERCLASISMO DEL HOMBRE CULTO

En las sociedades modernas en las que se da una *movilidad social* amplia, las personas cultas o científicamente formadas, pertenecen a diversas posiciones sociales.

Es preciso reconocer cómo la mayor posibilidad de cambiar de clase social, es manifestación de un mayor desarrollo técnico o científico cultural. Es decir, en cuanto la pertenencia a una clase social no es determinante, ni condicionante, para pertenecer a la clase culta, esa sociedad es más democrática. La movilidad de clases sociales, es manifestación de democratización.

Si se hace un análisis de los interlocutores en los diálogos de Platón, es fácil constatar que junto a Sócrates se hallan los hijos de la incipiente burguesía ateniense. No estaban los aristócratas, más bien vinculados al mundo del mito, pero tampoco estaban los mineros de las minas de Laurion, ni los pescadores, ni los operarios del campo, ni los «metecos». En el mejor de los casos aparece algún esclavo acompañando a su amo.

En el medioevo, en un inicio, la cultura y el saber estarán vinculados al altar, pero ya a comienzos del siglo XIII, son los hijos de la incipiente burguesía los que ocupan las aulas de las recién creadas universidades.

Frente al poder físico y el poder económico del señor feudal, y al poder ético-moral de las personas vinculadas al altar, aparece una clase que carece de poder económico y militar, y que tampoco tiene un poder moral.

Por ello sólo le queda la posibilidad de acceder a ciertos puestos por el singular desarrollo de la inteligencia. Será la burguesía, generando, como recordábamos antes, la aristocracia togada.

En la misma medida en que el desarrollo técnico-industrial ha avanzado, ha sido preciso programar una extensión de los saberes.

Ello no obstante, aun cuando en países más desarrollados, las clases populares cada vez acceden más al mundo del saber, todavía el margen que queda es aún muy amplio.

Según datos de la U.P.V. sólo el 9% de los alumnos que en ella estudian proviene del mundo rural y sólo el 11% de la clase obrera.

El principio de igualdad de oportunidades es algo por todos defendido, pero de muy difícil aplicación.

A fin de cuentas el espacio, habitación, casa, lugar, en el que esté enclavado una persona, son importantes a la hora de un desarrollo intelectual. Sentido del orden, de la responsabilidad, el habituamiento a ocupar lugares protagonistas, y toda una serie de circunstancias, hace que las meras razones económicas no sean suficientes para situarse en pie de igualdad.

A fin de cuentas las experiencias educativas, ya sea de trabajo, orden, disciplina, son realidades que no se pueden improvisar.

Sociológicamente el grupo de los poseedores del saber cada vez sin embargo va a ser más interclasista y extra categorial.

Pero va a ser de su mente, de donde van a partir las nuevas formas, tanto de útiles, como de ideales y formas de vida, de tal forma que el trabajo mental será más rentable que el trabajo manual.

CARÁCTER CRÍTICO Y DESENCANTADOR DEL HOMBRE CULTO

Ahora bien si el mundo del saber va a ser el generador de *lo nuevo*, precisamente para que pueda seguir formando algo nuevo deberá ser crítico, e incluso en cierta manera el desencantador que ponga de manifiesto el límite e incluso, su defecto, de lo actualmente existente.

Ahí entramos en una dinámica muy curiosa. Hemos repetido varias veces cómo sólo aquellos *agentes de cambio*, los *poseedores del saber*, y del saber qué hacer, y cómo hacer, serán los que pongan música al baile de la vida.

Para generar el cambio lo primero que es preciso destacar es la limitación, la insuficiencia, el defecto, la incapacidad para dar solución a los problemas de lo existente. Para hacer surgir lo nuevo es preciso ser consciente de la insuficiencia o la corteza de lo existente.

Es decir todo lo que es, es concreto y como tal limitado y susceptible de ser criticado. Pero es preciso que alguien sea consciente de ese límite y de su insuficiencia.

Claro está, el que hace ser lo que es, ya sean útiles manuales, o mentales, o institucionales, fundamentalmente pertenece al mundo del saber, del saber qué hacer y del saber cómo hacer, de un saber que es también poder. Pero ese mismo mundo del saber, va a generar otro miembro que sea capaz de poner de manifiesto alguna deficiencia de lo que es; sino es más que por hacer surgir otro concreto que satisface mejor las necesidades, aun cuando en un primer momento no sea capaz de generar lo nuevo.

Lo primero que es preciso ver, es la *negatividad* de que está compuesta la *positividad* existente.

En esta dialéctica de hacer surgir lo nuevo, para inmediatamente criticarlo, y mostrándose si es preciso cínico y desencantado, es preciso no perder de vista que se realiza todo en función de un proceso.

En él, unos se esfuerzan en *generar lo nuevo*, para inmediatamente otros poner de manifiesto las limitaciones de lo recién generado.

Por un lado, el conquistador de una cota de progreso, estará contento con su conquista. Pero será preciso que él mismo, sepa que con su conquista, ha desencantado algo existente, y que tras él va a venir otro *desencantador de su nueva conquista*.

El que pertenece al mundo del saber no puede convertirse en un burócrata o funcionario del saber, sino que ha de ser capaz de vivir en la movilidad más continua, dando a sus propias conquistas un carácter de relatividad, de no definitivo, que

será mal asumido por el que lo que pide es sentarse a comer el bocadillo. El que pertenece al mundo del saber debe ser un *autocrítico constitutivo*, capaz de ver la luz que él ve, pero sabiendo que junto a la luz por él alumbrada, está la oscuridad.

El que pertenece al mundo del saber deberá ser capaz de vivir en una tensión en la que la ilusión y la utopía sigan presentes, al mismo tiempo que va a ser susceptible de ser un pesimista en virtud de la misma tensión en la que él vive.

Este *pesimismo* y esa *utopía*, en medio del cual vive el mundo del saber, puede hacer que las personas que pertenecen a ese mundo, corran el riesgo de desengancharse del mundo de la realidad cotidiana.

En ella, unos estarán satisfechos en el mundo de la positividad, en la alegría del gozo de lo conquistado, y otros estarán penando por la no posesión de lo que desean.

El que viva en el mundo del saber es preciso viva en el claro-oscuro. Ni siendo Sancho, que aguarda al pie del árbol a que las frutas caigan, ni siendo D. Quijote, que vive soñando en una Dulcinea que no existe.

De ahí que los pertenecientes al mundo del saber puedan generar un grupo social en donde el origen intra clasista se difumine y formen un corporativismo muy curioso.

Por un lado van a ser un grupo, que se caracterice por su condición anti-pequeño burgués.

Éste, tras no pocos esfuerzos, ha alcanzado un cierto grado de posición, tanto social como económica.

Para el perteneciente al mundo del saber, esa cota alcanzada, que él mismo la ha alcanzado, se le muestra efímera y relativa.

Para unos, pequeños burgueses, lo alcanzado, les es una realidad difícilmente alcanzada y en consecuencia querida. Ahí situaríamos la raíz de los progresismos de la llamada «gauche divine», que siendo tan alta jamás se llega a alcanzarla.

Para otros, aquellos que pertenecen al mundo del saber, es una cota efectivamente por ellos alcanzada, pero que puede ser abandonada, para marchar hacia metas más superiores.

Para unos la cota alcanzada, es motivo de alegría, de gozo e incluso de orgullo y gustará mirar hacia atrás para poner de

manifiesto el largo y costoso trecho recorrido. Pero éstos no querrán poner en riesgo lo alcanzado y en cierta medida se convertirán en conservadores de lo alcanzado. Los que en tiempo juvenil son incendiarios, más tarde, con el título académico en la mano, se convierten en bomberos.

Quien pertenezca al mundo del saber, va a tener una cierta seguridad personal, que le permita incluso poner en riesgo lo alcanzado, y ser lo que diríamos más liberal o arriesgado, distanciándose de esa manera del resto de la sociedad, que a él le permite seguir viviendo en el mundo del saber.

Es preciso caer en cuenta de esta situación. Podrá ser crítico e insatisfecho con una situación, que es justamente ella la que le permite discrepar de la misma.

Las aspiraciones del pueblo llano le parecerán moneda poco apreciable, porque él sabe, y puede generar de nuevo algo que todavía no es, y que puede ser. Frente a un pueblo llano que se esfuerza en conservar lo adquirido, él puede permitirse el lujo de ponerlo en riesgo y presentarse como progresista, algo como lo que el pueblo llano también quisiera poder verse a sí mismo.

EL MUNDO DE LA NECESIDAD Y EL HOMBRE CULTO

Tanto en el comer, como en el vestir, como en la manera de ornamentar la casa, quienes pertenecen al mundo del *saber*, que es el que les permite *tener*, se comportan de distinta manera que los que no pertenecen al mundo del saber.

Pero esa desvinculación del mundo de la necesidad y de los que en ella viven, de la misma forma vemos, los grandes empresarios y generadores de emporios económicos, no provienen del mundo del saber. Son ajenos a él.

Es cierto que *los managers* de la vida económica saben rodearse de personas vinculadas al mundo del saber.

La capacidad de decisión del manager, no la tiene la gente del mundo del saber. Diríase que el mundo del saber posee tal número de noticias, que le es difícil decidir. No solo la riqueza de opciones posibles sino que es el carácter crítico, desencanta-

dor y a veces si se quiere cínico, de las personas provenientes del mundo del saber, hace que les sea difícil decidir.

Aunque las decisiones son siempre provisionales, es preciso saber tomarlas como definitivas. Eso se le hace difícil a quien provenga del mundo del saber.

Al fin de cuentas es preciso no perder de vista que la ontología del ser, tiene varios continentes. Aristóteles inventó las diversas maneras de ser. Para ello inventó la categoría de analogía. Más tarde Tomás de Aquino se valió de ella para explicar la presencia de las criaturas. Descartes mantuvo la dicotomía entre sustancia pensante y sustancia extensa, situándolas a ambas a la par, junto a un Dios, que era otra manera de ser.

Más tarde apareció Kant, y fue él quien introdujo una división, que aún no hemos sabido interiorizarla.

Existe el mundo del ser, que es objeto de la indagación de la Razón Pura. En este continente del ser, también se puede pensar sobre lo que no es, pero que pudiera ser.

Hay un segundo continente, que sería el mundo de lo que deseamos que sea. El mundo de la decisión, y más complicado aún, si esa decisión es libre, pero es al mismo tiempo comprometida. El mundo del deber ser es algo totalmente ajeno, al mundo del ser. Es el mundo de la Razón Práctica.

Pero junto al mundo del es, y del que quiero que sea, y que en consecuencia no es, está el mundo de lo que me gustaría que fuese y que me agrada y me apetece. El mundo de la estimación o del enjuiciamiento.

Son *tres mundos* distintos. El mundo *del ser*, el mundo de lo que *debe ser*, y el mundo que me *agrada o desagrada*.

Un continente en *el mundo de la realidad* es el mundo de la *verdad*. Claro está, en ese mismo mundo está el mundo de la no verdad, de la opinión, de los pareceres.

Otro continente de la realidad, es el mundo de la *libertad*, que será el camino que nos conducirá al mundo de la bondad, de lo que debe ser, que como es claro, no es, pero, debe ser.

Hay aún un tercer continente, que es el mundo de la fruición, del *goce*, hacia el cual nos conducirá, la capacidad estimativa, que es el mundo de la belleza.

La realidad se divide en continentes. Todos son reales. Es real la proporción entre el radio y la circunferencia, como es real la velocidad de la luz. Pero tan real como ellos es el horror que nos producen los campos de concentración, la necesidad que una madre siente en sus entrañas de atender a su hijo. También es real el agrado que experimentamos ante una puesta de sol, o la desazón que nos causa una obra de arte determinada.

Tan real, como puede ser la longitud de una mesa, es el deber, que uno ve aflorar en su interior para entregárselo a su dueño lo que es suyo, como es real el agrado que me produce verla reproducida en una obra de arte.

Todos son realidades, pero son seres distintos.

Siendo así, es también normal que los *diferentes continentes de la realidad*, es decir las diferentes maneras de ser, exijan *diferentes maneras de tratarlos*.

El *mundo del saber*, es decir el mundo de la ciencia, exigirá un tratamiento específico. El *mundo de la decisión*, el mundo de la libertad, el mundo de la ética, tendrá un tratamiento distinto. Y el continente del ser que se aboque al *mundo de la estimación*, tendrá otro tratamiento.

A menudo ocurre que por no tener en cuenta esta realidad, o si se quiere esta distinta manera de ser real, se producen unos enfrentamientos estériles.

El que se mueve en el mundo del saber, considerará puras veleidades subjetivas, las que agradan al que se mueve en el mundo de la libertad. Igualmente al que se mueve en el mundo de la decisión, en el de la libertad, los parámetros mentales de aquel que se mueve en el mundo de la ciencia y del saber, le parecerán estériles, o al menos meramente repetitivos y simplemente constatadores, es decir notarios de lo real.

Nada digamos para quien se mueve en el mundo de la estimación. Los científicos, serán unos meros notarios que constatan la voluntad de los que se van a morir, o simplemente levantan acta de los que ya han muerto.

Los que se mueven en el mundo de la decisión, de la libertad, les parecerán, cortos mentales, que no saben ver más allá de lo que se encuentra enfrente de sus ojos, aquellos que se muevan en el mundo del ser.

Pero a su vez los que se mueven en el mundo de la estimación, del juicio, serán considerados por los científicos como visionarios, y por los ejecutivos como dementes.

Esto es perfectamente palpable si nos asomamos al mundo de la pedagogía. La Iliada y la Odisea, era lo que todo hombre culto debía saber. La memoria era la facultad de la persona humana que era preciso desarrollar. De ahí una de las razones para la preeminencia de la literatura oral.

En el siglo XVI, Sancho Panza, era el mejor ejemplo de este cultivo de la memoria. Todo su saber estaba apoyado, en refranes y saberes populares. Pero en ese mismo momento, D. Quijote, recrimina a Sancho, el fiarse tanto de los saberes ya sabidos. Para Quijote los molinos son otra cosa que molinos. De la misma manera que las ovejas son toros. Si para Sancho la realidad es lo que él ve, para Quijote, la realidad no es lo que él ve, sino lo que a él le parece que es.

Y así se dará pábulo a la imaginación, y nos dirá Calderón de la Barca que lo que es rey, aparece como siervo, y lo que es mujer aparece como hombre.

De ahí que será preciso pensar con tiento y medida, es decir que será preciso pensar con un buen método, de forma tal que quien no posea un buen método, es mejor que no se ponga a pensar.

Sencillamente, que si en un primer momento era preciso desarrollar la memoria, en un segundo momento es preciso desarrollar la lógica, la matemática y las formas y normas de la deducción.

Todas ellas, sin embargo es preciso reconocerlo, se mueven en el mundo del saber.

Aquí el problema fundamental estará en saber cómo es posible que un sujeto que no lleva consigo incorporado el predicado, pueda hacer que sujeto y predicado se unan, y lo hagan de manera necesaria.

Otro problema muy otro, será el de explicar cómo un imperativo, y no de cualquier clase, sino un imperativo categórico, pueda ser puesto en escena por una libertad que es absolutamente no prefijada.

Que hay unos imperativos categóricos, no cabe la menor duda. Que esos imperativos han sido puestos en ejercicio, por una libertad, y por un ser no enclasado, es algo que aún no se ha puesto a estudio. Y cómo se ponen en marcha estos imperativos, aun menos. No basta con estudiar la psicología de la voluntad, y de la decisión. Es algo mas profundo lo que es preciso plantearse. Piaget sea quizás el último que se ha planteado la pregunta, implícita en Descartes. Si «yo soy, una cosa que piensa», cómo es que yo pienso. Esta y no otra fue la pregunta que Kant se planteó en su «Critica de la Razón Pura».

Pero actualmente nos es preciso plantearnos la pregunta de cómo es posible que una realidad libre, no enclasada, sea capaz de satisfacer unos imperativos categóricos. Será preciso poner en marcha la «Critica de la Razón Practica».

La verdad sea dicha, parece que en los últimos años esta dinámica, está poniéndose en marcha. El mundo del saber se encuentra forzado y corto para explicar el mundo de decidir.

Pero si el mundo de la libertad, el mundo del decidir, está aun lejos de los planes de estudio, como en otro tiempo lo fueron la memoria y el razonamiento, mucho menos, es tomado en consideración el mundo del juicio.

Así como antes decíamos que la investigación en un comienzo, marchaba un tanto al azar, y a la espera que se diese un «eureka» improvisado e imprevisto, y que fue preciso siglos para que se programase una investigación, también hoy caminamos a tientas, en espera de una decisión afortunada, y de un juicio acertado.

Cuando uno ve, que Van Gogh no vendió un solo cuadro en su vida, y que al final, se suicidó enloquecido, para que a la largo de pocos años fuese el autor más caramente vendido del mercado, es que algo no ha funcionado bien en su momento.

Con ello queremos indicar, cómo habiendo varios continentes en la realidad, cómo habiendo varias maneras de ser, el que se mueva en un continente, no aprecie e incluso desprecie a los que deambulan por otros continentes.

Son frecuentes las desautorizaciones de aquellos que viviendo en el continente del saber, desautorizan a los que se mueven por el mundo del hacer, del decidir, y como ejemplo más re-

ciente podríamos situar a los médicos, que denostaban a los médicos-cirujanos, como meros practicantes, frente a ellos que poseían el saber.

Del mismo modo los que se mueven en el mundo del saber afirman, haciendo incluso escuela, que tal arte o tal música no les dice nada.

El arte no tiene nada que decir, como la gastronomía no tiene otra cosa que hacer que la de gustar o agradar.

De igual manera vemos que el mundo del decidir, considera corto el mundo del saber, hasta llegar a afirmar que un sabio es aquel que no sabe sacar provecho de lo que sabe, a beneficio propio.

Lo mismo podíamos decir de los que viven en el mundo del saber, que consideran a los que triunfan en el mundo del decidir, como afortunados, como a quienes el albur, les ha proporcionado sus éxitos.

Es preciso no olvidar que el ser humano es pluridimensional, y que unas personas y unos pueblos desarrollan más una dimensión que otra, enriqueciendo así el acervo cultural y humano.

Junto a ello hay otro aspecto que sería oportuno apuntar. Si los pequeños burgueses se vuelven conservadores por intentar defender lo difícilmente conquistado, de la misma manera, los que provienen del mundo del saber, llega un momento en que también se convierten en conservadores, porque también ellos tienen algo que perder.

Platón lo vio muy bien cuando en la República nos pinta al oligarca. Dice de él que cuando es joven desprecia el dinero, y se preocupa de cuestiones ajenas a la economía, tales como problemas políticos o filosóficos, llegando incluso a asomarse a niveles de una cierta elevación.

Pero cuando los años pasan el joven oligarca que se hace con la fortuna de sus padres, dice Platón, como él en otro tiempo joven, sienta casa y se preocupa de la economía.

Ello no es obstáculo para que sienta nostalgia de los tiempos juveniles y entonces, de cuando en cuando, abandona su centro actual de intereses, para preocuparse de los antiguos problemas juveniles.

También Herten recuerda cómo en el parisino barrio latino, hay numerosos puntos luminosos, en donde se guardan los evangelios de la revolución, se leen los hechos de los apóstoles del siglo XVIII y salen a evangelizar las zonas vecinas, pero que en cuanto pasan a la otra orilla del Sena, se mueren.

Nace así un tipo social desvinculado de la pequeña burguesía y de la clase popular, que siendo en el terreno ideológico un tanto liberal, es conservador a ultranza en el terreno económico.



CARACTERÍSTICAS GENERALES DEL HOMBRE CULTO

Capítulo



ELITISMO Y MUNDO DEL SABER

En primer lugar es preciso reconocer cómo el hombre que pertenece al mundo del saber, divide a la sociedad en dos sectores.

Por un lado están la masa, las clases populares, y por otro los evolucionados política, científica y económicamente.

No tienen empacho en distinguir entre una cultura popular y una cultura académica.

El Estado ha de estar apoyado en miembros provenientes de la cultura académica aún cuando tome en consideración la cultura popular en ciertos aspectos.

El despotismo ilustrado, de *todo para el pueblo, pero sin el pueblo*, podría ser la plasmación más exagerada.

El parlamentarismo de los países democráticos, sería también otra forma de esto que venimos diciendo. Siendo como es un progreso que nadie puede poner en peligro, su operatividad es sin embargo corta, y hoy es el día en que todos los Estados están inmersos en procesos de descentralización, lo que pone de manifiesto esta insuficiencia de la que estamos hablando. Es decir, que es preciso colocar más cerca del ciudadano normal el mundo de la decisión de lo que a él le afecta. La descentralización, la crítica continua, la burguesía funcional, la presencia del principio de subsidiariedad, son manifestaciones de esto que venimos tratando.

En el caso extremo, el fascismo. Destilará como ideología, que lo que el médico debe hacer es curar, el obrero trabajar, el

estudiante estudiar, dejando así la responsabilidad pública para personas especiales.

Pero sino es esa la forma ideal, la otra se le puede acercar. La democracia representativa, en que la masa elige a sus representantes para un período de tiempo, corto pero real, en el que la masa debe reducir su actividad a ser mera comparsa, tampoco satisface actualmente.

Es cierto que nosotros no podemos vivir sin un medio interpuesto y que en consecuencia una democracia representativa no tiene nada que objetar. Sería oportuno tratar más ampliamente este tema.

La relación del ser humano con lo que él no es, será siempre a través de un medio interpuesto. No hace aún mucho tiempo tenía curso legal la creencia de que era posible una democracia directa. Actualmente esto no parece sostenible.

El ser humano se relaciona con lo que él no es, a través de *signos* y de *medios interpuestos*. Pero también es verdad que la función de estos es la de ponernos en contacto con la realidad, que es ajena a nuestro pensar, sin que se establezca y permanezca.

El mejor ejemplo es el que nos ofrece la palabra y el habla, cuya función siendo la de ponernos en contacto con la realidad, siendo actualizadora de la realidad, cumple mejor su función cuanto más rápido desaparezca. Es decir en cuanto sea más imperceptible.

Pero sí, es preciso recalcar, que es necesario arbitrar fórmulas más participativas, en las que las personas, sean tales, y no meras comparsas, en las que la razón de Estado sea eje fundamental.

Por ello el hombre culto, o que pertenece al mundo del saber, procura vivir en el Estado como si estuviese solo en el mundo, pero valiéndose de todo el mundo.

Los barrios residenciales de las grandes capitales son parques en servicios, salvo los farmacéuticos y servicios de salud. Allí no debe haber ruido. No hay restaurantes o comercios. Hay una soledad constitutiva del hombre que procede del mundo del saber.

Genera una forma elitista que a él le gusta potenciar. Incluso llegará a afirmar que es preciso cultivar el mundo de las creencias, pues todo el mundo no puede acceder al mundo del saber y que éste debe, por esencia, ser reducido.

Es también Platón quien nos explica esto cuando nos habla del mito de la caverna.

La mayoría de la población vive alojada en el fondo de una caverna por cuya puerta entra la luz. Delante de la puerta pasan todas las cosas que son. Y allá en el fondo, de espaldas a la puerta, está la mayoría de la población. Estos ven la realidad en cuanto sombras que la luz de la puerta hace surgir al pasar la realidad.

Sólo los hombres que pertenecen al mundo del saber ven la realidad a la luz del sol. El resto ve sombras.

Pero si queremos que vean la realidad, tal y como es, deberemos ir sacándolos primero para que vean la realidad a la luz de las estrellas, y vuelta al hoyo de la caverna. Luego sacarlos a la luz de la luna y vuelta de nuevo al hoyo y, luego de un proceso largo, sacarlos a la luz del sol para que vean la realidad.

Quizás haya algo de verdad en esta propuesta, pero el problema está en saber quién es el que decide cómo ha de desarrollarse este proceso.

Es cierto que la oportunidad es una consecuencia del tiempo. Y por ello no todas las acciones son indiferentes a un cierto ritmo, y a una determinada oportunidad. Pero el problema está en determinar el ritmo y la oportunidad, y en saber quién es el que toma la decisión.

No podemos olvidar que si la distancia permite una mayor vista del cuadro, no es menos cierto que una distancia excesivamente larga o corta, no permiten ver bien el cuadro.

Y no hay duda de que si una altura en la mirada permite ver mejor, en primer lugar será preciso demostrar que quien ve de más alto, ve mejor, porque pudiera tener mala vista. Y que además el que ve de cerca, ve menos pero ve mejor. Sencillamente nadie sabrá mejor que el Ministro de Sanidad y su equipo, que es lo más conveniente para la salud de una colectividad, pero nadie mejor que el médico de cabecera de un enfer-

mo para saber qué es lo más oportuno para un enfermo. Igualmente no hay duda de que el concejal encargado de la limpieza será quien más sabe sobre la limpieza de la ciudad, pero de la misma manera, el que mejor sabe a qué hora bajan la basura los vecinos de una casa determinada, y a qué hora sacan a pasear al perro los otros vecinos, es el empleado de la limpieza de una calle determinada y concreta.

Sencillamente, que es preciso romper la tópica ideología de que no puede valer lo mismo la opinión de una persona que proviene del mundo de saber que la de otra que no pertenece a ese mundo.

Es preciso recalcar la necesaria aportación de todas las personas. Y esto está totalmente por hacer. Es preciso hacer surgir un modelo de convivencia en el que cada uno aporte todo lo que él puede, pues todos salimos ganando con su aportación, y que reciba lo que necesita, para vivir una vida humana y digna de ser vivida.

El principio de que *nadie es imprescindible* pero también de que *nadie es intercambiable*, es preciso mantenerlo y desarrollarlo.

Como ejemplos ilustrativos, tenemos las clásicas huelgas del personal de limpieza. En teoría nada más lejano que ellos de un presunto mundo del saber. Pero una huelga de estos servicios hará inviable la convivencia, la salud e incluso la circulación.

Otro ejemplo muy ilustrativo es el de la huelga de empleados de pompas fúnebres. La muerte no tiene fecha. La carencia de ataúdes, portadores, abridores de fosas, haría imposible la vida.

Igualmente, en teoría, nada más alejado aparentemente del mundo del saber.

SABER Y ACCIÓN

Pero es en el mundo de la acción, en el que el hombre del mundo de saber va a mantener una actitud propia y diferenciada, que es posiblemente una de las razones del distanciamiento entre el hombre del mundo del saber y el que no pertenece a esa esfera.

Como afirma Goethe en su Fausto, al comienzo está la acción. Todo lo que es, lo es en virtud de un proceso en el que se enfrentan dos fuerzas, una que le está llevando a ser, otra fuerza que le está llevando a no ser.

Todo lo que es, es fruto de un proceso y un proceso en el que no hay vacío. El vacío, el hueco, lo hemos generado los humanos.

Siguiendo el ejemplo de Hegel, la semilla es semilla, que se está deshaciendo para convertirse en flor, que se va descomponiendo para convertirse en planta, que se va deshaciendo para convertirse en fruta.

El carbón es fruto de un proceso. Y nada digamos de la historia, la sociedad, la costumbre, la lengua y los pueblos.

Sencillamente todo aquello en el que interviene el ser humano, o no intervenga, es fruto de un proceso.

El mismo ser del hombre es fruto de un proceso, insistimos, en el que no hay lugar para un vacío.

Ahora bien toda acción generando una positividad, genera al mismo tiempo negatividad. Si se quiere indicar de otra manera, toda decisión que genera una positividad, supone el rechazo de toda otra serie de positividades posibles, por las que no se opta y a las que positivamente se rechaza.

Toda opción supone el rechazo de todo un mundo de opciones posibles. Esto que es así va a plantear al hombre del mundo del saber un grave problema. Cuanto más arriba está situado en el mundo del saber, va a ver mayor número de opciones posibles.

Cuanto más inteligente sea una persona, *el stock de respuestas posibles a un mismo problema* es más amplio.

En consecuencia cada opción suya, ya que no cabe quedarse con todas, sino que es preciso optar por una, hace que el hombre del mundo del saber, sepa y vea todo lo que está dejando de lado, todo lo que está rechazando.

Su mucho saber le puede abocar a una situación de indecisión continua. Si antes anotábamos su carácter hipercrítico, e incluso cínico, su más ver le puede encaminar a una situación

de no decidirse. Y claro está, la no-decisión es una manera de decidir.

El hombre del mundo del saber desearía encontrar una decisión que generase positividad, pero sin que con ello se generase negatividad. Y eso no es posible. Si no hay flor sin espinas, ni luz sin sombra, tampoco hay positividad sin negatividad.

De ahí que *el hombre del mundo de saber* a menudo es buen analista, pero *un pésimo decididor*. Y la vida no es sino un cúmulo de decisiones, y la historia lo mismo.

Convendría insistir en este aspecto por la razón sencilla de que a menudo el que menos ve, sea el que más rápido decida, y entonces la historia está marcada por la necesidad o la capacidad de gritar más.

Es preciso lograr un equilibrio entre el ver, entre las posibles opciones, y el tomarlas.

Es esta otra de las razones por las que el hombre del mundo del saber se separa del resto de las personas.

Optar es necesario. Aquí todo el mundo baila. El problema está en saber quién pone la música. El hombre del mundo del saber estará dominado por la indecisión mientras, que el que apenas vea, levantará la voz y caminará, recibiendo recriminaciones y censuras por la decisión tomada. Ante la opción es preciso decidir por un lado o por otro. Y cuando no se sabe qué opción tomar no basta con sacar a relucir todos los inconvenientes de cada una de las opciones. En el mundo de la decisión, diríamos se da un vacío, un oscuro, sobre el cual es preciso saltar. La mayor parte de las *decisiones*, y más si son importantes, no son *razonables*, lo cual no quiere decir no sean *inteligentes*. Los dependientes de los comercios están cansos de observar cómo las personas nos decidimos, por una cosa o por otra, en una especie de salto al vacío. Indudablemente, cuando la opción es sobre algo de poco valor, la decisión es fácilmente ejecutada. El problema se complica cuando la opción va a tener unas consecuencias más radicales.

Optar entre un bolígrafo u otro, es una decisión que no comporta riesgo. Pero optar por estudiar una carrera u otra tiene un riesgo mayor. Es preciso no perder de vista, que quien está ante la decisión está en el dolor.

Como decíamos, el tener que optar por un bolígrafo u otro, apenas va a producir dolor. Pero el decidir estudiar la carrera de medicina, y no la de abogacía, supone decir sí a una carrera, lo cual conlleva decir no a todas las demás posibilidades que la vida me ofrece.

Pero no se puede negar que aun siendo no razonable, la opción sí es inteligente.

Lo que tampoco parece razonable es, que la decisión la tome el más cegato, por no ver ninguno de los inconvenientes.

SABER Y MUNDO. ABANDONO Y GHETO

El hombre del mundo del saber corre el riesgo de recluirse en un ghetto, al que acuden los otros indecisos e hipercríticos, que como él, juzgan las acciones de los que toman decisiones.

Al hombre del mundo del saber le puede ocurrir que sólo vea el mundo como Fausto los días de fiesta, y esos días a través de papeles de colores, es decir a través de una teoría. Claro está, entonces Fausto, que sabe todo de todo, y no tiene miedo de nada, y que es considerado como doctor por su sociedad, de manera que las madres levanten a sus hijos para ver, a Fausto, y todo el mundo recurra a él a pedirle consejo, se muestra incapaz de hacer mejores y más felices a los hombres, y como consecuencia vive una vida que un perro no la quisiera para sí.

Por todo ello, ante la desesperación y el desengaño que en él se genera, cuando ve que personas que saben menos y ven menos, optan y gozan de la vida, le vendrá bien que siga el consejo de Wagner su criado: que se quite su ropa de sabio y marche a mezclarse con el resto de la gente del pueblo que goza en la plaza, con la música, la comida y la bebida.

Sin embargo también una vez allí, el hombre del mundo del saber se sentirá extranjero en su propia casa, y volverá a sentarse sólo, al borde del camino.

Se recluirá en un ghetto en el que se encuentran personas como él, y formarán *la sociedad de los «solos»*.

Capítulo

IV

EL MUNDO DEL SABER Y LA HISTORIA

Surgirá así *la sociedad de los «solos»*, un *grupo social hipercrítico, desencantador*, incapaz de reír, cínico, que adopta una actitud despectiva hacia la mayoría de la sociedad, en el que domina una actitud esteticista y paternalista.

Este esteticismo paternalista, está sin embargo lleno de orgullo, o si se quiere de desprecio hacia aquellos que no pertenecen a su mundo.

Efectivamente tienen razón, pero la razón no es todo a la hora de juzgar, estimar y decidir. La razón es imprescindible, para vivir una vida humana y digna de ser vivida, pero lo razonable, no es el único continente de la realidad, que es preciso habitar para ser humano. Está el mundo de la libertad, y el mundo de la estimación.

Los que se mueven en *el mundo del saber* serán muy dotados a la hora de responder a la pregunta de *qué puedo saber*, pero se moverán peor ante la pregunta de *qué puedo hacer*, porque sabiéndose que puede hacer no importa qué, no sabe qué hacer y claro está que se encontrará peor, cuando ante él surja la pregunta sobre *qué puedo esperar*, porque en él, la desesperanza será dominante.

Desde su soledad, ofrecerá algo a los demás que nadie aceptará, por olvidar una cosa muy importante que nos recuerda Pascal: que el hombre no es ni ángel ni bestia y quien lo convierte en ángel, lo convertirá en bestia.

De esta manera va a surgir entre ese grupo de los «solos», una utopía. Desde la posición estética elaborará un mundo fantástico, cuyas característica principal, será la *carencia de una base objetiva*.

Se quejarán de que los demás viven en un mundo virtual. Pero para ellos la realidad social existente no es apreciable, más bien todo lo contrario. Y desde esa no-aceptación de la realidad, pretenderán cambiarla, cuando si lo que se quiere es cambiar la realidad, la actitud inteligente es la de atenerse, y comprometerse con, lo que es, para hacerlo desaparecer y hacer aparecer lo que aun no es.

Ejemplo de esto son las no pocas revistas elaboradas y programadas por la llamada «progresía», de personas del mundo del saber, y que no calan en medios ajenos a ellos.

Igualmente las semanas culturales o planes culturales, que elaborados por esa misma progresía, de personas del mundo del saber, se deshacen como pompas de jabón, y los autores del mismo se lamentan y acusan a las clases populares de estar alienados.

Y es que desde su aislamiento total, no son capaces de sentir o de oír las llamadas del mundo vinculado al reino de la necesidad.

Las personas llamadas cultas, todas ellas, bien por posesión de medios, o por opción de no buscarlos, no pueden sentir los latidos de los que se hallan unidos al mundo de la necesidad.

De ahí que sus proyectos, planes e incluso realizaciones tengan un carácter neurótico, irreal, con predominancia de futuro, con olvido del presente.

Como es normal su fracaso es absoluto. Sus proyectos, que si fuesen reales, seguramente serían beneficiosos para todos, no llegan a término por olvidar que todo proceso, que llega a término parte de un presente real, y tercamente real, y solamente desde él se puede caminar hacia el futuro.

Estos «progresistas», que no ponen un pie en la realidad, queriendo cambiar la situación, y viendo el fracaso de su proyecto, comenzarán no a desprenderse de su ropa de sabios, y procurar oír la voz de su tierra, sino que viajarán hacia paraísos, en donde la revolución y el cambio han sido llevados a cabo.

Poseen medios económicos e intelectuales, e incluso conocimientos de lenguas para desplazarse y conocer in situ la revolución triunfante. Una vez aprendida la lección volverán a sus lugares de origen para intentar poner en práctica lo allí experimentado y observado.

Hemos visto cómo el modelo norteamericano, cubano, argelino, vietnamita, japonés, etc.... ha sido pretendidamente transplantado a otras áreas geográficas. Pero el fracaso ha sido aún mayor.

Cada uno de esos modelos, es válido en el tiempo, en el medio ambiente cultural, en el espacio, para el cual fue creado. Pretender transplantarlo a otra área, por principio supone el trasplante de un muerto. El modelo universitario de EE.UU. es válido para ellos y nada más. Pero es que cuando nosotros pretendemos transvasar a Europa ese modelo, estamos transvasando un modelo que en ese mismo momento está siendo reformado en los EE.UU.

Todo cambio no sólo supone aceptar y partir de un compromiso con la realidad, sino que exige generar algo que sea vivo, y que vaya mutando en la misma medida en que se va haciendo realidad el proyecto.

La realidad no es la misma al comienzo de la puesta en marcha del proyecto que una vez que, haya por lo menos echado raíces.

Es preciso reconocer que *todo hecho social es una verdadera creación*, y que como tal está en continua y constante evolución. Podrá asumir y aceptar realizaciones de otros hechos sociales, pero siempre que eso nuevo sea hecho propio por el aceptante.

Todo ser vivo, podrá aceptar cuerpos ajenos a él, pero siempre que esos nuevos elementos sean hechos propios por el sujeto aceptante. En caso contrario el sujeto receptor los devolverá o los convertirá en verdaderos cuerpos extraños que impidan un desarrollo orgánico y armonioso, o se convertirán en cuerpos neuróticos que irán generando la muerte a su alrededor.

Todo proyecto, en consecuencia, deberá trabajar el qué es lo que se quiere, pero no será menor el esfuerzo que se exija para determinar cómo se quiere llegar a esa meta, y para ello se requerirá un estudio detallado de cuál es la realidad desde la que se parte.

De ahí que todo *reformador* deberá olvidarse de sí y no convertirse en el centro del proceso, como si el día que él nació fuese un día que marca un hito en la historia.

Es curioso observar los procesos de liberación llevados a cabo en África o en América; se da un fenómeno de culto a la personalidad que hace que los iniciadores del proceso se perpetúen.

Hay en esos procesos algo que no parece acertado. Cuando ellos comienzan el proceso de cambio, supongamos que son capaces de determinar el qué y el cómo de una acción que permita la mutación.

Si es que la planta prende y da fruto, la situación es al cabo de cierto tiempo distinta. Supongamos que el iniciador del proceso, ha mutado él mismo en la misma dirección y con la misma intensidad que la sociedad que está pretendiendo transformar. Ha de llegar un momento que, o bien no varía la sociedad, o varía en el mismo ritmo que el generador del cambio.

Sintonizar con un momento histórico, es propio de genios históricos. *Marchar al paso que marcha la sociedad* es misión que exige un alto grado de inteligencia.

No es suficiente conocer las leyes sociales que rigen a la sociedad para poner marchas al paso de la sociedad. Documento testimonial de esto que venimos diciendo fue el mayo del 68. Todos conocíamos las leyes de la economía, así como también las leyes de la sociología. Pero el cambio no se dio. Lo que todos deseábamos y esperábamos no se llevó a término. Si algo es propio de la condición humana es su carácter imprevisible, dada su condición de realidad abierta, pero al mismo tiempo de inteligencia sentiente y no siempre razonable, y no enclasadada.

Claro está, los *renovadores utópicos* pretenden que la historia sea un proceso según leyes que ellos pretenden conocer. Basta seguir las leyes, por ellos interpuestas para acertar no sólo en el diagnóstico, sino en la terapia, en la realización.

Eso es Shakespeare, para quien la historia no es un cuento contado por una vieja. Y eso es Hegel para quien la historia tiene sus leyes que son conocidas, por los hombres heroicos, o por pueblo heroico o por una clase privilegiada, o por el Estado.

La realidad nos ha puesto de manifiesto que dándose una racionalidad y una causalidad histórica, es sin embargo una racionalidad y causalidad que nada tiene que ver con la racionalidad y causalidad, física o biológica. No podemos tomar como modelo de comportamiento histórico el que nos ofrezca el acontecer físico o biológico.

Para corregir el error es fundamental que las utopías, recuerden que lo mismo que el indeterminismo de Heisenberg, los quanta de Max Plank o la relatividad de Einstein, así también se da un indeterminismo en la historia, y que la ley, la vida, o la velocidad y el tiempo se dan en historia.

Efectivamente hay ciencias sociales objetivas, como hay leyes que rigen el mundo económico. Sin embargo muchos economistas, se están convirtiendo en historiadores, que pretenden explicar el pasado sin poder ofrecernos soluciones para un futuro, sea inmediato o mediato.

Pero la realidad viva no es algo que se deja encajonar en los moldes de unas leyes y de unas definiciones previamente expuestas, escritas y creadas por aquel que después va a manejar la definición como punto de arranque de su razonamiento. Y la realidad histórico-social, como la de los cuerpos vivos, no se deja explicar en base a leyes sacadas de esqueletos y cuerpos muertos.

Parece que lo más fundamental es *romper con el esquema teórico*, según el cual la historia estaría conformada por dos partes: una, superior a la otra; una dirigiese a la otra. Ya sea, por una parte hombre heroico, sea clase vanguardia, sea pueblo modélico o estado protagonista. Y sea por otra parte, la masa para quien será necesario seguir los dictados de la parte privilegiada, sino quiere parar con sus huesos en la prisión o en un psiquiátrico.

Es preciso superar esa visión dicotómica, para reconocer que los mismos que parecen protagonizar un proceso histórico-social, pertenecen a esa misma sociedad. Y que si son protagonistas, lo son, en cuanto la misma sociedad lo solicita y lo consiente, y lo permite.

Los hombres del mundo del saber, desde su soledad y su esteticismo, pretenden ser los protagonistas de la historia, perdiendo de vista que un simple error o una acción intencionada de un empleado de ferrocarriles, simple guardagujas ferroviario, es capaz de conducir a la muerte a todo el consejo de administración-dirección de la empresa ferroviaria.

El líder de un grupo social, lo es en cuanto sepa exponer en palabras, lo que la sociedad desea; y es líder, en cuanto que la misma sociedad se lo permita, bien con su aplauso, bien con su pasividad.

El líder, ya sea político, económico o ideológico, deja de serlo cuando la sociedad, a la que él mismo cree dirigir y encaminar, toma otra dirección.

Esto se pone de manifiesto en el proceso educativo. Nadie pone en duda que el docente influye o puede influir en el alumno. Pero pocos caen en cuenta, y es tan real como lo anterior, que el alumno influye en el docente.

A fin de cuentas la definición de sabiduría que propone Platón en el *Kratylo* valiéndose de Heraclito parece acertada.

Es inteligente quien sabe seguir el movimiento, ni adelantándose ni rezagándose.

Hay en consecuencia un movimiento que es preciso seguir. Adelantarse es verse sumergido en la ola que avanza. Retrasarse es quedarse parado en la historia, sin posibilidad de volver a tomar la cuerda.

Pero el hombre del mundo del saber, se cree espectador del movimiento cuando en realidad de verdad él mismo está sumido en el mismo.

No hay pues dos capas en la sociedad de la que una es pasiva y la otra activa, espectadora y crítica. Ésta, aún cuando tenga la capacidad de distanciarse de la sociedad en la que está inmersa y de la que forma parte, está totalmente influenciada por su sociedad, y es gracias a ella, que le asigna y le consiente ese rol. El hombre del mundo del saber es lo que es y como lo es, gracias a la sociedad de la que él forma parte.

No hay pues un mundo de impuros y alienados, ante el cual surge otro mundo de puros e ilustrados.

Estos, los presuntamente puros e ilustrados, podrían tener su máximo exponente en Platón, que cuando pretende poner en práctica todas sus ideas, se ve obligado a exiliarse tras haber fracasado.

Pero el hecho es que vemos nacer al hombre de letras o de ciencias. En una palabra, al *hombre del mundo del saber*. Orgulloso y jactancioso, presuntamente liberal, pero conservador económico, se declara ciudadano del mundo, y servidor de la república de las letras. Escéptico y cínico se sentirá servidor de valores eternos y tendrá el mundo como ámbito de vida. Y

efectivamente su economía, sus conocimientos le permiten asomarse a áreas de las que los económicamente débiles y los no preparados culturalmente son excluidos.

Pero en esa república de los saberes y extendida por todas las geografías ocurre lo que ya advierte Descartes. Reconoce éste, que es bueno someter a duda todo lo que se tiene en la mente, por lo menos una vez en la vida. Y luego indica como acción conveniente la de leer lo más posible y visitar las geografías más dispares. Pero advierte que una vez reconocido esto es preciso no abusar de estos comportamientos, pues uno podría no tener ninguna idea fija, ni ninguna geografía como propia.

Al hombre del mundo del saber le ocurre que todas las ideas y principios le son conocidos, de la misma manera que todos los espacios, sin que tenga ningún punto de apoyo ni en el orden del saber, ni en el del hacer ni en el del esperar.

Nace así un dilatante escéptico, brillante, tolerante, que es capaz de hacer no importa qué, pero que no se compromete para nada.

El hombre del mundo de la calle se ve obligado a optar y a comprometerse. Él no. Puede darse el gusto de presentarse como liberal, pero no se compromete ni con las ideas, ni con las geografías.

En realidad de verdad es fácil adquirir una libertad sin compromiso, de la misma manera que es fácil adquirir un compromiso sin libertad. Es francamente difícil una libertad comprometida o un compromiso libre.

El hombre del mundo del saber habla del mundo. Si se quiere, es un magnífico analista, pero no actúa. Y no solamente no actúa, sino que si no desprecia, sí tiene a menos mancharse las manos en la actuación. Desde su ventana mira desdeñoso el mundo de la actuación. Ésta le parece espúrea. Ésta recorta su libertad. Incluso puede considerar necios a los demás.

Eso sí, pretenderá convertirse en juez y en dictador de leyes y normas que deben seguir los otros. Pero lo que no hará, será actuar.

Nace así un hombre del mundo del saber que, al individualismo esteticista, une un individualismo ético. Efectivamente

pretenderá defender su posición, reconociendo que su posición estético-ética es fruto de una conquista costosa.

Es preciso reconocer que el hombre del mundo del saber ha roto la imagen que su sociedad le ha dado y ha recreado otra imagen. Si se quiere, ha vuelto a romper la segunda imagen. Y quizás una tercera, pero él, por falta de compromiso, queda en un mundo de imágenes.

Heraclito tuvo mala relación con los científicos de su tiempo. También ellos rompían las imágenes que su mundo les daba. Ello les concedía una presunta superioridad sobre los ciudadanos que no ponían en crisis la posición adoptada. Pero también ellos vivían en un mundo de imágenes.

Y como colofón de este proceso el hombre del mundo del saber se convierte en *un pseudo-filósofo*. Décimos pseudo filósofo, en cuanto que no acepta, no se atiene y no se compromete, con la realidad tal y como es, para así hacerla variar, sino que desde su individualismo estético y ético, pretende comprender el mundo, establecer las leyes que le permitan acomodar la realidad a sus esquemas mentales. De esta manera dictará leyes de carácter lógico que no sólo le permitan comprender al mundo, sino además juzgarlo y justificarlo. Claro está que quien vive en contacto directo con la realidad, pues sus condiciones económico sociales o culturales no le permitan tomar distancia, es cierto que quizás tampoco vea bien el mundo. A fin de cuentas una distancia excesiva de un cuadro no permite ver bien el cuadro. Ese será el hombre del mundo del saber.

También es cierto que una cabeza excesivamente acercada al cuadro tampoco es la más adecuada para ver el cuadro. Ésta sería la posición de no pocas personas no cultivadas.

Acertar la distancia óptima, ni demasiado lejos, ni demasiado cerca, es la condición para ver bien y actuar con acierto.

Lo que sí parece claro es que entre esos dos grupos humanos no va a haber comunicación. Ni los unos, ni los otros dejarán oír su voz.

El hombre del mundo del saber, olvida que pensar no es un juego ni un capricho. Si el ser humano piensa es para poder ser. Es cierto que actualmente el saber se ha separado del mundo del ser para vincularlo al mundo del tener.

Entonces el hombre del mundo del saber, piensa para tener y no para ser. Una vez que ha conseguido lo que pretendía tener, sigue pensando, pero no para tener, pues ya tiene, si no que piensa como juego, como recreo.

Olvida que si se piensa para ser, ser es acción y que una reflexión que no aboque a una acción es una pérdida de tiempo. *Un pensar que no comprometa al pensante, no es un pensamiento, sino una veleidad.*

Vemos pues dos mundos, dos modos de situarse en la existencia; unos pensando para tener, o para tener más, y otros pensando, tomando el pensar como juego.

Ahora bien lo que somos, se pone de manifiesto en lo que hacemos. Y podríamos afirmar, sugerir o preguntarnos si lo que de las manos del hombre del mundo del saber sale, no es un esteticismo, que se pone de manifiesto en la creación literaria, poética o lingüista.

O si no es un utopismo, que nos hace segregar programas radicales, en los que la realidad presente no es tomada en consideración, generando toda una plaga de personas desilusionadas, quemadas, que viviendo sin carecer de nada viven, diríamos, por rutina, y que incluso destilan a su alrededor y en concreto en sus hijos, una hiel amarga, un cinismo, una falta de entusiasmo, un rictus desactivador de toda ilusión.

Las generaciones que se están asomando a la historia, vienen cargadas con unas dosis de desengaño que solo las generaciones que les han precedido les han podido poner en sus alforjas.

¿Dónde encontrar explicación si no a todo el deseo de entrar a participar en el funcionariado, que es propio de los jóvenes que pasan por la Universidad? Estos jóvenes no han creado ellos mismo ese talante. Son las generaciones precedentes las que hemos generado esa incapacidad para el entusiasmo o la admiración, y el desengaño por haber optado por un género de vida que no ha sabido satisfacerles.

En el mejor de los casos el hombre del mundo del saber es capaz de generar un paternalismo, posibilista, pero que a nadie es capaz de seducir, y menos de engendrar entusiasmo.

Hoy es el día en que carecemos de líderes carismáticos, de los que han ofrecido frutos sazonados en la historia. Pero el

hecho cierto es que nadie es capaz de entusiasmarse por nada. Y cuando alguien muestra entusiasmo por algo, se le advierte que eso es un pecado de juventud que ya se le pasará.

Surgen así como decíamos un ciudadano de las letras, a quien la historia y la erudición seduce, que en medio de un moralismo de pequeña altura, según el cual no es conveniente exponerse a grandes riesgos ni proyectos, de forma y manera que no se sienta defraudado más tarde. Es preciso no crear expectativas fuertes pues pudiera ocurrir que no se lleguen a alcanzar y se origine una desilusión proporcionada a las expectativas generadas.

Sencillamente, generamos un hombre del mundo del saber que dominado por un individualismo estético, ético y lógico, vive separado de esa colectividad que le ofrecen los medios para poder vivir, y vivir bien; un hombre que pretende ser directivo de ese mismo pueblo del que el mundo del saber le ha separado.

La cuestión que se nos plantea es que siendo la clase culta cada vez más integrada por gente proveniente de las clases populares, el saber aburguesa, separa del pueblo a los que lo poseen, y deja al pueblo en la imperiosa necesidad de buscar dirigentes, pues los hijos que del pueblo han salido, no sólo viven a cuenta del pueblo, sino que incluso se convierten en los perros de pastor que muerden las corvas de las ovejas. Y como manifestación de esto que venimos diciendo ahí están todos los caudillismos y los populismos de los que en estos últimos años estamos siendo no testigos, sino víctimas.

El hermano mayor de Orwell puede permitirse el lujo de ser liberal y bondadoso, sabiendo que los hijos del pueblo, salidos de él y penetrados en el mundo del saber, son los perros que cuidan del rebaño. El mastín puede descansar tranquilo.

De esta manera surgiría un proceso histórico protagonizado por un grupo, que sintiéndose tal, no se vería obligado a rendir cuentas más que a sus correligionarios, a Dios y a la historia.





HISTORIA



LA CATEGORÍA DE HISTORIA Y SU PROTAGONISTA

Herodoto y Tucídides son los dos primeros historiadores, que nosotros conocemos, que nos merecen la pena ser tomados en consideración.

Las guerras con los Persas y las guerras de Peloponeso serán los centros de interés. Pero tanto el uno como el otro no se reducirán a exponer una sucesión de acontecimientos, sino que intentarán barruntar la razón de los mismos.

Para uno, la razón de la superioridad de los griegos sobre los Persas, se hallará en la superioridad de las instituciones políticas, en el caso concreto la superioridad de la democracia sobre la dictadura.

Para el otro, la explicación de las victorias de Atenas sobre Esparta, o al revés, la encontrará en la superioridad, en la técnica de construcciones navales, ya fuesen navíos como empalizadas.

Otros intentos de historias los podemos encontrar en Roma p.e. con Julio Cesar y su guerra de las Galias, pero aquí se pondrá de manifiesto el carácter empírico de los romanos y en la citada narración se nos darán detalles de los galos, los romanos y luego una pretendida descripción de cómo habían pasado las cosas.

Más tarde aparecerá Agustín de Hipona con su Ciudad de Dios, haciendo un primer ensayo de filosofía de la historia.

En el medioevo, la historia aparece como un cronicón, en donde se pretende aportar toda una serie de datos, batallas, bodas y demás, en un deseo de halagar o adular al mecenas, al Rey o al Papa en cuestión.

Fue preciso que Spinoza introdujese el concepto de totalidad, para que de la mano de Kant, fuese preciso más tarde determinar qué o quién era esa totalidad. Fichte da el primer paso, pese a la decepción que le ocasionan las lecciones de Kant, y situará la Acción y el proceso dialéctico, de tesis, antítesis y síntesis, a la base de todo, con lo cual Hegel va a quedar en óptima situación para descubrir el continente de la historia.

Somos conscientes de que dejamos muchos nombres, pero lo que ahora queremos indicar es que la historia es un proceso que lleva a conseguir una meta.

En el caso de Hegel, veremos que la idea Absoluta, iba haciéndose consciente, bien por la vía de la historia natural, abriendo el camino a los evolucionistas y a Darwin, bien por vía de la historia humana, en donde cada momento histórico es un paso más hacia adelante.

Sus lecciones de Filosofía de la Historia, podrán no estar de acuerdo con la realidad, tal y como había transcurrido, pero no deja de ser una obra de apasionante lectura.

A partir de Hegel sin embargo se da un cambio radical. De una *historia preocupada por el pasado*, nos deslizamos hacia una *historia preocupada por el futuro*.

Y es que en el entremedio, *la historia aparece no como algo que transcurre, sino como algo que se hace ser*. Entonces la mirada hacia el pasado, no es una historia curiosa de cómo transcurrió el pasado, sino como una historia que fuese avalista de lo que se quería fuese el futuro.

La historia pasa a ser argumento probatorio, de que aquello que ellos proponen para el futuro, fue real en su momento. Así Roma, será para Hegel un pueblo de ladrones, pero su deseo de racionalidad dominante es posible, porque lo fue de hecho en Grecia.

Y Marx, que como recuerda él en carta a su padre, quiere poner patas arriba la teoría de Hegel, encontrará en la economía el motor de la historia, de ahí que escriba el Capital, pero para poder justificar que la propiedad privada, es un eslabón de la historia y que es posible una sociedad sin clases, recurrirá a Morgan para decirnos que efectivamente hubo un momento en la historia en que no hubo ni propiedad privada ni clases.

Pero eso es la historia escrita. Para que ella sea posible, es preciso realizar la historia. Es decir habrá formas distintas de hacer historiografía, pero lo que no se puede olvidar es que para hacer grafía de la historia, es preciso que ésta se de. Y aquí sí que conviene ser cautos pues es la condición humana la que es histórica.

Efectivamente *todo lo que es, es fruto de un proceso histórico*. Afirmar sin más esto parece excesivo.

No hay duda de que la geología nos expone, todo un proceso del cual nosotros podemos levantar acta. Pero ese proceso desde la perspectiva de la ciencia no parece estar orientado por una voluntad. Es cierto que hay un proceso en la creación de hidrocarburos, pero mientras no veamos como lo hace Agustín de Hipona, Hegel o Theillard de Chardin, una voluntad agente, lo único que podemos decir es que eso ocurre según un proceso y nada más.

El que todo lo que es, es racional y todo lo racional es, parece apoyado en una Razón Absoluta.

Tampoco pasaríamos a la posición de Camús, según el cual nada tiene sentido o todo es absurdo.

Si nos atenemos al ser humano, ahí si que podemos decir que es histórico, no en cuanto levanta acta y es testigo de un proceso, sino en cuanto de una manera u otra, el ser humano, es el autor de su propio futuro, consciente, inconsciente, subconsciente, arracional, o como se quiera, lo cierto es que el ser humano es autor de su propio presente.

Y siendo así, porque hace la historia, es también quien la podría contar. Esto será historiografía.

EL AUTOR DE LA HISTORIA

El autor de la historia es la humanidad toda entera. Pretender protagonizar la historia en unas personas concretas o en unas clases sociales determinadas, o en unos pueblos específicos, es perder de vista la perspectiva histórica.

Es cierto que a la hora de hacer historiografía podemos dar unos nombres, llámense Alejandro o Julio César, unas clases

sociales, como la aristocracia, la burguesía o el proletariado, de la misma manera que podemos indicar la época de Luís XIV en Francia, o a la época victoriana en Inglaterra.

Pero el hecho real es que cuando todos esos concretos están actuando, el resto de los mortales que está viviendo también está actuando. No habría personaje en la escena del teatro sino hubiese público, y ese mismo público, que recibe lo que le ofrece el elenco de actores, dejaría de asistir al espectáculo, del que es mero espectador, si lo que le ofrecen no fuese de su agrado.

En el momento en el que Alejandro Magno marchaba por Asia, había habitantes en África que intentaban cazar elefantes, y poco a poco domesticarlos, y había habitantes en América que trabajaban los campos limpiando así las selvas, y había habitantes en Europa procurando dominar las vacas.

La historia es un río en el que todos los habitantes que han nacido han puesto su grado de sudor. Mientras los burgueses debatían en los Estados Generales qué es lo que se hacía con Luís XVI había aristócratas que procuraban dominar o trabajar a una con las clases populares o la burguesía.

Efectivamente, para el historiógrafo la presencia de una serie de hechos o personas simbólicas puede serle útil. Pero la historia real, con su día a día, en el que parece que nada ocurre, pero nacen y mueren personas, se ríe y se llora, se trabaja y se descansa, esa historia va realizándose minuto a minuto, segundo a segundo, sin solución de continuidad.

Los personas, las clases sociales, los pueblos, serán símbolos, serán los que aparezcan en primer plano del escenario, pero así como decíamos antes que no había espectáculo sin espectadores, para que se dé el espectáculo, se requiere el compositor del libreto y de la música, el copista que lo transcribe, el linotipista que lo imprime, el fabricante de la linotipia, el transportista que lo lleva hasta la imprenta, todo el personal que monta el escenario y todos los que fabrican todos los instrumentos que se manejan en el montaje.

Si alguno de ellos falla no hay espectáculo. Nada digamos del médico que cuida de la salud del protagonista, de su cocinero o su sastre, de su padre y de su madre.

Sencillamente, que toda persona que nace aporta algo al río de la historia, y todo ello una vez que se incorpora en ese río, es

imprescindible. Sin embargo es preciso reconocer que eso que todos hemos aportado a la historia, quizás no ha sido tomado en consideración por el que escribe la historia, es decir, por el historiador, o mejor aún por el historiógrafo. Historia e historiografía son dos realidades totalmente distintas, que a menudo a penas tienen nada en común.

Los egipcios fueron decisivos a la hora de hacer surgir la historia de la medicina, debido a que según sus creencias, era oportuno embalsamar unos muertos. Prescindamos ahora si tenían razones objetivas o eran meras fantasmagorías. El hecho real es que por una u otra razón fueron ellos los que conservaban a los muertos y para hacer tal cosa les era preciso saber anatomía.

Nadie se acuerda de aquellos que generaron y transmitieron esa creencia. De igual manera dieron un gran adelanto a la geometría en función de poder regular las crecidas y los descensos del Nilo.

Luego uno no sabe por qué los árabes desarrollaron el álgebra. Álgebra y geometría unidos dieron lugar a la trigonometría y más tarde al cálculo infinitesimal. Que un punto es una intersección de dos rectas lo dijo Euclides. Que una recta era un punto en movimiento fue otro de los postulados de Euclides. Eso pareció pobre y carente de lógica a Newton y nos dijo que un punto era una circunferencia de radio cero y que una recta era una circunferencia de radio infinito.

¿Quién generó la noción de cero o la noción de infinito?

Sencillamente *en la historia se da una solidaridad total a lo largo del tiempo y del espacio.*

Somos solidarios con el pasado y lo somos con el presente. La presencia de muertes y enfermedades ha movido a los hombres a luchar contra ellas. ¿Quién genera salud? Los ministerios de sanidad. Bien, pero quien realmente genera salud es el servicio de limpieza e higiene, la asistenta sanitaria, el médico rural, el gran cirujano que interviene quirúrgicamente y la buena abuela que enseña a limpiarse las manos y los dientes a sus nietos.

Si en la perspectiva tiempo, nuestro presente personal, siendo una verdadera creación propia, hecha con materiales que otros nos ofrecen, desde la perspectiva espacio igualmente las aportaciones de unos y de otros son constantes.

Fue Ford quien descubrió que había una manera de generar beneficios y no consistía sino en hacer presuntos compradores de sus coches a aquellos mismos que los fabricaban. Indudablemente la historiografía nos dirá esto, pero la historia es otra. Antes de que Ford arbitrara ese principio, hubo una serie de señores que fueron perfeccionando el automóvil, que fue quien a Ford le dio la ocasión de formular ese principio.

En el momento presente consumimos productos, noticias, adelantos generados por no importa en qué lugar del espacio.

Y esta creación del presente siendo solidarios con el pasado y con el presente, nos hace solidarios con el futuro en cuanto que unos van a recibir su existencia con un grado de hominización y complejidad como el que nosotros hayamos podido alcanzar.

De ahí entonces nuestra afirmación de que la historia la hacen los hombres todos, y que cada momento presente no siendo sino aquello que en el pasado fue futuro, no es sino fruto de las aportaciones de todos.

Indudablemente que las aportaciones de algunos pueden parecer más relevantes. La teoría de la relatividad ciertamente la descubrió o la inventó Alberto Einstein, pero ello no hubiese sido posible sin la pléyade de científicos que le precedieron y la pléyade de personas que a él, en su momento concreto le hacían posible vivir, desde el maestro de escuela que le enseñó los primeros rudimentos, a la nodriza que le puso los pañales, y a la persona que justo el día de descubrir su fórmula le preparó el desayuno.

La historia es una orquesta en la que intervienen todos los seres humanos que han sido, que son y que serán.

Ello hace que si se volviese a repetir el proceso histórico, la historia sería diferente. Pero para esto es preciso distinguir entre historia, realidad real, y la historiográfica. El idioma alemán distingue netamente entre «historie» y «gesichte». Las lenguas romances no poseen sino la misma raíz con dos versiones: «Historia» e «Historiografía».

HISTORIA. LIBERTAD Y RESPONSABILIDAD

Y es que es preciso no perder de vista que es propio de la condición humana la de ser un ser no enclasado. Frente a los animales, árboles y cosas que son realidades enclasadas, la condición humana es de tal forma que es un libro en blanco en el que son posibles todas las escrituras.

El ser humano, siendo a una con los otros, es el único que siendo sin ser, es decir, no siendo, se ve obligado a conquistar su ser.

La conquista de su ser se realiza pausada y progresivamente, sin vacíos ni lagunas, desde el mismo momento en que se encuentra puesto en la existencia.

Desde esa situación, adoptando una posición ante su propio ser, que desconoce él mismo, y ante lo que le rodea, haciéndole ser lo que es, el ser humano conquistará su ser.

Sus acciones podrán ser conscientes, inconscientes o subconscientes, racionales, arracionales o irracionales, inteligentes o demenciales, pero *vivir será adoptar una posición ante lo que es.*

La existencia humana en consecuencia, nada tiene de determinada o acabada desde un inicio, ni tan siquiera se trata de activar unas potencialidades apoyadas en no sabemos qué sustancia, ni se trata de llenar de materia una forma ya existente, como arquetipo generado por no sabemos qué demiurgo, sino que es el fruto, doloroso y costoso y gozoso, de una conquista personal realizada a través de todo un proceso histórico que va a permitir llevar a término lo que se es. Es conquista, pero no invención, sino consumación y actualización de un ser que somos sin ser programado, pero sí un tanto preprogramado. «El hombre nace bestia y muere muy persona» dice Gracián. Nosotros diríamos nos nacemos y a veces morimos siendo muy personas.

Lo propio del *animal* es permanecer siempre *fiel a su naturaleza*, león, cordero, buitre o paloma. Pero lo propio del *hombre* es *superarla siempre.*

Y si encuentra en él todas las posibilidades a la vez, es a fin de permitirle, unas veces de embellecerse, otras veces corrom-

perse. Porque según el uso que él haga se convierte según dice Aristóteles, en el mejor de los animales, o en el peor.⁴

He ahí la grandeza y la tragedia del ser humano. Desnudo en su persona. Vacío en su ser. Desprovisto de todo, pero capaz y necesitado de rechazar su desnudez, su vacío, su carencia, e incluso su propia conquista para caminar responsablemente, es decir siguiendo las voces de su ser, hacia ese su ser que es, sin serlo, y sin saber clara y distintamente quién es. Pobre ser humano, obligado a ser libre y no enclasado. La verdad es que a veces es duro ser libre.

Erasmus en su «Elogio de la locura» recuerda a Luciano y a su metamorfosis. Un gallo metamorfoseado ha sido de todo: filósofo, hombre, mujer, rey, particular, pescado, caballo y rana. Añade Erasmus que incluso cree él que ese gallo llegó a ser esponja. Hecho el recorrido y cotejando las situaciones llega a la conclusión de que el hombre era el más desgraciado de todos los seres, porque aceptando todos ellos ser lo que eran, siendo lo que eran, es decir el vivir en los límites asignado por la naturaleza, sólo el hombre se esforzaba en superarla.

Y es que: «el hombre es la sola criatura que rechaza ser lo que es».⁵

Será en consecuencia el ser más miserable, eterno insatisfecho, que no acepta el reposo de su situación.

Pero es el ser más grande porque teniendo capacidad de rechazar su estado es capaz de conquistar otro. No limitará su acción a una simple negatividad. Habría quien ahí quede. Pero es propio de la condición humana no sólo el hacer surgir la negatividad, sino que incluso hará surgir una nueva positividad y sólo cuando ésta, y en la medida en que se haga presente con fuerza, proporcionará la nueva negatividad.

He ahí la grandeza del hombre. Eterno insatisfecho, se verá obligado a caminar sin alcanzar jamás reposos. El día que tal reposo se de, es que se ha muerto el hombre y ha acabado la historia.

⁴ Lavelle. *Conduite a l'égard d'autrui*. pag.19

⁵ A. Camus. *L'Homme révolté*. Pág.22.

La existencia no nos ha sido dada hecha, sino que la debemos conquistar y no otra cosa es vivir.

HISTORIA Y TRASCENDENCIA

Por ello es propio de la condición humana el trascenderse a sí misma. La estructura fundamental de la condición humana, y que manifiesta de mil maneras, según las diferentes dimensiones humanas, será esa necesidad de *ir más allá de lo que se ha sido y de lo que se es, para hacer surgir algo que no es*; y que no sabemos demasiado bien qué es lo que es, hasta que lo vemos conquistado, y casi cuando estamos preparando el material para continuar el viaje.

El cambio no es pues algo circunstancial en la existencia humana sino una *condición estructurante* de la misma.

«Lo malo es acostumbrarse; no hay que tomarle cariño a las rejas de la cárcel», recuerda Bergamín. Es preciso salir de ella aún cuando ella suponga y exija encontrarse una vez más a la intemperie.

Pobre y grandiosos ser, el ser humano, para que como nuevo Abraham deba abandonar su tierra y su patria, conocida y poseída, para caminar hacia adelante. Qué maravilla la del ser humano, que captando las presentaciones de la realidad, es capaz de suspender o retener sus reacciones para hacer surgir una representación que le permita mirar más allá.

Y es que es propio de la condición humana la de ser, sin ser, y la de, tener que ser. «Homo viator», escribe un libro Gabriel Marcel. El hecho de trascender no es algo que decide el hombre. Transciende, camina, procesualmente, por el simple hecho de ser y en cuanto es. El día que no haga eso, aunque biológicamente esté vivo estará muerto.

Es decir la trascendencia se hará de una manera u otra, pero *mientras haya hombre él se transcenderá.*

El querer pararse es imposible. Marchará hacia adelante, poniendo él el timón o poniéndoselo otro, a una o a otra velocidad, pero jamás perderá su condición de peregrino que camina hacia su ser, sin tener garantía de alcanzarlo.

Será él, serán los otros, serán las circunstancias, pero el ser humano es caminante hacia su ser que desconoce, pero que entreve y que no sabe si lo va a alcanzar. La decisión vendrá de él o de otros, pero siempre será caminante.

El ser humano no ha recibido su ser hecho y acabado. Será él quien trascendiendo lo dado, y ello de una manera inevitable, conquiste su ser.

La fuerza que le impulsa a ser no es ajena a él. Es el mismo yo, quien se llama a sí mismo, para ser quien él es, sin tener claridad en lo que debe ser, sin seguridad en que lo alcanzado permanezca, y menos aún qué es lo que debería ser.

La manera de realizar su existencia podrá ser auténtica o inauténtica, pero siempre real, y nunca indiferente o posibilidad aséptica. Es una cosa lo que debe ser, y si no llega a ser eso, él mismo será el juez más inexorable.

El vacío del hombre exigirá llenarlo de lo que ya es sin ser. Y cada vez que se llegue a esa situación una vez más se hará presente el vacío.

Cada cota alcanzada, con el riesgo de desvanecerse entre las manos, pero presente o desvanecida, ciertamente es punto de partida para caminar hacia otra que aparentemente es más alta.

Todo ser humano es más de lo que cree ser. La necesidad de trascender, de existir, se hace patente de manera más clara en la misma medida en que creemos haber alcanzado la meta.

Cuando los demás nos feliciten, por la meta alcanzada, cada uno tendrá ganas de sentarse en las piedras que hay a la vera del camino, para reconocer que su vida, para él, ha sido un cierto desvarío del que apenas nada merece la pena. Los demás, como a Fausto, nos alabarán y adularán. Podrán las madres levantar a sus hijos para que nos vean cuando pasamos. Pero cuando en la desnudez de la verdad, nos encontramos con nosotros mismos, una pena va a embargar nuestro corazón.

El ser humano es un ser, que sólo es, cuando trasciende. A diferencia de los demás seres, su ser consiste, no en ser lo que ya es, sino en lo que aún no es. Como dice Hegel «lo más real (reellste) de todo es lo que solamente es en verdad el concepto no realizado».

En la existencia humana, el presente se encuentra siempre deslizándose hacia el pasado. Si el hombre camina, es porque aquello que aún no es, aquello que aún es futuro, es presente. Es la presencia del futuro quien da consistencia y valor al presente.

Trascendencia, temporalidad e historicidad son pues existenciaros humanos. Transciende porque es, y es como es. Temporaliza por lo mismo. E historifica porque es ser humano.

Si en lugar de ser vacío fuese pleno, ni la trascendencia, ni la temporalidad, ni la historicidad serían existenciaros humanos.

Por todo ello, la existencia humana, viviendo su presente, ve que éste se le desliza como el agua entre las manos y va adentrándose en el futuro.

Sin el futuro, el ser humano, como el pez sin agua, moriría. Sólo que cuando al pez le falta el agua se muere, mientras que el ser humano en la situación más adversa puede esperar a Godot aún a sabiendas de que no va a venir.

Sólo así el hombre resolverá el único problema digno de la condición humana. Todo lo demás como diría Pascal son divertimentos.

Ante este problema cada ser humano deberá dar su respuesta. Vivir es optar, vivir es decidir, sin que ninguna opción ni decisión sea la última ni la definitiva sino eslabón de un proceso que es justamente lo que le hace ser histórico.

Y cosa importante de este proceso gradual es que aun cuando antes hayamos indicado sí parece conveniente repetirlo. Cada afirmación genera negación. Cada paso progresivo hacia adelante supone el abandono de la situación previa, sin que por ello se anule. Cada sí genera un no. Siempre que acepto el futuro niego el presente y lo deslizo hacia el pasado.

La realización de la condición humana supone al mismo tiempo la pérdida del actual alcanzado. Sólo de esa manera se podrá ser siempre «el mismo», sin ser siempre «lo mismo».

«Nuestra naturaleza está en el movimiento, el reposo completo es la muerte», nos dice Pascal.

HISTORIA Y CLARO-OSCURO DE SU REALIZACIÓN

Este movimiento gradual, progresivo y procesual que está en la base de nuestro ser histórico, se realizará en un claro-oscuro, que hace de la vida una tragicomedia.

Afirmar que nuestro caminar, se realiza a plena luz, parece tan exagerado como afirmar que caminamos en plena oscuridad.

Sí es cierto, que el mineral, la planta o el animal, llevan en su código genético su libro de ruta, del que sólo se separan cuando ocurre un accidente.

También es cierto que es propio del ser humano no llevar consigo su cuaderno de ruta, aunque también lleva consigo su código genético, pero del que se puede separar. El ser humano no sólo es autor de su ser, sino también su artesano.

Sólo él es capaz de prometer, es decir configurar su presente en función de un pasado; sólo él es capaz de esperar, es decir de configurar su presente en función de su futuro; sólo él es capaz de reír y de ironizar, es decir de distanciarse, relativizando su presente; sólo él es capaz de generar una revolución, es decir de hacer presente a un futuro por nadie esperado ni previsto.

Sencillamente sólo él es capaz de *no dejarse dominar por la presentación presente, para hacer surgir una representación*, en función de un pasado o de un futuro.

De ahí entonces que el ser humano es el único ser cuya acción está mal asegurada; que duda y camina a tientas, que forma proyectos, con la esperanza del éxito, y del miedo al fracaso. Sólo él es quién se siente expuesto a la enfermedad y a la muerte. Los demás seres también terminan su periplo. Pero no viven la exposición a la enfermedad y a la muerte.

En ese claro-oscuro en el que se realiza la existencia histórica del ser humano, conquistando su identidad, no lo hace sin embargo improvisada o inventadamente. El ser humano se encuentra interpelado por el mismo ser que es él mismo; y no solo interpelado, es decir llamado, sino lo que es aun más doloroso, se siente juzgado, y no por otros sino por si mismo. De

ahí que no inventándose, se consuma; se lleva a término lo que es, sin ser una posibilidad aséptica y neutra, pero lo hace balbucientemente, y como si tartamudease, por no ver claro qué es lo que debe hacer. También como D. Quijote deberá tomar la opción, dejando que sea su montura quien decida.

En este su caminar solo, pues se decide solo, y sobre todo se muere solo, escuchará veladamente la llamada de su ser. Hay una vocación del ser que se es, sin ser, para que dejando de ser lo que es, camine a hacer presente a lo que no es, pero que debe ser.

Por orientación, tendrá su perfil, punteado, allá lejos en el horizonte de su vida. Sólo una vez realizada la existencia podrá saber si efectivamente había o no oído la llamada de su ser, y si efectivamente la había consumado, es decir llevado a término.

No siendo ni ángel ni bestia, «el hombre no sabe en qué fila situarse». Busca, inquiere, a veces encuentra respuesta, otras veces el silencio es compacto.

Sin embargo, estas tinieblas como dice Pascal, siendo impenetrables, son lo suficientemente claras para permitir la aparición de una imagen, que es propia, pero no sólo aparece en el silencio, y que francamente se le ve bien una vez concluido el día. Al amanecer apenas se ve. A la noche nadie es mejor juez que uno mismo para, no juzgar, sino sentirse juzgado, si los pasos dados eran o no los adecuados. Todos no son adecuados.

Teniendo pues que decidir, y no teniendo un faro que ilumine claramente nuestro caminar, se realiza la ruta, a través de decisiones, gradual y procesualmente tomadas, en medio de la incertidumbre y la duda.

Nadie podrá predecir anticipadamente, cual es la ruta que una persona o una colectividad humana va a seguir. Pero sí se puede decir, una vez los pasos dados, si eran los adecuados o no, sabiendo de antemano que, si es propio de la condición humana el ser «sapiens», lo es también en cuanto capaz de ser «demens». Una vez las singladuras tomadas, podrán darse explicaciones de por qué se han tomado unas y no otras. Lo que nadie puede o apenas puede, es predecir de antemano.

HISTORIA E IMPREVISIÓN

De esa improvisación e imprevisión e incluso inadecuación sólo nos sacará el camino andado. Como dice Lope de Vega «Dando voy pasos perdidos, por tierra que todo es aire, que sigo mi pensamiento y no es posible alcanzarle».

Esta tierra que es aire, se convierte en tierra dura, sobre la que se puede pisar, cuando el caminante ha marchado. Lo malo del caso es que el caminante jamás volverá a recorrer ese camino, pues la vida, el tiempo y la historia, es irrepetible, ni a nadie podrá servir esa tierra como camino definitivo y propio, pues cada cual ha de forjarse su propia ruta y no previamente, sino en la medida en que lo hace.

Pero para encontrar el propio camino, es preciso abandonar lo andado. De esta manera deberá el ser humano *realizar su historia arriesgadamente, y sólo, a una con los otros*, pero sin poder salvarse de una soledad radical que le dejará solo ante los pasos que se han de dar. «Estar vivo es no estar muerto, y no estar muerto es estar solo en medio del desierto» nos recuerda Bergamín.

Volvemos a insistir en un punto que nos merece aprecio. El hombre puesto en la existencia y obligado a ser necesariamente libre, como ser no enclasadado y abierto que es, se encuentra como realidad propia y nominada, y no como posibilidad aséptica o neutra, sino como realidad personal e intransferible, que en el silencio más silencioso, y aún cuando no se quiera oír, dejará oír su voz imperativa. «Ser hombre, no es ser, o lo que es igual, no es hacer cualquier cosa, sino ser irremediamente lo que se es»

HISTORIA Y AUTENTICIDAD O INAUTENTICIDAD

La desorientación y la imprevisión que es propia de la condición humana, le es también inherente a la historia, y también aquí va unida a esa otra característica, que es la exigencia de ser, no cualquier cosa, sino lo que

Se es, pues la existencia nos es dada no como espléndida y aseptica realidad, sino como realidad propia e intransferible.

De ahí el *riesgo* que es constitutivo a la existencia humana, de la que si ve privado, será con riesgo de perder la condición de humano.

En este proceso que es la historia, no todas las decisiones serán adecuadas. La meta, como gusta a Hegel, está al comienzo, exigiendo abandonar el punto adquirido y orientando su caminar, y la meta está a lo largo del proceso, juzgando lo adecuado o inadecuado de la decisión, y la meta no está al final, porque cuando parecía llegábamos a término, ante nuestros ojos se nos abre un gran vacío que es el futuro.

Su constante *fracaso*, en cuanto que no se alcanza la meta, es justamente lo que nos impulsa a caminar y a continuar marchando hacia adelante. El día en el que el futuro no se nos abra ante nuestra existencia, aun cuando biológicamente, estemos vivos, en realidad de verdad estamos muertos o al menos no vivos.

«Muchos son los misterios, pero nada más misterioso que el hombre» nos dice Sófocles en la Antígona y en verdad que no le falta razón. «El hombre no es una existencia cerrada sobre ella misma, cuyo esquema uniforme, no hacía más que repetirse de generación en generación, ni una existencia transparente que sería clara a ella misma. No se limita a sufrir pasivamente, una ley cíclica, que le impusiera la vuelta periódica de las mismas determinaciones; debe apoyarse sobre su actividad para prolongar el movimiento que le lleva hacia un fin desconocido» nos recuerda K. Jasper.

HISTORIA Y AUTONEGACIÓN CONSTITUTIVA

Esta conquista de su ser, en medio de la desorientación, la imprevisión y la propiedad de su existencia, la *logrará el ser humano abandonando su propio ser*, y en una espiral *hacia fuera*, y no en una espiral hacia dentro, enfrentándose y *actualizando lo que no es él*.

Obligado a conquistar el ser, necesitado de ser libre y no enclasadado, su ser lo conquistará, en cuanto lleva a ser, a lo que él no es.

El pintor de cuadros se convierte en tal, en la medida de que sea capaz de convertir el lienzo, que no es cuadro, en tal. Y será pintor figurativo o abstracto, en la misma medida en que lo sea el cuadro. Y será el cuadro, quien le convierta en pintor, y pintor abstracto o figurativo, y en pintor bueno o malo, en la misma medida en que lo sea el cuadro.

Y el cocinero será tal, en cuanto que aquello que no es comestible lo actualice, y lo convierta en comestible, a lo que no tiene esa situación.

¿Sabe acaso el pintor, o sabe acaso el cocinero, al comienzo de su trabajo, ya sea pictórico, o cocíneril, cual va a ser el resultado de su trabajo? Espera que sea halagüeño, pero no tiene garantías de que su trabajo va a ser exitoso.

¿Es que cada uno de nosotros cuando hablamos, sabiendo lo que tenemos que decir, a quien y en qué circunstancias nos quedamos siempre satisfechos de lo dicho y cómo lo hemos dicho? Tampoco. La existencia humana está llena de imprevisibilidad.

Desorientado, imprevisto, propio, necesitado de lo que él no es. Como recuerda Pascal, la nariz de Cleopatra, determina el giro de la historia, de la misma manera que la geografía de Egipto o de Grecia jugaron un papel decisivo para la historia, llámese de la geometría o de la construcción de barcos.

El ser humano nace en cuanto con-nace, o hacer surgir, y actualizar, a lo que él no es.

Necesitado de su no ser propio, y necesitado del no ser ajeno. Y frente a ese no ser ajeno se situará a una con otros hombres.

El ser humano es en consecuencia *un ser constitutivamente histórico*. No es que la historicidad será característica de unos hombres y no de otros, o será propia de unos momentos y no de otros, sino existencial de todo ser humano vivo.

Chesterton gusta decir que el hombre es el único animal salvaje y es verdad. Todos los demás están domesticados. Si-

guen la tosca honestidad de la tribu o del tipo (Chesterton. Orthodoxy p. 265).

El ser humano tiene la gran habilidad de provocar comportamientos catastróficos, capaces de echar todas las previsiones de los conductistas o behavioristas, aun cuando las estructuras, los hechos sociales se impondrán sobre la voluntad de los concretos.

Estos *comportamientos catastróficos* y salvajes, a quienes algunos calificaron como el instinto de libertad, como lo hicieron con el perro de Pavlov, hacen que la existencia y la historia sean irrepetibles.

Es preciso hacer hincapié en este detalle. Efectivamente Hegel pretendió establecer las leyes de auto- conciencia del Absoluto, como Marx la explicó en función de las formas de producción, Freud en función de unos procesos psicológicos.

Lo que sí aparece claro es, que la historia nos da testimonio, no de cortes históricos ni epistemológicos, ni de determinismos historicistas, sino testimonio de que la homonización o la manera de ser hombre, explicable a posteriori por toda una serie de razones, a priori nos es imprevisible.

Platón, con su idealismo, o su conceptismo nos habla de lo mismo. En su Carta VII, nos hace una descripción muy hermosa del *proceso del conocimiento*. Existen para cada uno de los seres tres elementos de los cuales hay que servirse forzosamente para llegar a su conocimiento; el cuarto es el conocimiento mismo, y hay que añadir, en quinto lugar, la cosa en sí, cognoscible y real.

El primer elemento es *el nombre*, el segundo, *la definición*; el tercero, *la imagen*; el cuarto *el conocimiento*.

Para entender lo que estoy diciendo, apliquémoslo a un objeto determinado y extendamos la noción así adquirida a todos los demás. Existe algo llamado «círculo», cuyo nombre es precisamente la *palabra* que acabo de enunciar.

Viene en segundo lugar su *definición*, compuesta de nombres y predicados: «Lo equidistante por todas partes desde los extremos al centro», sería la definición de lo que se llama «redondo», «circunferencia» y círculo.

En tercer lugar, la *figura* que se dibuja y se borra de nuevo, se traza en giro y se destruye; pero nada de eso le ocurre al

círculo mismo, al cual se refieren todas estas representaciones, en cuanto es algo distinto de ellas.

Lo cuarto es el conocimiento, la *inteligencia*, y la recta opinión acerca de estos objetos: todo ello ha de considerarse como una sola cosa, que reside no en las palabras ni en las figuras de los cuerpos, sino en las almas; por lo que resulta evidente

Que es algo distinto tanto de la naturaleza del círculo mismo como de los otros tres elementos anteriormente citados.

De estos elementos, el que más se aproxima al quinto por afinidad y semejanza es la inteligencia; los otros están mas lejos de él.» (Platón, Carta VII.342, b, c, d, Clásicos Políticos. Platon. Cartas. Edic. Bilingüe y Prólogo por Margarita Toranzo. Instituto de Estudios Policos. Madrid. 1954)

Como se ve se trata del *tema del conocimiento y como llegar a él*. En primer lugar nos indica tres estadios de los que hay que servirse forzosamente. Es decir no se puede prescindir de ellos: nombre, definición e imagen.

Estos nos llevan al conocimiento mismo, a la inteligencia y a la recta opinión, luego está la cosa en si, que es cognoscible y real. Quien más se acerca a la cosa real es la inteligencia.

El conocer es pues fruto de un proceso según por el cual será preciso pasar.

Ahora bien, supuesta la diferencia entre el objeto real y cognoscible y su conocimiento este no se dará si no hay» una afinidad con la materia en cuestión» (o.c..344 a).

Será preciso se dé una *afinidad entre el sujeto cognoscente y la realidad conocida*. Caso de que esto no se diese no habría conocimiento. Es preciso memoria y capacidad intelectual, pero solo con ellas no llegaremos a conocer caso de que nos falte esa afinidad; quien tenga solo afinidad, sino tiene memoria y capacidad intelectual, tampoco llegará al conocimiento.

Ahora bien para llegar a termino el proceso será preciso «un intenso y largo tiempo» (o.c. 344 b).

El conocer no estará en consecuencia a la altura de cualquier mente, sino la de aquellos que estando dotados de cualidades intelectuales, consiga al mismo tiempo una afinidad con

el objeto conocido, y tengan capacidad para hacer un largo e intenso trabajo.

¿Y cómo es que se puede llevar a cabo este proceso?.

«Cuando a costa de mil esfuerzos son puestos en contacto unos con otros los diferentes elementos nombres y definiciones, percepciones de la vista y de los demás sentidos, cuando son sometidos a benévolas discusiones críticas, en que preguntas y respuestas están hechas sin mala intención, brota de repente la inteligencia y comprensión de cada objeto, que alcanza en su esfuerzo el máximo límite de la capacidad humana. (o.c.344.a.)

Se trata en consecuencia de *llegar a conocer algo*. Ello se conseguirá luego de mil esfuerzos. El saber algo, no va estar a la vuelta de la esquina para que lo adquiera quien primero pasa por la puerta. Va ser fruto de mil esfuerzos.

¿Qué es lo que ahora hay que hacer? Pues poner en contacto todos los elementos disponibles, palabras, imágenes, sensaciones y frotarlos como se entrechocan los cantaros de un río. Más tarde discutir amablemente con otras personas. Y entonces va a brotar. Será preciso hacer todo lo anteriormente dicho, sin que esté garantizado el éxito. De la misma manera que el artista, como decíamos antes, o nosotros cuando hablamos no tenemos garantía de que nuestro esfuerzo vaya a ser productivo, igual ahora según Platón será preciso hacer mil esfuerzos para que brote, de repente la inteligencia y la comprensión de cada objeto.

Cuentan que preguntado Picasso, de si creía en la inspiración, respondía él diciendo que sí, pero que procurase le alcanzase la inspiración trabajando.

Platón viene a decir lo mismo. La comprensión y la inteligencia, fruto de un trabajo que exige mil esfuerzos, brota repentinamente. Diríamos que lo hace al margen de la voluntad, y alcanza el límite máximo de la capacidad humana. Como se ve la imprevisión no es un accidente en el devenir humano. Estamos de acuerdo con Shakespeare al decir que la historia no es un cuento contado por una vieja, y que hay en ella una posible previsión y planificación. Pero que hay algo más. U.R.S.S. fue famosa en su tiempo, por ser la sociedad en la que más camiones vacíos se veían rodar. Era fácil programar la ida

de los vehículos. No lo era tanto el programar la vuelta y llenos.

Compte nos ofreció sus tres estadios. Hoy es el día en que cada vez más aparece la imprevisibilidad, que no es igual a sin razón, de los acontecimientos humanos. La razón es una operación para que la inteligencia haga acto de presencia. Pero a veces la inteligencia camina por rutas diferentes de la razón.

HISTORIA E INESTABILIDAD

Ahora bien, si la historia es un proceso imprevisible, no repetible y jamás acabado, la historia tiene otra característica que merece la pena tomar en consideración.

Según el principio de inercia cuando un objeto se sitúa en una posición, esa posición no será abandonada, mientras no aparezca una fuerza mayor que la que le mantiene en su posición, para obligar a cambiarla.

En la historia no ocurre tal cosa. Una cota alcanzada por una colectividad, no quiere decir que esa colectividad vaya a permanecer a esa altura, mientras no venga una fuerza igual o superior que le haga cambiar.

Calificaríamos esta *característica de inestabilidad*, en el sentido de que un nivel histórico alcanzado no va necesariamente a generar una situación nueva mejor.

La gráfica de la historia puede tener regresiones de las que quizás luego se arrepienta un colectivo, pero lo que queremos indicar es que como una pompa de espuma se desvanece, un momento histórico puede evanecerse y perderse en el tiempo futuro como las aguas de un río desaparecen en las arenas del desierto.

Si el pasado no es garantía, tampoco el presente lo es y menos el futuro.

Ni el pasado, ni el presente, ni el futuro llevan el marchamo de garantía de ser un momento adecuado.

La historia es un proceso cuyo sujeto es *el ser humano* y es condición de ésta el ser solicitado, *el ser llamado*. *Lo que no*

tiene garantizado es que la respuesta sea la adecuada. Ni el pasado, ni el presente, ni el futuro, por ser tales, poseen títulos garantizadores de éxito. Si se ve claro que el pasado no nos puede ofrecer garantías de adecuación en la respuesta, no es menos cierto que ni presente ni futuro tampoco las poseen.

Si la Edad de Oro no está en el pasado, tampoco sabemos cuándo va a llegar a tomar cuerpo.

Sencillamente es preciso *salir al paso de un optimismo en cierto modo escatológico*, según el cual a fuerza de tiempo, es decir en un futuro, los problemas se solucionan.

Es cierto que la solución está en el futuro, pero no porque sea futuro, sino porque sea la adecuada. Será preciso hacer desaparecer *la imagen de una espiral ascendente*, que como en las comedias de enredos, los nudos de la obra teatral se deshacen al final.

Una posición de este tipo ha hecho que en el altar de la historia, como una nueva diosa, se hayan sacrificado muchas vidas, y constatamos cómo el futuro ha sido el dios justificador de mil sacrificios de vidas humanas, para al final constatar que ese futuro no llega, de la misma manera, que el llamado sentido de la historia, determinado por uno, por varios, o por muchos, ha permitido cometer las mayores tropelías.

Es preciso situarse ante la realidad, asumirla tal y como es, caminar con ella, ni más deprisa, ni más despacio, para modesta y progresivamente decidirnos a generar una respuesta, estando dispuestos a rectificarla inmediatamente, porque sus efectos no son los adecuados. Es preciso actuar seriamente ante la historia.

Y es que la historia siendo una realidad imprevisible, irreplicable y nunca determinada, es también una realidad que genera juicios de valor, según los cuales unas actuaciones serán adecuadas, otras inadecuadas, generando así momentos auténticos o momentos inauténticos. Tanto los unos como los otros son reales y con idéntica realidad, pero unos son adecuados y otros no.

Esta adecuación o inadecuación no será ofertada en función de una buena o mala adecuación a una realidad exterior. Como repetidamente hemos afirmado, es el ser que no es, quien llama al ser que es, a abandonar su ser, a existencia, siendo tanto el uno como el otro el mismo ser.

Ahora bien, *la existencia*, siendo existencia humana y como tal histórica, *es una existencia solitariamente solidaria*.

No se trata de hacer un juego de palabras. Todo existente siendo un yo, es tal en cuanto es a una con un tú. Somos lo que somos, y tales como somos, gracias a los otros. Porque los otros han entrado en nuestra vida, a veces imponiéndonos sus respuestas, sin darnos opción a aceptarlas o aceptarlas en una cierta medida, y otras veces porque los otros nos ofertan su solución a ciertos problemas y nosotros los aceptamos o no. Si aceptamos la respuesta de los otros, los otros están en nosotros. Pero si no la aceptamos también están presentes los otros en nuestra no aceptación.

Queremos con ello indicar que la historia, siendo una creación personal, según la cual es un río al que van a parar todas las lágrimas y los gozos de todos los seres vivos, es al mismo tiempo una creación colectiva, en donde las diversas formas de realizar la condición humana, sean razas, pueblos, culturas van haciendo llegar sus éxitos y fracasos, sus momentos auténticos e inauténticos.

No podemos olvidar que es propio de la condición humana el ser con los otros, sin ser los otros. Solas las personas, generando su propia personalidad, y a una con las otras, hacemos la historia porque somos históricos. Solos los pueblos, haciendo surgir verdaderas creaciones, de manera que un momento histórico, un pueblo o una cultura, no sea el anterior más algo más, sino algo totalmente nuevo, que pone de manifiesto la riqueza y la plasticidad de la condición humana, pero a una con los otros pueblos.

Creación individual y propia, necesitada de lo que no es uno, y a una con los otros, la historia será un existencial humano. Solidaria con el pasado y el presente, sin que se den cortes ni vacíos, comprometida con el futuro, puesto que este será realización de lo que en el pasado fue futuro, sin poder deshacernos del pasado, llevándolo sobre nuestro presente aún cuando no nos agrade.

La historia será un fenómeno personal y colectivo de la humanidad toda, sin que admita huecos ni cortes entre las personas, los pueblos, y los momentos históricos.

Capítulo



QUÉ ES HACER HISTORIA

HISTORIA. NECESIDAD Y PREGUNTAS

Sería oportuno cercar más el campo. Hemos dicho que el sujeto de la historia son todos los hombres, en cuanto que siendo tales, son transcendentales, son temporales y son históricos.

Evidentemente la aportación de cada ser humano a la historia no será idéntica. Eso es claro sólo por el período de vida que ha vivido; no va a ser igual lo aportado por un recién nacido o un nonagenario. Como no va a ser lo mismo lo aportado por una mente preclara o una roma. Pero es claro que todos han aportado algo.

Y todos aportamos en función de nuestra lealtad con el ser que somos en medio de un claro-oscuro, una desorientación, una improvisación y una libertad constitutiva por el hecho de no ser enclasadado.

Pero en realidad, de verdad, *¿qué es vivir?*. No es otra cosa que tener el coraje de *adentrarse en la realidad*, para que ésta haga *aflorar las preguntas* y los problemas, y nosotros procuremos *encontrar respuestas*, y satisfacciones *adecuadas a nuestras necesidades*.

Alguien pudiera pensar que es en un mal juego en el que nos ha metido la Naturaleza.

Ésta, sabe encontrar los medios y los instrumentos más adecuados para satisfacer las necesidades. Si las piedras son fruto de un proceso geológico, y las plantas de otro, las unas y las otras, saben acomodarse al entorno de forma que surja un equilibrio válido.

Será preciso reconocer, que el ser humano se halla en la más mísera de las situaciones, en cuanto que dotado de razón, cuanto más desarrolle ésta, más inseguro e incómodo se encontrará.

Diríase que la naturaleza habría actuado más sensatamente, si en lugar de dotarnos de razón, de juicio y de opción, nos hubiese dotado de un instinto, que como a los árboles les hace crecer a su debido tiempo, y en su debido lugar, así también nosotros nos viésemos dotados, decimos, de un instinto que marcara nuestra ruta.

Pero no, nosotros encontrándonos vinculados a los otros, y no siendo los otros, en cuanto ellos han invadido nuestra existencia, para luego entrar nosotros en la de ellos, y rodeados de cosas y animales, llenos de haber humano, nosotros nos encontramos con que vemos surgir en nosotros las cuestiones, las preguntas, y las necesidades, y sin que tengamos seguridad a la hora de decidir, y teniendo que decidir, pues el mismo no decidir es una manera de decidir.

De ahí entonces que la inestabilidad sea una nota constitutiva nuestra. Estamos en continuo movimiento. Viendo surgir en nosotros cuestiones y necesidades que gozosos las acalláramos. Las personas cuando gozamos, vemos surgir preguntas y necesidades que una vez aparecidas nos siguen a todas partes como una sombra.

Las preguntas y las necesidades las vemos surgir en nosotros de la misma manera que no decidimos que el hormigueo del brazo aparezca.

Lo que sí es curioso es constatar que esas preguntas y esas necesidades afloran, y el término mejor es que afloran sobre la base de unas preguntas respondidas, y unas necesidades satisfechas.

En ese sentido podemos decir que el proceso, que es la historia, está apoyado en la respuesta precedente y la respuesta que generamos a raíz de una nueva pregunta, sin que exista vacío entre un período y otro período.

La historia es un proceso sin solución de continuidad, sin vacíos ni huecos, que no existen más que para una mente que los observa al darse cuenta que *una pregunta respondida, una necesidad satisfecha, es apoyo y punto de origen de una nueva pregunta o necesidad.*

TRANSMISOR Y RECEPTOR EN EL PROCESO HISTÓRICO

En este proceso hay en consecuencia un elemento transmisor y un elemento receptor. Entre ambos no hay vacío. Solo lo hay para el testigo. Pero en último término hay una transmisión que el receptor no se reducirá a recibirlo.

El transmisor va a transmitirle un nivel de homonización determinado, ya sea por vía genética, como por vía de acumulación de respuestas a las preguntas, como por vía de opciones, como por hacerse cargo de la realidad, como por vía de una manera de instalarse ante la realidad.

El receptor no tiene por qué asumir sin más lo que recibe; que recibe lo transmitido no hay duda. Pero tanto lo genético, como el stock de respuestas que entrega, como el número de opciones que oferta, como las formas de hacerse cargo de la realidad, el receptor las podrá aceptar y repetir, las podrá apropiarse siempre, y siempre generar una situación nueva, que no es la anterior más una copia más, sino que será una verdadera creación en la que elementos genéticos desaparezcan y otros sean más desarrollados.

Una serie de respuestas desaparecen porque ya ni se plantean como preguntas y otras nuevas se generan inesperadamente, pero que aún cuando a priori son sorpresivas e inesperadas, a posteriori las vemos vinculadas a las que le preceden.

De esta manera la historia siendo una entrega transmisiva y continuativa es generadora de algo nuevo, siendo toda ella una transmisión y una nueva creación. De ahí entonces que en la historia cada presente, siendo negación del pasado, y sin ello no hay historia, cada presente lleva consigo todo el pasado, de forma que no estando presente, está totalmente presente sin que me sea posible negar mi pasado.

Pretender no tomar en consideración el pasado, y lo que es peor aún, pretender negar el pasado, por no estar de acuerdo con él, es abocarse a la neurosis y al fracaso. El pasado como stock de posibilidades que me sean aceptables, modificables o rechazables está ahí presente.

Actualmente esto nos es fácilmente verificable cuando vemos que en el surgimiento de una persona, siendo necesaria la presencia de otras dos, y para estas otras dos, cuántas son las personas que con sus genes han hecho posible la presencia de esta persona, según Boas, en el término de 20 generaciones, más de un millón de personas.

La historia entonces como transmisión, de una mentalidad, como forma de vida, de una tradición como entrega real y física de algo que va a ser actualizado en medio de una comunidad, de una colectividad y de unas instituciones, según las cuales me voy a vincular a los demás.

Podrá agradar la entrega de tanto haber humano, pero el mismo Robinsón Crusoe, en su soledad de la isla se va a valer de ello. Y cuando el citado señor se propone resolver los problemas que la nueva situación le propone, se pondrá a pensar, es decir a hablar consigo mismo, pues la historia a la hora de entregarnos no sólo nos va a entregar el código genético, sino una concreta y determinada solución de sonidos que emitimos por la boca de una manera determinada, inhalando el aire de una manera determinada y expulsándola por la boca y la nariz en una proporción determinada, y nos va a ofertar no sólo una forma de inhalar y de expulsar, sino una forma concreta de analizar y actualizar la realidad que no otra cosa será el idioma que recibimos.

Con los materiales recibidos desharemos el muro, para volver a levantarlo usando los mismos materiales, pero haciendo un muro distinto, que ofrezca una cohesión, una lógica y un sentido a lo que estamos haciendo, según el cual el hombre va a pensar, discurrir y analizar el ser manifiesto.

Entonces somos lo que somos, en la medida en que nos apropiamos de todo lo que los demás nos entregan y hacemos algo nuevo. Y entre eso nuevo que la historia nos ofrece, está el stock de posibilidades, el stock de problemas vitales y respuestas generadas por las demás que se nos entrega para así dejarnos a nosotros en libertad de poder solucionar nuevos problemas y generar algo nuevo, que sea siempre el mismo sin ser siempre lo mismo.

Son pues los demás, en tanto que me ofertan y me fuerzan a apropiarme de sus posibilidades, los que me permiten ser yo mismo.

Son los otros los que me llevan a mi plenitud y me dejan con la senda abierta para caminar hacia adelante liberado de mil problemas sobre los cuales han devanado sus sesos no pocos de mis predecesores.

LA HISTORIA COMO MADURACIÓN, COMO DESVELACIÓN

No nos interesa pues la *historia como maduración*, pues no sabemos qué es lo que se va a madurar. Y esa concepción (que no es sino ideología para justificar que los hombres blancos de la Europa noroccidental, siendo más maduros que los del siglo XIX y que los de otras áreas geográficas, son los que poseen el privilegio moral de dominar al mundo) supone la presencia de una forma que se va a llenar de materia, de una potencia que se va actualizar. Sencillamente de un esquema previo que punteado, o entrevisto entre penumbras, existe antes que nosotros. De un arquetipo, al que los concretos tenemos que darle existencia.

Tampoco nos interesa la *historia como desvelación*, según la cual la historia sería la gran maestra que fuese enseñando a los hombres qué es lo que debían hacer, por la misma razón arriba expuesta.

Ni tan siquiera nos interesa la *historia como capacitación* para hacer, no sabemos qué, pero ciertamente algo que nuestros predecesores, o los que no están a nuestra altura no pueden hacer.

LA HISTORIA COMO ENTREGA DE SER

Nos interesa la *historia como entrega de ser*. La realidad actualizada ha llevado al ser a ser. Lo que a nosotros se nos entrega es el ser de lo que es, para que nosotros mansa, humilde y progresiva, inteligente e improvisadamente, vayamos actualizando a la realidad. La realidad es mucho más rica que el ser.

Éste no es sino la realidad actualizada. No en el sentido de convertir en acto algo en potencia. La realidad es y puede ser

actualizada. Algo más físico, más recio y consistente que un mero desvelamiento. A nosotros se nos entrega un ser, fruto de un proceso, y nosotros lo aceptamos o no lo aceptamos, o lo aceptamos en un cierto grado, y otros pueblos lo hacen en otro grado.

A la hora de asomar a la historia, a la existencia, la sociedad de los hombres nos oferta una forma de hacer frente a la realidad, una forma de situarnos ante ella y ante nosotros, que la recibimos, nos la apropiamos o la rechazamos o la modificamos. El entregante entrega un modo de hacer frente a la realidad como principio de posibilidades.

Ahora bien, el que recibe el testigo de la historia no es un sujeto pasivo que recibe mecánicamente un haber humano. La intención del recipiendario es actuar hasta tal medida que, como dice el neuro-fisiólogo Hebb, entre los mamíferos colocados en la escala filogenético tan bajo como la rata, nos es posible descubrir el comportamiento como estando constituido por una acción directa entre los procesos sensoriales y los procesos motores. Hay, dice él, un algo parecido al «pensamiento» que interviene. «El pensamiento» se refiere sin duda alguna, a un gran grado de complejidad de las funciones cerebrales humanas y posee una significación demasiado vasta para que podamos aplicarla a los animales inferiores. Pero incluso en la rata, vemos que el comportamiento no está únicamente dominado por los fenómenos sensoriales inmediatos: los procesos centrales, ellos también, actúan.

¿De qué naturaleza son esas actividades relativamente autónomas del cerebro? No estamos en situación de poder emitir una suposición sobre este tema. (D.O. Hebb. *Psicho-Physicologie du comportement*. Tradue de l'anglais por Madeleine King. P.U.F. Paris 1958. Original anglais 1949)

La entrega que se lleva a cabo en consecuencia no es recibida asépticamente, sino interesadamente, de tal modo que la intención del receptor y el material recibido forman un todo.

Pero no sólo es activo a la hora de recibir de forma y manera que no sea una nueva aceptación mecánica, sino que hay, digamos, una selección biológica. Pero una vez recibido, eso recibido es sometido, en el proceso de traslado hasta la masa encefálica a toda una serie de procesos, físicos, químicos, biológicos, autónomos que hacen que lo recibido por el ser humano, y lo

llegado a la masa encefálica no son lo mismo. Y nada digamos el proceso que sufre el «material» recibido de fuera, una vez llegado, a la masa encefálica. Y para no alargarnos con este tema, pensemos sencillamente en los efectos causados por el electro-shock o la insulina-shock. Es Luría quien nos dice que es preciso deshacernos de la famosa imagen del piano o de la central telefónica.

Ello nos lleva de la mano a la afirmación de que cada momento histórico no es una simple repetición del anterior, ni incluso una repetición de algo a quien se le ha añadido algo, de forma que cada momento historia sea un $n + 1$, sino que cada momento histórico es ya desde su raíz una verdadera creación nueva.

Es nueva en cuanto que cada transmisión supone una novedad, en la que ni el año ni el día sea la unidad de cambio. El cambio de transmisión a recepción es continuo. Es preciso volvernos a Heraclito para, de nuevo, recuperar la imagen del río y del cambio constitutivo. Es Goethe, quien en su Fausto, nos dice que para decir lo que ya han dicho los otros lo mejor es callarse. Eduardo Chillida dice que él se ha empeñado siempre en hacer lo que no sabe, pues hacer lo sabido es repetirse.

Explicitando, diríamos que cada momento que pasa, volvemos a nacer para formularnos las preguntas y las necesidades, de una manera nueva.

Esta podría ser una de las mayores críticas que podríamos formularnos a la concepción de la historia como maduración o como desvelación, pues tanto la una como la otra suponen la presencia de un algo que va llegando a término o maduración o desvelamiento.

La historia como entrega de ser es una continua y constante novedad. No es novedad en cuanto van variando las respuestas y la satisfacción de necesidades, sino que es una novedad constante, en cuanto que cada momento van variando las preguntas y las necesidades a satisfacer.

Cuántos errores se cometen cuando se quiere realizar la historia como un todo continuo, en el que apenas hay variaciones, o si las hay, son variaciones accidentales. Cada momento de la historia hace una entrega de la realidad al momento que la precede. Desde esa entrega y la apropiación de ella nacen

preguntas, que ningún momento histórico ha tenido hasta ese momento, surgirán necesidades que ningún momento anterior se las había planteado.

Es cierto, y aquí está la raíz del error, que no pocas veces las preguntas o las necesidades que impulsan a la humanidad a buscar y encontrar respuesta y satisfacción, nominalmente serán expresadas con las mismas palabras. Pero lo que no se puede olvidar es que están continuamente cambiando de sentido. Si miramos un diccionario etimológico veremos como los términos verbales, las palabras, siendo fonéticamente iguales, van continuamente cambiando de sentido.

El gran invento de Aristóteles fue que siendo testigo de esta mutación, para explicarla, inventó las categorías de sustancia, *hypokeimenon*, perchero del que cuelgan todos los accidentes. Con las categorías de sustancia y accidente se explicaba el cambio. Había un elemento constante, que poco a poco iba madurándose o desvelándose, en la medida en el que, como de un perchero, fuesen cambiando la ropa que de él cuelga, es decir los accidentes.

Pero ello no engendra solución al problema. Aunbenque califica a este invento como una «trouvaille» para solucionar el problema, de la misma manera que un mecánico a la hora de poner en marcha un motor, arbitra una «pequeña chapuza», que no resuelve el problema pero de momento sí consigue poner en marcha el citado motor.

Será preciso recurrir a la categoría de sustantividad como sistema clausurado y total de notas constitucionales o si se quiere como estructura formal de la unidad constitucional, formalmente individual.

Siendo así la historia una búsqueda de respuesta a una pregunta o de una satisfacción para una necesidad, la historia es todo menos camino trazado de antemano, pues será preciso hacer surgir la pregunta o la necesidad adecuadamente, y claro está, hacer surgir también la respuesta o la satisfacción de manera igualmente adecuada.

EL HOMBRE COMO SER NO ENCLASADO, RECEPTOR DEL SER. AUTENTICIDAD O INAUTENTICIDAD

Como el ser humano es una realidad personal, y como tal, no enclasada sino necesariamente libre, ocurre que ni todas las preguntas ni todas las necesidades son las adecuadas, y podemos encontrarnos durante períodos de tiempo procurando responder a preguntas y satisfacer necesidades que no son las adecuadas. El que sean adecuadas o no, no quiere decir que de hecho nosotros no estemos dando respuestas o buscando satisfacciones reales. Lo que sí es cierto es que no son las adecuadas.

Para mayor abundamiento, si las preguntas o las necesidades no son las adecuadas, nadie nos garantiza que las respuestas o la satisfacción de necesidades lo sean. Podemos en consecuencia ocupar períodos enteros de nuestra existencia buscando solución a falsos problemas o a problemas que no son los propiamente nuestros, pero que nosotros los hemos interiorizado; como podemos pasar un período de nuestra vida intentando dar solución a ciertos problemas y a satisfacer ciertas necesidades, que en el mejor de los casos son problemas nuestros y son necesidades nuestras, pero no los problemas o las necesidades prioritarias en ese momento.

Una de las formas más eficaces del neocolonialismo es poner a colectividades enteras pretendiendo dar respuesta y solución a problemas y necesidades que no son los prioritarios propios. De esa manera esas colectividades están solucionando problemas que sí son suyos, pero no los prioritarios, y están solucionando problemas ajenos y dando respuesta a preguntas de otros.

La situación es importante. Cada persona, cada colectividad, cada momento histórico debe responder a sus necesidades y problemas propios. Ciertamente que siempre se está, haciendo historia, pero ésta, siendo siempre real, puede ser auténtica o inauténtica. La pregunta que se plantea es la de saber cuándo una necesidad o un problema es auténtico o inauténtico.

Como respuesta provisional podríamos decir que una pregunta es auténtica o lo es una necesidad, cuando tanto la pregunta como la necesidad está injertada en el ser de esa persona

o de esa colectividad. Y ¿eso cómo se sabe? Podríamos responder diciendo que lo es en la medida en que genere mayor o menor frustración, o por lo contrario en que genera mayor o menos armonía, pero lo haga no sólo a unos pocos, sino a toda la colectividad. Es preciso saber poner rostros humanos a cada decisión que tomemos.

IMPREVISIBILIDAD DE LA HISTORIA

Aquí inmediatamente surge la dificultad. Tanto el ser de la persona como el de la colectividad, como formas de hacer frente a la realidad, de situarse ante ella y de poner de manifiesto un ser de esa realidad, son fruto de un proceso histórico, que se va haciendo en el quehacer que es vivir. No se trata de actualizar una potencia que existe, ni de llenar de materia una forma, ni de dar una existencia a una esencia que existe en no sabemos qué mente ni voluntad. Se trata de actualizar una realidad, para poniéndola de manifiesto, hacerla ser lo que es.

Este ser, fruto como decimos de un proceso, no es nunca algo concluido y acabado. Es un ser «in fieri», caminando hacia un ser que aún no es, y caminando llevados por la espalda por el mismo ser que no es.

¿Quién puede, en consecuencia, garantizar que esta pregunta o esta necesidad brotan del ser, si no sabemos cuál es el ser ?. Quizás el artista en su esfuerzo nos puede dar una orientación. El artista, sea plástico, literario o musical, elaborará mil bocetos y mil diseños. Entre todo ello sólo se quedará con uno o con otro. Los demás no le satisfacen. No expresa la realidad que él toca, con los dedos y palpa con sus manos. Puede ser que al final de la obra, una vez concluida, tampoco satisfaga y la deshaga o considere un paso hacia adelante en su caminar. No sabe lo que quiere. Pero lo que ciertamente sabe es que es lo que no quiere. A menudo los conservadores se defienden diciendo: dígame qué es lo que quiere. Y ésa, es una pregunta que no tiene respuesta. Solo se puede afirmar con seriedad que es lo que no se quiere. Y es preciso tener el coraje de adentrarse en el futuro, sin saber bien hacia donde caminar, pero teniendo sí tanto el arrojo de caminar, como la humildad para reconocer que el camino emprendido no es el adecuado.

El artista nos puede servir de ejemplo. A un poeta no se le asoma a su cabeza todo lo que quiere decir. Y mucho menos las palabras. Lo mismo podemos constatar en el escultor, el pintor, o en el músico. Todos ellos piensan, trabajan en su memoria e inteligencia y van elaborando bocetos y más bocetos, hasta el momento en que uno determinado parece satisfacerlos, lo cual nos es obstáculo para que al poco rato no les satisfaga. Al menos es un punto de partida, para caminar hacia delante o cambiar de ruta.

En la existencia y en el proceso histórico quizás nos encontremos con que no sabemos lo que queremos, pero lo que sí ciertamente sabemos es lo que no queremos. Desde esa situación, poder responder anticipadamente a cuál es la pregunta o la necesidad auténtica, quizás sea imposible. Pero lo que sí es posible es, que una vez concluido un período histórico podamos responder que ciertamente aquello que estamos haciendo es falso, e inauténtico, aun cuando sea real e incluso aún cuanto tenga éxito en el mercado. De ahí entonces que para poder responder auténticamente a la realidad nos tengamos que acercar a ésta, modesta y cautelosamente, para que de una manera silenciosa y progresiva nos vaya, ella, la realidad, diciendo, si estamos respondiendo a ella o a una caricatura que de la misma nos ha podido legar la mente más preclara y bien intencionada que se pueda dar.

Bergamín dice que el camino se hace abandonando el camino y el pensar abandonando el pensamiento. Tampoco la realidad es algo que nosotros ponemos, sino algo con lo que nos encontramos. De ahí entonces que nos encontremos con un grave problema. La existencia, ya sea de una persona o un pueblo, siendo real, puede ser auténtica e inauténtica. Solamente el hecho de plantearnos la pregunta nos resulta incómodo en cuanto que puestos a buscar respuesta a la pregunta, nos podríamos ver obligados a cambiar de ruta en nuestro caminar en la vida. A nadie agrada reconocer que el camino andado ha sido un tiempo perdido. Pero que sí que vendríamos de la mano de Descartes. Nuestra existencia tanto individual y colectiva ha sido realizada en cuanto los demás nos han invadido y nos han ofertado todo un cúmulo de haber humano.

Es imprescindible, es necesario que al menos una vez en la vida nos paremos para analizar si nuestro caminar se está realizando siguiendo a nuestro ser, o al ser de los otros. Será doloroso

so, quizás alguien pudiera pensar que desagradecido, pero es preciso parar para honradamente analizar si esta persona o esa colectividad está respondiendo a su historia propia, como respuesta a sus necesidades propias o a las ajenas.

Hay no pocas personas que existen, pero de su existencia damos fe en cuanto estando muertos, huelen. No existen, están muertos.

Los humanos hacemos la historia y la padecemos, la misma que nosotros mismos hemos hecho surgir.

Pero conviene no olvidar que haciéndola siempre, solo se la hace autenticamente en cuanto responde a sus necesidades y preguntas propias, y no las que otros le han podido sugerir.

Ahora bien, decíamos antes, cómo nuestra existencia la realizamos a una con los otros, y que éstos han invadido mi existencia de la misma manera que yo he invadido las suyas. Cada uno nos hemos apropiado del haber humano que los otros han conquistado. Y como decíamos, eso, apropiado, haciéndolo nuestro, es preciso que lo *cada-cualicemos*.

IMPERIOSIDAD DE LA PREGUNTA Y DE LA NECESIDAD

Ahora bien, parece oportuno hacer alguna puntualización o aclaración. Hablamos de la historia como de un proceso en el que se van generando respuestas a preguntas y satisfaciendo las necesidades que la vida cotidiana vaya planteando. Luego nos cuestionábamos acerca de si era posible responder a preguntas propias.

Alguien pudiera pensar que es propio de la condición humana el auto-generar preguntas y hacer surgir necesidades, cuando lo más apropiado sería el no permitir hacer surgir preguntas ni necesidades (puesto que unas mínimas estaban respondidas y satisfechas, no merecía la pena el autolastimarse haciéndose de sí, un continuo y constante problema). Ya hemos recordado en otras páginas cómo Erasmo, en su «Elogio de la locura», indica que el ser humano habiendo sido todo, incluso esponja, era el más desgraciado de todos en cuanto que en ninguna situación encuentra acomodo y paz.

Lo curioso del caso es que el ser humano no decide hacer surgir preguntas ni necesidades. En la situación mejor, diríamos, aquella en la que todas las preguntas tienen respuesta, recordamos el Fausto de Goethe, (la condición del maestro, a quien todo el mundo considera como tal, y para que sea admirado las madres levantan en sus brazos a sus hijos para que vean al maestro) él mismo se encuentra sin dudas ni miedos, y sin embargo reconoce que un perro no quisiera para sí esa vida.

Y es que la pregunta respondida, genera nueva pregunta y la necesidad satisfecha produce nueva necesidad. Es algo inherente a la propia condición humana, algo que es su grandeza y su desgracia.

Los hombres podrán decidir no tener preguntas y no tener necesidades, pues tanto las unas como las otras han sido elaboradas y respondidas por el hermano mayor de Orwell. Llega un momento en el que uno no sabe por qué, pero los muros mejor edificados, las leyes más sofisticadas, las armadas más poderosas, los aparatos de educación y propaganda, se muestran insuficientes para hacer surgir nuevas preguntas y nuevas necesidades. Para remediarlas se harán surgir psiquiátricos para los cortos mentales y campos de concentración para los recalitrantes, de tanto en tanto se llevará una purga y unas autoinculpaciones como en la China de Mao; al final como la polilla en la ropa, todo caerá.

No se puede impedir que broten preguntas, tanto en los individuos como en las colectividades, que hagan caer las murallas chinas más compactas.

El ser humano no decide hacer surgir preguntas ni necesidades. Puede darse el caso de que el ser humano positivamente decida no permitir la presencia en él de preguntas nuevas o nuevas necesidades. De la misma manera que sistemáticamente el ser humano se opone a que nuevas apetencias hagan presencia en él, en determinadas ocasiones va a pretender que no afloren en él preguntas o necesidades. Pero de una manera u otra éstas van a hacerse presentes imperiosamente; van a pedir respuesta o satisfacción, y mientras estas no lleguen el ser humano se hallará incómodo e incomodante. Los poderes más fuertes han pretendido establecer el stock de preguntas y de necesidades y así de esa manera han elaborado las satisfacciones o respuestas oportunas. Pero la condición humana es de tal naturaleza que de hecho tarde o temprano van a aparecer.

Y todo ello no es otra cosa que manifestación de la condición humana que siendo, lo es sin ser; y no sólo eso, sino que está necesariamente obligada a caminar hacia su ser que en la penumbra le llama a ser. La pregunta, la necesidad, no será sino la tematización de esa carencia de ser unida a esa necesidad de ser, sin tener perfilado y definido cuál es el ser. No se trata de poner en acto una potencia, ni de llenar de contenido una forma que pre-existe, sino que se trata del drama de ser hombre y como tal, animal de realidades, abierto y no enclasadado, en consecuencia constitutivamente libre, y siempre inacabado e inacabable.

En consecuencia el ser humano, siendo sin ser y teniendo que ser, y no ser cualquier cosa sino lo que él es, pero que aún no es; y siendo llamado por el ser que es, y escuchando la llamada aquel que no es; siendo el mismo yo el que es y el que no es; y siendo la misma fuerza la que le impulsa a caminar hacia su ser, de manera que la meta estando al final, está también en el comienzo, y está a lo largo del proceso, juzgando si la decisión tomada es la adecuada, o no, va a ser un ser necesariamente necesitado.

No surgen las necesidades por capricho, por enfermedad o por inacabamiento del ser humano sino sólo y nada más que por ser humano.

Esta necesidad de ser se va a concretar en toda una serie de necesidades de forma y manera que, satisfecha una va a surgir otra. Eternamente inacabado e inacabable el ser humano marcha llamado por su mismo ser, de manera que ni las preguntas ni las necesidades sean asépticas e incondicionales, sino concretas y propias. Lo malo del caso, y al mismo tiempo su grandeza, es que una cima alcanzada nos abre la perspectiva de una nueva cima hacia la que es preciso caminar y andar sin parar nunca.

De esta manera, el ser humano no será histórico en cuanto viva en la historia; también eso pues el ser humano es a una con otros, sino que el ser humano será histórico en cuanto va tejiendo la historia, no para luego destejerla como Penélope, sino para dejarla hecha; y sobre esa hechura, ir haciendo surgir nueva respuesta, que ya respondida, va a generar nueva pregunta. Es la satisfacción de una necesidad la que va a hacer surgir la nueva necesidad.

SERIEDAD ANTE LA EXISTENCIA

De esta manera nos encontramos con el hecho de que la necesidad real, concreta, actual, ha brotado sobre la necesidad previa. La pregunta respondida ha generado nueva pregunta. Preguntas y respuestas, necesidades y satisfacciones están vinculadas entre sí, de manera que no se da vacío entre una y otra. Esto hace que toda pregunta siendo concreta, actual y circunstancial, sea importante, pues sobre la base de la respuesta conseguida se va a generar la nueva pregunta.

Se exige en consecuencia una *seriedad ante la existencia*, porque la necesidad satisfecha, la respuesta conseguida van a quedar hechas realidad física y no mero recuerdo, o memoria.

De ahí entonces que será preciso seguir los consejos de Descartes y plantearse por lo menos una vez en la vida una duda metódica y universal. Es muy posible que la existencia que nosotros estamos llevando a cabo sea la adecuada y que nos encontremos sumidos en un mundo de preguntas, respuestas, necesidades, satisfacciones que nos han sido dadas por la invasión, de la que no podemos prescindir. Es posible que creyendo estar realizando nuestra propia existencia estemos realizando la ajena, y en consecuencia sea preciso cambiar de ruta. Pero supuesto en el cambio de ruta que podemos llevar a cabo, lo que no nos es dado es prescindir de la existencia por nosotros vivida y realizada.

Visto así el proceso es fácilmente presumible encontrarnos al término de un período de tiempo con unas personas o unas colectividades que procuran satisfacer unas necesidades concretas e imperiosas, pero que no brotan como exigencia de su propio ser, sino del ser que ellos realmente son a causa de la invasión de otros que les proponen preguntas no propias ni necesidades no auténticas, aunque nadie pone en duda la realidad de las mismas. Es preciso tener en cuenta que no todas las respuestas son las más adecuadas.

Nos dejamos de que sean adecuadas o no adecuadas; solamente indicamos que no todas las respuestas son *las más adecuadas* o que la manera de satisfacer una necesidad no es la más adecuada, aunque nadie duda de la realidad de la satisfacción,

ni nadie dude de que sea *en un cierto grado adecuada*. Sencillamente,

Que el ser humano no es una cosa que piensa, sino una cosa que puede y que va haciendo y no pensando su propia existencia sin que en ella puedan la amnesia o el olvido. Al cabo de un cierto transcurso de preguntas y respuestas se puede encontrar dando respuestas a preguntas que sí son tuyas, en cuanto reales, pero que no son tuyas en cuanto propias.

Siendo la existencia un proceso en el que no cabe usar los útiles para borrar un pequeño deslizamiento del punto de mira adecuado, nos puede conducir al cabo de varias preguntas y respuestas a una situación que no sólo no es la esperada sino ni tan siquiera lo querido o programado. Y he aquí que nos encontramos caminando por unos derroteros que nos llevan a nuestra propia ruina.

Pero al mismo tiempo que nuestra existencia, tanto la individual como la colectiva, son fruto de un proceso y ello exigirá en consecuencia consultar periódicamente nuestros instrumentos de control para verificar si marchamos por la línea programada o por otra; no podemos perder de vista que nosotros realizamos nuestra existencia a una con los otros. Estos están en nuestra existencia cosituándonos con sus propias existencias.

Para nada hacemos mención en este momento a la presencia de una agresividad humana o la presencia de un miedo que hace que algunos pretendan usar de nosotros o de dominarnos. El hecho sencillo y llano es que así como nos encontramos puestos en la existencia, ésta está llena de los otros.

Quizás a nosotros mismos nos sea grata su presencia y nos facilite el vivir. Quizás no caemos en cuenta de la misma presencia de otros en nuestra propia existencia y creyendo estar haciendo afirmaciones propias estamos simplemente repitiendo de mejor o peor manera lo dicho por otros. Ese hecho nada tiene de peyorativo. Los artistas más preclaros han sido en una época de su vida discípulos de sus maestros. Y la persona normal más indocta se ha visto obligada a romper el cordón umbilical, físico, psíquico e histórico para poder hacer su propia vida y hacer de ella una creación.

La existencia tanto de una persona como la de un pueblo siendo fruto de un proceso llevado a cabo a una con otros,

requiere un análisis continuo y no como quería Descartes, «al menos una vez en la vida», para juzgar y determinar si la ruta que estamos haciendo es la adecuada o no adecuada, porque es ineludible que siempre haya algo que no marcha por la ruta conveniente y adecuada.

Si de un niño se quiere hacer un atleta de elite será preciso, bajo la base de una realidad dada y unas condiciones concretas, programar toda una serie de ejercicios que le permitan llegar a la meta deseada. Nadie más libre en la danza que los solistas de los cuerpos de ballet pero nadie más sujeto a la disciplina, y disciplina concreta, que ellos mismos.

IMPROVISACION, INSTANTANEIDAD, OPORTUNIDAD Y EXPERIENCIA

De ahí entonces que sea preciso desalojar de la categoría de existencia *la improvisación*. Ni las personas ni los pueblos se improvisan. Son fruto de un proceso en donde no hay vacíos. Se podrá improvisar no sabemos qué, pero ciertamente no, no se puede improvisar un proceso cultural.

Pero si en la existencia como proceso no cabe la categoría de improvisación, de la misma manera no cabe la categoría de *instantaneidad*. Las decisiones, las respuestas surgirán en un instante. Pero el eureka de un instante es fruto de un proceso, lento a veces, rápido y vertiginoso en otras. Cada situación, cada problema exige su tiempo. Efectivamente es en un instante cuando hallamos solución al problema, pero ese instante se ha cocido a lo largo de un tiempo. La experiencia de los artistas tanto plásticos como musicales nos pone de manifiesto que lo que pensábamos era fruto de una inspiración y que lo ha sido, ha surgido a lo largo de mucho tiempo y trabajo perdido.

Al mismo hilo de la improvisación y de la instantaneidad, estará bien traer a colación la categoría de *oportunidad*. Ejemplos fáciles los encontramos en la vida corriente. Será oportuno que el niño haga deporte, pero no será el mismo el que haga el anciano, de la misma manera que hay una época en que se puede alimentar a la persona de una manera, y de otra en otra época.

Si el ser es tiempo, y todo lo que es, es temporal, es preciso recalcar la categoría de oportunidad porque no cualquier respuesta o cualquier satisfacción de necesidad es la oportuna para cualquier momento. Platón remendando a Heraclito y criticándolo nos dice en el *Kratylos* que inteligente es el que sabe seguir al tiempo, sin anticiparse ni demorarse. Y es que si nos anticipamos al tiempo, éste, como una ola, nos engulle y nos sumerge bajo el agua, mientras que si la ola nos antecede, nosotros quedaremos detrás.

Improvisación, instantaneidad, oportunidad y para terminar *experiencia*. En la existencia humana, que marcha en ese proceso no caben experiencias. Cabe experimentar con un trozo de madera, pues echado a perder, nos es posible hacernos con otros. En la existencia no caben experiencias. Cabe reflexionar sobre respuestas o satisfacciones de necesidad para ver si han sido o no adecuadas. Pero lo que no cabe es experimentar.

Cada día que nace volvemos a nacer, y vivir es nacer y morir juntos. Como vemos, para nada introducimos aquí la categoría de elemento corruptor al que pretendemos dar corrección y respuesta tal y como aparece en el cataclismo platónico, en el pecado bíblico, en la sociedad rousseauiana, ni en la estructura marxiana o postmarxiana, queriendo hacer ver que al comienzo estaba bien, luego ocurre algo que no debió ocurrir y ahora nos encontramos añorando un tiempo pasado.

Nos interesa el presente y el futuro y claro está, nos interesa el pasado porque lo que entonces era futuro hoy es presente.

HISTORIA AUTÉNTICA E INAUTÉNTICA

Visto así el proceso, es fácilmente presumible, encontrarnos al término de un período de tiempo con unos hombres y unas colectividades que procuran satisfacer una necesidad concreta o rigurosa que no brota como exigencia de su propio ser sino como exigencia de una necesidad vinculada a otra colectividad. El ejemplo más patente nos lo pueden ofrecer los países de reciente colonización. En el período en que fueron colonizados eran las necesidades de la metrópoli colonizadora quienes eran el centro de atracción y en consecuencia eran sus pro-

blemas y necesidades las prioritarias. Las colonias eran medios para la satisfacción de necesidades de las metrópolis. De ahí entonces el monocultivo y el no desarrollo propio como unidad autónoma propia. Una vez conquistada la independencia su economía seguía vinculada al centro que era la metrópoli. Difícil problema en cuanto a menudo los nuevos dirigentes del viejo país colonizado, ahora libre, estaban en relación personal y económica con la metrópoli.

Para nada introducimos la figura de un estadio inicial óptimo, de una pasada Edad de Oro.

El ejemplo que a continuación exponemos tiene los inconvenientes de todos los ejemplos, en cuanto que a menudo oscurece más que aclara. El ser humano tiene una maravillosa capacidad de ubicarse en sitios más o menos idóneos. Para ello le será preciso desplazarse. Ideará caminos, ideará ruedas y vehículos a tracción ya sea animal o mecánica. Si se adopta como método prioritario el desplazamiento individual, deberá arbitrar medios, llámese carreteras, autopistas u otros para hacer posible ese desplazamiento. Si se adopta el sistema colectivo deberá arbitrar otros medios. Cada opción comporta toda una serie de consecuencias en todos los órdenes de la vida.

Sencillamente, que una necesidad, siendo real e imperiosa, puede no ser auténtica. El problema está en que a la necesidad real e inauténtica se hallan vinculadas toda una serie de personas, que verán con desagrado si opta por la otra disyuntiva.

Como aparece claro es cuestión altamente espinosa y que no pocas veces encuentra respuestas no válidas. A lo largo de la historia, a posteriori es posible ver cuál es el punto de inflexión de la gráfica. Se trata simplemente de coordinar el aspecto sincrónico que se realiza diacrónicamente. Atenerse de manera exclusiva al sincronismo del fenómeno, es exponerse al dogmatismo, a la cerrazón y a la dictadura. Atenerse de manera exclusiva al aspecto diacrónico es exponerse a ser una hoja de árbol en otoño llevada de una parte a otra por el viento.

Ser siempre el mismo y ser nunca lo mismo es un equilibrio difícil e inestable.

Ahora bien, una necesidad no es satisfactible mientras no se tematice, no se verbalice; en una palabra, mientras no se genere *cuestión*.

Es preciso que se de una situación problemática, y que la colectividad sea consciente de la situación. Una vez hecha consciente de la situación es preciso se concrete, y ello sólo se puede hacer cuando se ha conceptualizado y se ha verbalizado.

No pocas sociedades viven en situaciones problemáticas, sin que los miembros de la misma caigan en cuenta de la situación. De ahí que no pocas veces vemos en la historia verdaderas erupciones lo más parecido a las volcánicas.

Es decir, una situación problemática, que mostrándose imperiosa, sea auténtica o inauténtica, debe convertirse en problema y cuestión a resolver. Ahora bien no toda tematización de la situación problemática tiene garantizado un planteamiento que albergue a todo el problema. Ahí surge un gran riesgo; *la tematización del problema* siendo hechura humana, se va a acomodar a los gustos y maneras del que la exponga. Nadie discute que había una situación problemática en el imperio romano al final del siglo I. Se tematizó de mil maneras. Y es que es preciso no perder de vista que la respuesta va a venir encorsetada en los límites que le propone la pregunta. Y cada situación problemática acepta varias y muchas tematizaciones.

En consecuencia la satisfacción es satisfactible en cuanto se convierte en cuestión. En este estadio el riesgo es inminente, y la historia nos ofrece un sin número de ejemplos. La necesidad no es sino concreción de una situación concreta en la que algo falta. Hay una situación de necesidad y es preciso sea concretada. La pregunta o el problema no son sino concreciones de unas situaciones problemáticas.

Si esa situación no se da, ni se concreta en necesidad, ni en pregunta, ni en cuestión. Toda concreción supone una determinación. Ello, como es normal supone una opción, un acto de voluntad, que podrá estar dirigido por la inteligencia, pero que como concreción que es, se corre el riesgo de no acertar.

A la hora de tematizar la cuestión, el proceso es el mismo y el riesgo es aún mayor. Sencillamente no podemos perder de vista que allá donde se hace presente la mediación acecha la alienación, y aquí se da una situación problemática que más tarde ha de ser tematizada. Acertar en las dos operaciones no es pequeña fortuna.

Y tampoco podemos perder de vista que la tematización de una necesidad histórica se realiza en virtud de la presencia de

una persona y de una colectividad histórica y concreta. No es pues una operación pasiva sino una operación activa en donde la problematización y los intereses del sujeto o de la colectividad que se ha hecho consciente de la dicha problematización, van a formar un todo nuevo y común. La realidad de la problematización estará presente, lo mismo que los intereses del sujeto individual o colectivo. Y no siendo una acción pasiva, sino ser totalmente activa, la estructura de valores socio-culturales, éticos, estéticos, económicos etc... va a hacer acto de presencia.

Esto lo vemos claro al analizar las necesidades concretas y las preguntas concretas de personas, culturas o pueblos concretos. Lo que para unos es una necesidad o una pregunta, no lo es para los otros.

Tampoco podemos olvidar que la plasticidad de la condición humana es inmensa, y que una misma situación histórico-geográfica puede generar variadas necesidades y preguntas y para muestra ahí están diversos estadios culturales de unos pueblos idénticos y las diversas necesidades y preguntas generadas por personas, pueblos y razas diferentes.

Como se puede suponer la tematización de la pregunta o de la necesidad concreta puede ser realizada más o menos adecuadamente o incluso inadecuadamente. De ahí la importancia de *los protagonismos históricos*. Si es un hombre heroico, o un pueblo heroico, o una clase social, vanguardia, o es toda la colectividad, la tematización va a ser diferente.

Es por esto, por lo que es un punto no tenido normalmente en cuenta, pero que hoy, a través de los medios de comunicación, nos podemos encontrar con personas y colectividades que se empeñan en generar una respuesta a una pregunta, o en satisfacer una necesidad, que en realidad de verdad satisface a quien tenga medios de comunicación.

Hubo quizás un tiempo que «los poseyentes» pudieron dictar una serie de necesidades y de preguntas que eran beneficiosas a su condición de poseyente, pero no al desposeído. Hoy nos podemos encontrar con que una metrópoli invade a precios bajísimos una colectividad, que luego se verá obligado a comprar al primero los medios para poder poner en marcha los útiles regalados por los primeros.

Son preguntas que nos podemos hacer, y ver cómo el motor de explosión de hidrocarburos genera toda una serie de rique-

zas que algunos no estarán dispuestos a perderlas, aún en el supuesto hipotético que los vehículos a motor pudieran funcionar con agua.

Con ello sencillamente llegamos a una situación en la que un hombre o una colectividad puede encontrarse en la vida respondiendo a preguntas y satisfaciendo necesidades que son de otros, y que no están injertadas en su ser propio y auténtico.

Lo malo del caso es que haya personas que se encuentran con que esas necesidades y esas preguntas que no son propias, se encuentran injertadas de tal manera en su propio ser que no hay manera de hacerles ver que esa situación es inauténtica, en cuanto que no son necesidades y preguntas propias sino ajenas, y que le son dictadas por otros elementos. Aquí la oportunidad y la visión de Platón, que en su dialéctica lo primero que pretende hacer es limpiar el campo de acción, pues de lo contrario una y otra vez aparecerán las viejas preguntas y las viejas necesidades y cuando creíamos estar respondiendo a nuevas preguntas o intentando satisfacer nuevas necesidades nos encontramos respondiendo a viejas preguntas y satisfaciendo viejas necesidades. De ahí también la oportunidad de Ockam cuando nos propone como primer paso «la pars destruida», o Descartes que nos propone la duda universal y metódica, porque de lo contrario nos encontramos respondiendo a lo que Bertrand Russell llama «afirmaciones encubiertas».

En este sentido todas las personas y todos los pueblos hacen la historia en la medida en que responden a preguntas, o satisfacen necesidades. Pero es preciso ser cauto, puesto que este proceso es gradual y progresivo, y por el mero hecho de ser gradual puede ser regresivo. Y como este proceso es llevado a cabo a una con los otros de manera solitaria, solidaria, teniendo todas las personas y todas las colectividades sus nombres propios, corremos todos el riesgo de no dar siempre respuesta adecuada, o no la suficientemente adecuada, con lo que en esta transmisión del ser que es la historia nos encontramos respondiendo a cuestiones y satisfaciendo a necesidades que nos las hemos apropiado por no haber sido lo suficientemente cautos y así encontrarnos realizando la historia que no es nuestra, en consecuencia alienados y poniendo en el empeño toda la ilusión de un neófito. De esta forma haciendo o creyendo hacer la historia, la estamos padeciendo y creyendo estar vivos estamos muertos.

Todo ello no supone otra cosa que llevar las categorías de acción y pasión que utiliza Spinoza a la realidad de la historia como transmisión del ser y no como maduración ni como desvelación.

Y todo esto que pudiera parecer una elucubración académica en torno a lo que es *hacer historia*, y sobre quién es *sujeto de la historia*, es un problema de repercusiones prácticas muy importantes.

Una identidad, tanto individual como colectiva, hace historia en la medida en que satisface sus necesidades propias y sus preguntas auténticas. Tengamos presente que no hablamos de necesidades y preguntas reales. Pudiera darse el caso de una necesidad o de una pregunta que sea realmente existente, pero no sea propia.

En consecuencia no sólo no habría que no responderla, sino que incluso será preciso anularla, como lo hace Platón en la dialéctica. Esa necesidad, esa pregunta, sin embargo esta presente. No satisfacerla, no responderla, puede parecer necio, e incluso adquirir la categoría de cobardía.

Ahí entra el hombre del saber. No tiene por qué ser ni autoridad, ni militar. Sólo es preciso que haga ver a su persona, o a la colectividad a la que pertenece, la inautenticidad de la pregunta o de la necesidad. Como es normal, siendo real, no van a faltar voces, tanto en la propia persona como en la colectividad, que van a hacer valer la *categoría de realidad* que tiene una necesidad, frente a la *categoría de autenticidad*, que no es verificable.

La realidad de una necesidad o de una pregunta, es verificable y constatable. ¿Cómo se pone de manifiesto la autenticidad de ambos?

El hombre del saber, que es capaz de ver la autenticidad o la inautenticidad de una pregunta o de una necesidad se va a mover en unos parámetros no verificables. Y cuando su afirmación primera es posible de ser verificada es por que ya ha pasado el tiempo y no cabe hacer marcha atrás en el proceso.

El hombre que pertenece al mundo del saber no va a ser apreciado ni por él mismo (y para ejemplos ahí tenemos a Fausto de Goethe, que afirma que una vida como la que él lleva no la quisiera para sí ni un perro), ni va a ser apreciado por la colec-

tividad. Como prueba ahí tenemos uno de los fragmentos de Heraclito, el 121, donde nos dice «que todos los efesios adultos harían muy bien en colgarse y dejar la ciudad a los muchachos imberbes, porque expulsaron a Hermodoro, el mejor de sus hombres, diciendo «No habrá nadie que sea el mejor entre nosotros, si el tal existe, que esté en cualquier otra parte y entre otras personas».

Indudablemente el hombre del saber, que anuncia y denuncia una y otra vez, cuál es y cuál no es la necesidad o la pregunta propia, quizás sea admirado y elogiado una vez muerto, pero mientras está en vida, no sólo va a ser incómodo para los no activos, sino sobre todo es desagradable e incómodo para los activos que se empeñan y empecinan en responder a preguntas y satisfacer necesidades aún cuanto éstas sean inauténticas.

Este problema llevado a la realidad es de muy difícil solución. Hacíamos referencia más arriba al caso de los pueblos colonizados y recientemente descolonizados. Cuando han estado colonizados, ese territorio ha estado satisfaciendo necesidades no exclusivamente propias sino prioritariamente de la metrópoli. Estas satisfacciones han generado nuevas necesidades. Sería un grave error, no tener en cuenta el proceso histórico y no darse cuenta de que las preguntas y respuestas que según interesa son no exclusivamente propios.

Una vez alcanzada una respuesta, surge de ella y sobre ella una nueva pregunta, que como es natural está vinculada a la precedente. Llega con ello un momento según el cual es preciso retrotraerse hacia atrás en busca de sus propias raíces, y ello no para hacer arqueología, sino para encontrarse con unas necesidades y preguntas propias y que siendo tales sean reales.

CONTINUISMO O RUPTURA

De esta manera nos encontramos con necesidades y preguntas reales, pero tan reales son las auténticas y las inauténticas. Es preciso no perder de vista que tanto las unas como las otras son reales y que siendo preguntas o necesidades reales, ambas se hallan encaminadas en situaciones problemáticas y perentorias que se dan en ciertas personas.

Continuar caminando como si nada hubiese acontecido es abocarse a realizar no la historia propia, sino la de la metrópoli. Llevar a cabo un corte radical en busca de las raíces propias en donde se asientan las necesidades y las preguntas propias, es olvidar el presente imperioso que se concreta en ciertas situaciones y personas.

Ahí es donde debe actuar la inteligencia en toda su virulencia para ir abandonando poco a poco las necesidades dictadas por otros hasta conseguir entroncarse en la raíz propia.

No se puede llevar a cabo una operación traumática según la cual se diese un abandono de las necesidades y preguntas presentes, que aún cuando sean inauténticas son reales, para llevar a cabo la conexión con la historia propia.

En el caso de los países recién descolonizados estamos viendo el problema a diario.

Unos toman el testigo, que a base de lucha se ha conseguido arrancar de las manos del colonizador. Ellos parecen ser los protagonistas del proceso pues ellos han protagonizado la lucha de liberación. Otros quieren volver a sus raíces propias. Aducen o mejor aún, adoptan un fundamentalismo que no carece de fundamento. Acusan estos a los primeros de ser unos continuistas del proceso anterior. Acusan los primeros a los segundos de ser unos utópicos y desconocer la imperiosa fuerza del presente.

Se requerirá tiempo y no pocos enfrentamientos, incluso violentos, hasta conseguir establecer un mundo de preguntas y necesidades reales, pero propias y auténticas. Lo malo del caso es que la realidad de la necesidad es algo fácilmente verificable, que no es lo mismo cuando se trata de juzgar la autenticidad o inautenticidad de las mismas.

Puestos a levantar un muro, es preciso que cada estrato nuevo se asiente bien en el precedente. Caso de no hacerlo así el muro corre el riesgo de caer al primer embate del tiempo. Deshacer el muro o si se quiere parte del mismo va a suponer un enfrentamiento entre los que lo levantaron y los que intentan corregirlo. Pretender que no se de ese enfrentamiento es pretender hacer de las personas y más de las instituciones algo irreal. La fuerza que le hace ser y la que le está llevando a no ser, generan una dialéctica en el mundo del ser y en el mundo físico.

Surgen así, y ello es visible en los países de reciente descolonización, pero ello es real en toda sociedad, dos grupos antagónicos. Unos pretenderán satisfacer unas necesidades y responder a unas preguntas, sin tomar en consideración las razones históricas que generan esa situación. Los podríamos llamar como continuistas.

Frente a ellos apoyándose o generando un fundamentalismo esencialista aparecen otros que reconociendo lo erróneo de la primera posición propongan un corte histórico y una marcha en la historia por nuevos derroteros que en no pocos casos, para que sean válidos, basta que sean contrarios a los anteriores y en no pocos casos basta sólo que sean distintos.

Reacciones, si se quiere enfrentadas, pero fácilmente explicables, y mucho más si tenemos en cuenta que tanto los unos como los otros están asentados sobre personas y lo que es más serio encarnados en instituciones llenas de personas y que no es un simple juego de ajedrez.

Continuismo o revolución. Seguir la línea trazada por otros o hacer surgir una nueva propia. No hay duda de que la respuesta a la opción es clara. Es preciso hacer una línea nueva y propia.

La cuestión se plantea cuando nos formulamos la pregunta sobre el ¿cómo?. Sencillamente, ¿es posible mover la categoría de revolución, sin tener en cuenta las categorías de proceso, tiempo, oportunidad y otras que hemos manejado más arriba? Yo diría que no.

Pero es preciso ser claro. Una cosa es cierta, cada colectividad de tiempo en tiempo, como quería Ockam o Descartes deberá deshacerse de una parte de su haber humano, por ser este inauténtico y será preciso colocarse en vista hacia una nueva ruta que está al comienzo, forzando el caminar, está a lo largo del proceso enjuiciando lo adecuado o inadecuado de la respuesta, y estará en el horizonte marcando la ruta por la que se ha de caminar. El hecho de que eso se ha de hacer parece fuera de toda duda. El problema está en el cómo llegar a esa nueva ruta. Y como decíamos antes será preciso tomar en consideración las categorías de tiempo, historia, proceso, oportunidad y otras.

Lo que sí parece claro es que de una ruta inauténtica no se puede pasar inmediatamente a una ruta auténtica. No se trata

de continuismo. No, es preciso abandonar un cierto contenido de ser. Pero precisamente porque se desarrolla el proceso en el mundo del ser, en un mundo físico y no en un mundo del pensamiento, el abandonar un cierto contenido de ser, va a exigir un tiempo y el generar una nueva ruta en el mundo físico del ser, no se puede llevar a cabo de manera inmediata e improvisada.

De ahí entonces, que siendo posible la revolución en la ideación de una nueva ruta, será preciso una evolución en la conquista de la misma. Esta evolución podrá ser más rápida o más lenta, pero ahí es donde los hombres que pertenecen al mundo del saber deberán actuar de manera que las nuevas necesidades y las nuevas preguntas vayan poco a poco distanciándose de las antiguas y generando situaciones nuevas.

Si los continuistas no generan nada nuevo, los presuntos revolucionarios tampoco lo hacen. Se mueven en el mundo del pensar, cuando, donde se mueve la historia es en el mundo del ser.

Hay otro paralelismo que se da en situaciones aparentemente opuestas, pero que radicalmente tienen la misma estructura.

Por un lado están los continuistas. Por otro los presuntamente revolucionarios. Unos solicitan seguir actuando como se hacía previamente. Otros solicitan hacer todo lo contrario, en consecuencia lo que puede ser aceptable por unos continuistas no puede serlo por los considerados revolucionarios.

No caen en cuenta que tanto el sí, como el no, es a una misma pregunta y que lo que es preciso es salir de ese atolladero; que se haga posible una nueva pregunta que quizás unos puedan considerarla como aceptable y los otros también.

Que no se puede ser continuista no cabe la menor duda. Que toda proposición sea por principio inaceptable tampoco parece sensato.

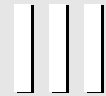
Nueva pregunta, nueva necesidad y una gama de respuestas o Tercera para satisfacciones variadas en las que la *adecuación* y la *oportunidad* será preciso tomarlas en consideración.

Y precisamente por ello es por lo que todas las personas y todos los pueblos son imprescindibles para conseguir la respuesta más adecuada al momento.



SUJETO DE LA HISTORIA

Capítulo



HISTORIA, PREGUNTAS Y NECESIDADES, TEMATIZACIONES Y RESPUESTAS

Supuesto ya claro el hecho de que hacer historia es satisfacer las necesidades propias y responder a las cuestiones propias, y supuesto que las necesidades siendo históricas se hallan vinculadas las unas a las otras, de forma y manera que una necesidad se halla vinculada a la satisfacción de la necesidad previa, aparece claro que no toda necesidad o pregunta tiene por qué ser auténtica.

Muy al contrario las necesidades pueden ser inauténticas en cuanto no surjan de la misma realidad histórica. Riesgo que se agrava por el hecho de que una necesidad no es satisfactible más que una vez tematizada y convertida en cuestión. Y como este proceso es una acción realizada, por una persona o una colectividad no desinteresada sino situada en una estructura, entonces es fácil ver cómo una necesidad, auténtica o no, pero real, es cuestionabilizada en función del interés del cuestionante ya sea individual o colectivo.

Si la historia del mundo dependió de la nariz de Cleopatra, mucho más lo hará de los intereses individuales o colectivos de unos sujetos que no son una cosa que piensa, sino una cosa que puede.

Por todo ello decíamos que es preciso de cuando en cuando analizar las necesidades y preguntas con las que nos encontramos no sea que creyendo hacer nuestra vida propia estemos haciendo la ajena.

«LOS NOSOTROS»

Y si esto es hacer historia, fácil nos será ver que el sujeto de la misma son las colectividades, en las que nadie es imprescindible, pero tampoco nadie es intercambiable. Sociedades que siendo creaciones propias, lo son gracias a las aportaciones de las demás sociedades y de los integrantes de la misma.

Indudablemente que existen personas cuyas contribuciones a la historia son únicas y personales. Pero no podíamos olvidar que para que ellos viviesen fueron precisos millones de personas que les precedieron y que para que una sociedad generase un cambio fue precisa la presencia de otras muchas que las precedían y con las que convivía.

Son las colectividades, los pueblos, los «nosotros», los sujetos de la historia, *Caesar fecit pontem*, se pone como ejemplo. No fue él precisamente quien hizo el puente sino otro. Efectivamente fue él quien tomó la decisión, pero fue precisa la presencia no sólo de los que le aconsejaban, sino de los que sabían hacer el puente y de los que idearon la manera de hacerlo.

No se puede perder de vista que en el tejido de la historia no hay vacío. Todo es tupido y bien trenzado.

Por todo ello si la historia exige preguntas y necesidades, éstas deben estar vinculadas a unos sujetos colectivos concretos. Por todo ello se puede afirmar que solo el pueblo, a una con los otros pueblos, hace historia. Es preciso revalorizar la vida cotidiana y las aportaciones de todos por humildes que parezcan serlo. No habría espectáculo sino habría espectadores. Los artistas serán necesarios, pero en el momento en que los espectadores vuelvan la espalda al espectáculo, los artistas se verán obligados a correr el telón.

Siempre ha sido así y nadie, ni persona ni pueblo, era tan autárquico como para poder prescindir de todos los demás. Actualmente con la división de trabajo esa situación se agrava. Nadie será imprescindible, pero la historia se escribe de manera distinta con la presencia o la ausencia de ciertas personas, colectividades o pueblos. Nadie puede arrogarse para sí, ya sea individuo o colectivo, la autoría total de un momento histórico. En el momento en el que el científico más encumbrado se

cierra en su laboratorio a experimentar los puntos cumbres del saber, para que ello sea posible ha sido necesario que otros estén cuidando vacas que dan leche y hagan posible su desayuno previo y obreros que estén cuidando las turbinas productoras de energía eléctrica y mujeres de limpieza que recojan los papeles que él mismo depositó en la papelería la víspera.

Llama la atención que cuando los poseyentes o los grupos de poder quieren hacer «su» historia y no la historia de todos, es gracias a los otros, como aquellos pueden conseguir lo que se proponen.

SU VERSIÓN EN EL LENGUAJE COTIDIANO

Este es un tema muy delicado. Efectivamente hablamos de los tiempos de Homero o de Alejandro como hablaríamos de los tiempos de los Médicis. Pero actualmente no nos es posible afirmar un sujeto, aunque sea colectivo, como sujeto de un momento histórico. Y hablamos de la primera revolución industrial, de la segunda o la tercera.

En un momento dado parecía posible protagonizar la historia a través de una persona, un pueblo o una clase social. Hoy eso no nos es posible. De ahí el grave problema que tenemos de no poseer una articulación completa de toda la población mundial en el proceso histórico.

Hubo un tiempo en que la Iglesia parecía protagonizar el proceso histórico y de golpe se encontró con que el protagonista era el Emperador. Y cuando este cayó y subió la burguesía como tercer estado, nacieron los partidos políticos y los sindicatos propiciaban la participación en el proceso histórico.

Es curioso observar que en la medida en que la división de trabajo es mayor y que el trabajo físico deja de ser rentable para serlo el intelectual, las sociedades se ven obligadas a preparar más y mejores cuadros cualificados para que el proceso productivo genere más valor añadido, en esa misma medida la sociedad está generando una demanda de participación en el proceso histórico.

En un momento dado, luego de los partidos políticos y los sindicatos, aparecieron las llamadas asociaciones cívicas que cada

vez, diversificando más la vida, van protagonizando esferas de existencia y creando la malla de sociabilización. Pero la verdad es que este problema no está resuelto.

Lo que si es cierto es que el sujeto real de la historia es la humanidad toda entera. Esto es real, pero es preciso que esa realidad se institucionalice. No se trata de igualitarismo uniformizante, sino de que cada uno participe en el proceso y sea consciente de ello en la medida de su aportación a la historia.

Y es que no somos conscientes, pero es real que cuando aún haya personas, clases o pueblos que pretenden hacer la historia o al menos ser los protagonistas de la misma, eso es imposible y sólo la cerrazón imaginaria de algunas mentes puede no realizarlo sino concebirlo. Como indicábamos más arriba la figura retórica de «*Caesar fecit pontem*», no quiere decir que Cesar en persona se dedicase a hacer el puente. Fue precisa la presencia de toda una serie de personas anónimas para llevar a cabo y hacer realidad la decisión tomada por Caesar, sabiendo que también en esto, en la decisión, intervinieron no sólo los consejeros de Caesar, sino los artesanos y artistas que previamente a ellos idearon y cristalizaron la forma de hacer puentes. Y este haber humano fruto de muchas generaciones y de muchas personas fue entregado como haber humano a los consejeros y a los arquitectos que tuvo Caesar.

Ha sido precisa la aportación de la historia como realidad física y no como mero anuario para que ese puente haya sido posible hacerlo.

Que la historia haya sido auténtica o inauténtica es otro problema. Lo que en este momento estamos analizando es que el sujeto de la historia es la humanidad toda entera, pero no en un terreno deseable u óptimo, sino en un terreno real. La decisión más avanzada y si se quiere desorbitada está apoyada en mil aportaciones de todos los humanos que han vivido. De ahí que no parece sensato que alguien se apropie a beneficio propio de lo aportado por todos de una u otra manera.

Pero es que la cosa aún se complica. El ser humano, aun cuando nazca con un código genético que le pre-programe y desarrolle su existencia en un medio ambiente cultural histórico concreto que le facilite o le impida llevar a cabo su existir, existe en cuanto toma decisiones. Es decir es propio de la con-

dición humana querer alcanzar su grado de humanidad en la medida en que saliendo de sí, en una espiral hacia fuera, a eso que no es él, le haga ser. El sastre es tal en la medida en que lo que no es vestido ni vestible sea capaz de convertir en tal. El cocinero es cocinero en la medida en que lo que no es comestible lo convierte en comestible. Y será buen cocinero no porque lo diga él, sino porque lo que no es comestible es convertido en buen comestible. De la misma manera que el pintor artista se convierte en tal no porque lo proclame él, sino porque es capaz de convertir un lienzo que no es pintura en pintura. Y será la condición del cuadro, que es abstracto o figurativo, es bueno o es malo, quien convertirá al pintor en pintor figurativo o abstracto, en pintor bueno o malo.

Si tomamos este principio por válido, según el cual cada uno es lo que es, en función de lo que hace, de manera que cada uno actualiza su ser en la medida en que actualiza lo que él no es, la consecuencia es que quien mata muere, quien objetiva a los otros se objetiva a sí mismo, quien instrumentaliza a los demás se instrumentaliza a sí mismo. Por lo mismo quien utiliza a los otros, pensando que de esa manera hace su propia y auténtica historia, termina por convertirse en útil de sí mismo.

Esto es sumamente importante, porque resulta que, no olvidemos que la historia es una realidad física. Cuando alguien usa al pueblo y le obliga a hacer una historia que no es propia, quienes le obligan e instrumentalizan a una parte del pueblo, pensando que está haciendo su propia historia no la está haciendo. En la dialéctica del dueño, el esclavo, el que es, es nadie. El dueño aliena al otro y lo convierte en esclavo y al final el dueño realiza la historia del alienado esclavo, porque alienando al otro se ha alienado a sí mismo.

Esto, como decimos, es muy importante. Cuando un pueblo no hace su historia sino la impuesta por otros, éste, el impositor, el dictador, tampoco hace su historia propia pues alienando, dominando al otro, se ha auto convertido en auto alienado y auto dominado. Los dictadores no permiten hacer la historia auténtica a quienes dominan. Pero ellos a su vez tampoco logran hacer una historia auténtica. Luchar en consecuencia contra ellos es luchar en favor de la sensatez y contra la mentecatez. Si al menos los dominantes alcanzasen a llevar a término su historia auténtica, parecería algo así como justificada su acción. Pero es que ni los otros ni ellos mismos, consi-

guen alcanzar su historia auténtica y todos nos movemos en el reino de la inautenticidad y la mentecatez. Luchar contra los dominantes, no solo es luchar en favor de los dominados sino que es incluso luchar en favor de los dominantes. Sencillamente cuando alguien trastoca los procesos de la historia y se convierte en dominador, ni dominado ni dominador hacen historia auténtica.

No se trata en consecuencia de un cambio, según el cual el dominado abandonase su situación, para trastocarla y convertirse en dominador. A una dictadura no se le puede suplir por otra dictadura. En la dialéctica del dueño y del esclavo no se trata de cambiar los papeles haciendo del esclavo dueño y de éste, esclavo. Si se quiere entrar en un reino de la sensatez es preciso deshacer esa dialéctica y llegar a una situación en la que no haya dueños y esclavos y todos seamos sujetos activos, aun cuando variados, del proceso histórico. Mientras unos pocos, no importa quiénes, quieran protagonizar el proceso, haciendo de los otros meros realizadores de sus proyectos, no se lleva adelante el proceso histórico.

Esto que puede parecer utópico no lo es y como ejemplo está el proceso de producción industrial. De una industria en la que al operario, lo mejor que se le podía ofrecer, eran unas condiciones de salubridad buenas y música para hacer menos monótona y aburrida su presencia, actualmente pasamos a una industria en la que no sólo piensa y decide el propietario de los medios de producción, sino que piensa y decide el cliente o posible comprador del producto terminado.

Y no solamente es el cliente quien decide de la forma y la calidad del producto, sino que interesa que quien esté introducido en la red productiva aporte no solo obediencia y experiencia manual que le capaciten para hacer lo por otros pensado y decidido, sino que es preciso que toda persona que esté involucrada en el proceso aporten lo que puedan ya sea por vía de imaginación, razonamiento, decisión y juicio.

Puesto en claro qué es hacer historia, que no es otra cosa que satisfacer las necesidades y responder a las preguntas que la vida cotidiana va haciendo surgir; y aclarado también que todo ser humano, en mayor o menor medida, en la medida de sus capacidades, es sujeto de la historia; y teniendo en cuenta que la humanidad tiene muchas maneras de ser tal, y la prueba está

en la historia y en la geografía, que nos ponen de manifiesto cómo existen formas variadas de realizar la condición humana y no son otra cosa los pueblos y las razas, sino manifestaciones de la riqueza de la plasticidad de la humanidad, después de estas aclaraciones es preciso seguir reflexionando sobre las condiciones que cualquier parte de la humanidad, ya se desglose ésta por vía de historia, como por geografía, y seguir reflexionando sobre cuáles son las condiciones para que pueda ser sujeto real de la historia. Una cosa es que sea sujeto posible, y otra cosa es que eso para lo cual está hecho y destinado se lleve a efecto.

SUJETO ACTIVO Y SUJETO PASIVO

Para que alguien sea sujeto activo y no pasivo de una acción, que otra cosa no es la historia, se requiere que el posible sujeto activo se convierta en sujeto real. Parece oportuno hacer hincapié en esta situación.

Es cierto que todos los hombres de una manera u otra, en una medida u otra, han aportado algo al devenir del río que es la historia. Pero hay muchos cuya aportación no ha sido proporcionada a lo que ellos pueden aportar. Dado que los hombres a través de la historia y de la geografía vivimos no en una unidad única, sino en una unidad pluriformal. Es decir, siendo todos humanos y en cuanto tales iguales, todos somos distintos en cuanto que cada uno, como individuo y como miembro de su colectividad es capaz de hacer frente a la realidad propia y circundante, y de esa manera hacer ser a ésta; es decir, es capaz de actualizar la realidad propia y circundante de una manera propia y determinada. Es preciso que el posible sujeto ya sea individuo o pueblo se convierta de un *en-sí*, en un *en sí para sí*.

El mero hecho de ser persona y el mero hecho de pertenecer a un pueblo le hace sujeto de la historia, pero para que esta sujetualidad se realice holgadamente es preciso que el sujeto en sí, se convierta en un en sí para sí. Es preciso que sin dejar de ser en-sí se convierta en un para-sí. Caso de no ocurrir tal cosa, tanto el individuo como el pueblo serán sujetos activos del proceso histórico en la medida en cuanto más para-sí lo sean y serán sujetos pasivos de la historia en cuanto más en-sí lo sean.

Conciliar ambos estadios es proceso difícil y no otra cosa es el proceso cultural. Como indica Esquilo y lo pone en boca de Prometeo, el providente, se trata de convertir a las personas y a los pueblos de infantiles en adultos y de esa manera hacer realizar su historia, no en función de presentaciones sino en función de representaciones.

Como decíamos antes, hacer historia exige responder a preguntas y satisfacer necesidades. Pero también decíamos que tanto las unas como las otras conviene sean propias y sólo de esa manera se hace historia auténtica, no sea que haciendo historia real sea inauténtica. Por esa razón es preciso que todos los que hagan historia sean lo más en-sí para-sí posible y siendo adultos no estén dominados por las *presentaciones*, sino que actúen en función de las *representaciones* de un mundo de fines y de medios que ellos mismos han podido hacer surgir.

Aquí convendría hacer una aclaración. Alguno pudiera pensar que para hacer la historia auténtica y propia, será oportuno hacer desaparecer el en-sí de cada persona y cada pueblo. Eso no sólo es planteamiento equivocado, sino imposible. El en-sí, en su ensiedad está siempre presente. Otra cosa es que ese en-sí se haya convertido en un para-sí. El niño no desaparece desde la constitución del adulto. Aquel sigue siempre presente y esto no es sino una conquista real más física y propia sobre la base del niño.

La realidad predicativa es tal en cuanto está asentada y fundada sobre la realidad antepredicativa, bruta y salvaje.

Pero no basta conocer cuales son las necesidades propias y auténticas. El ser humano no es una cosa que *piensa*, sino una cosa que *puede*. Por ello no basta para realizar la historia propia y auténtica, el conocer cuales son nuestras preguntas propias y nuestras necesidades auténticas, sino que es preciso ser capaz de generar respuesta propia y satisfacción auténtica. Mientras esto no se consiga el ser humano y el pueblo al que él pertenece no habrá entrado en la condición de adulto, sino que será un erudito infantil.

Es preciso hacer hincapié en esto que venimos diciendo. El intelectualismo ya sea racionalista como empirista, ha sido dominante en Occidente sobre todo en estos últimos siglos. Si tanto en el continente como en las Islas Británicas, en un tiempo una de las cuestiones dominantes era cómo podríamos co-

nocer y cuál era la naturaleza de la inteligencia humana y para ello basta hojear las bibliotecas, actualmente uno de los temas dominantes será el problema del lenguaje. Hágase la prueba y compárese el número de publicaciones aparecidas en los últimos años sobre el *hablar* o sobre el *hacer*. La balanza en favor del hablar es indiscutible cuando lo importante es el hacer. Se trata de saber, de decidir, de gustar o enjuiciar.

Como dice Goethe y lo pone en boca de Fausto «*al comienzo está la acción*». Es curioso que una teología que ha influido de manera tan poderosa en el modo de filosofar, y para prueba ahí están Platón y Hegel, y que ha puesto como verdad primera la afirmación de que Dios es Acto Puro, no haya conseguido transvasar la *categoría de Acción* y nos ha ofrecido una filosofía puramente intelectualista.

Es preciso no perder de vista que todo *conocer* es exigido por un *tener que hacer*. Que siendo necesariamente libres, los seres humanos nos vemos obligados a elegir entre varios haceres, porque hay realidades que nos gustan más que las otras. Hay un tener que hacer porque hay un ser que no es y que *vellis nolis*, ene que caminar hacia el *ser que ya es sin ser*, y que camina en un claro-oscuro y en medio de un cosquilleo, que no termina nunca de sentirse satisfecho. Es cierto que en un cierto momento de la historia el conocer ha visto trastocada su meta y se ha convertido no en un momento del proceso hacia el ser, sino en un medio para tener.

Pero prescindiendo de ese traspiés, sí podemos decir que su puesta nuestra implantación en el ser y en nuestro vernos llamados y abocados a caminar hacia el ser, la gradación sería *ser no siendo, tener que ser*, en consecuencia tener que optar y hacer para tener que hacer según lo que se es, tener que conocer.

Si por hipótesis una persona o un pueblo, sin conocerlas, satisface sus necesidades auténticamente, su situación será mejor que la de otros que, conociendo sus preguntas y necesidades propias, no son capaces de responderlas ni satisfacerlas.

De ahí entonces la conveniencia de que quien sea sujeto de la historia sea un en-sí para-sí y que cuanto más en-sí y más para-sí sea, responderá mejor a su exigencia de respuesta.





CIENCIA



Capítulo

EL PROCESO DE CONVERSIÓN DEL EN-SÍ EN UN EN-SÍ PARA-SÍ

El protagonista de este proceso que es la historia es todo ser humano. Este realiza su existencia conformando colectividades. Tanto las personas como las colectividades, no son sino maneras y formas de hacer frente a la realidad, de vérselas con ella, de responsabilizarse de ellas, y en función de ellas actualizar a la realidad y hacerla acceder al ser.

Siendo el proceso histórico protagonizado por toda la humanidad, decíamos, que era conveniente el que los humanos, sin perder su *ensiedad*, alcanzasen el mayor grado de *parasiedad*.

Introducimos en consecuencia dos términos, *en-sí* y *para-sí*, que parece oportuno explicar qué es lo que ellos son. Originariamente estos términos pueden encontrar sus raíces muy lejos en la historia del pensamiento. Objeto-sujeto, sustancia pensante - sustancia extensa, nómeno-fenómeno, nos llevarían a un repaso histórico que siendo válido quizás no nos fuese suficiente.

LA DESCRIPCIÓN DE ESQUILO

Esquilo, en unas de sus tragedias, en **Prometeo Encadenado**, nos puede ofrecer una visión de lo que estas situaciones suponen.

Cuando a lo largo de la tragedia los diversos interlocutores con los que mantiene diálogo Prometeo, ofrecen la situación estructural idéntica, todos ellos se lamentan de la situación en la que se encuentra Prometeo; todos menos Hermes, critican la actitud de Hércules, y sin embargo todos coinciden en reco-

mendar a Prometeo el reconsiderar su posición y adoptar una postura más humilde que le permita verse liberado de las cadenas. A todos responde Prometeo el providente, que ha sido gracias a él, como Hércules venció a los Titanes y que no le preocupa el futuro pues sabe lo que va a ocurrir, cosa que no la sabe ni el propio Hércules y se vale del correveidile de Hermes para saberlo. Pero es en uno de sus diálogos, en este caso con él, en el que de manera más extensa se va a defender Prometeo.

Reconoce que no es el desdén o el orgullo lo que le impide responder a Hermes aún cuando su situación personal le causa angustia. Prometeo reconoce haber robado el fuego a los dioses y dárselo a los hombres porque la situación de los hombres era la que le causaba pena.

Y es una exposición, en donde se da en primer lugar una declaración general, y una vez expuesto qué es lo que quiere decir en esa afirmación general, pasará a hacer una exposición detallada de lo que su robo concede a los hombres, con lo cual nos da una descripción muy pormenorizada de lo que supone ser en-sí y ser en-sí para sí.

a) Afirmación general. Presentación y representación

La afirmación general podría ir montada en estos términos: *«como los convertí, de tiernos niños que eran en unos seres racionales»*.

El ser humano en-sí es «un tierno niño», mientras que el ser humano en-sí para-sí es «un ser racional».

Y ¿en qué consiste la diferencia entre uno y otro? La respuesta nos la ofrece en el párrafo siguiente cuando nos dice *«Antes (cuando eran tiernos niños y eran en-sí), veían sin ver nada, oían sin oír, cual vanos sueños, gozaban de una vida dilatada, donde todo ocurría a la ventura»*.

Es decir siendo en-sí se ve sin ver nada; es decir la realidad imprime su presencia en los hombres, pero estos no ven nada. Veían, es decir se daba una presentación, pero no veían nada, porque no eran capaces de superar la presentación y de hacer surgir la representación. Sólo cuando éstas son generadas por el hombre es cuando el hombre, liberándose de la presentación, hace surgir la representación. El ser humano, en sí, recibe el impacto de la realidad propia o ajena. Pero sólo cuando es capaz de

superar ese contacto y sabe situarse a la distancia conveniente, sin perder su carácter de ser en-sí, se convierte en un para-sí.

Y lo mismo ocurre con el sentido del oído. Nos encontramos invadidos por toda una serie de sonidos, y sólo cuando somos capaces de hacer surgir el fondo sobre el que se asientan los sonidos es cuando hacemos surgir una representación, somos capaces de oír.

Tampoco aquí se trata de perder el carácter de en-sí, para convertirnos en puro para-sí, como parece agradar a Sartre. Nosotros nos vemos invadidos de luces y sonidos que no deseamos ni programamos, sino que realmente nos invaden. En cuanto tales, somos unos «tiernos niños»; pero no seres racionales. Sólo cuando somos capaces de extender nuestra mano y situar a la realidad propia y ajena a la distancia que nos apetece y nos parece oportuna, haciendo surgir el punto y el plano, la figura y el horizonte, es cuando nos convertimos en racionales.

Y es que mientras «vemos sin ver nada» y «oímos sin oír» nosotros no somos dueños de nuestra propia existencia y las cosas acontecen cual «vanos sueños» sin que sepamos discurrir dónde comienza la realidad y dónde acaba. Viviendo de esa manera, viendo castillos y toros donde sólo hay molinos y ovejas, los hombres gozan de una dilatada vida en donde todo ocurre a la ventura.

El ser humano, en esta condición de tierno niño, no es dueño de sus acciones y las cosas acontecen porque así lo disponen las circunstancias, sin tener posibilidad de establecer un reino de fines y de medios, que es lo propio de la persona adulta.

En consecuencia un ser humano en-sí, ni oye, ni sabe orientarse o programarse en la vida, que transcurre como una hoja seca que en otoño es llevada por el viento. La persona adulta, racional, en-sí, para-sí, sabe ver y oír y en consecuencia ve y oye aquello que llegando hasta él, le interesa, porque ha establecido como decíamos un reino de fines y de medios.

b) Capacidad de espacialización

Esta condición de ser en-sí, de un tierno niño, se pondrá de manifiesto en cuanto que los que así son «ignoran las casas de ladrillo, al sol cocidas, y la carpintería. Y viven bajo tierra en unas grutas sin sol, como las pródidas hormigas».

Sencillamente los hombres en-sí, no son capaces de espacializar y habitan en consecuencia el espacio sobre el que les han puesto, mientras que la humanidad en-sí para-sí, ocupando un espacio, ocupa el que él mismo ha trazado valiéndose de los ladrillos cocidos al sol y de la carpintería.

El ser humano en-sí, ocupa un espacio: aquel en el que *ha sido puesto*. El ser humano en-sí para-sí, ocupa un espacio, pero es él mismo el que lo diseña, y en él *se sitúa*.

De esta manera se distancia de los seres irracionales que también ocupan un espacio, pero que es aquel en que la naturaleza les ha puesto.

c) Capacidad de temporalización

De la misma manera que el ser humano en-sí *ocupa* un espacio, mientras que el en-sí para-sí, *se sitúa* en él, los seres humanos en sí son como tiernos niños, «ignoraban los signos cuándo vendrá el invierno y la florida primavera y los frutos del estío».

Es decir los seres humanos en sí desconocían el tiempo y las consecuencias del mismo. Siéndoles igual, invierno, primavera, verano u otoño, todo lo hacían sin criterio alguno. No hay programación que tomando en consideración la realidad bruta y en-sí, sean capaces de programar, y establecer un ritmo de existencia.

Por eso el ser humano en-sí para-sí sabe distinguir el astro y el ocaso de los astros; sabe distinguir los días; sabe distinguir los ciclos anuales, y de esa manera puede programar su existencia.

Espacializar y temporalizar son dos condiciones del ser humano en-sí; sólo cuando esto en-sí se convierte en un para-sí, será posible a los seres humanos dejar de ser tiernos niños, convertirse en adultos y realizar una existencia en la que el azar y la ventura no sean dominantes.

d) Capacidad de simbolización. Número y escritura

Esta espacialización y esta temporalización humana van a exigir, el «invento más rentable, que es el número» y la «ley de la escritura» que es instrumento muy útil de cara al recuerdo y para evitar los olvidos, como instrumento útil para generar la Poesía.

Sencillamente para espacializar y temporalizar la realidad a gusto de las personas racionales, para que sean capaces de generar sobre la base de una presentación, le es imprescindible al ser humano la capacidad de simbolización de la realidad bruta, y no son otra cosa el número y la escritura.

De esta manera el ser humano en-sí para-sí, será capaz de alejar de su existencia el *azar* y la *ventura* y realizar su existencia espacializando y temporalizando, y haciendo surgir, por la Poesía, un mundo que no es real pero que al final acabará siéndolo.

Y no sólo tendrá una capacidad simbólica que le permita espacializar y temporalizar, sino tendrá una capacidad simbólica que le permitirá tratar con la realidad, moviéndola, desplazándola, transformándola sin necesidad de tratar directamente con ella, pues serán los números y las letras los que estarán en la mano del ser en-sí para-sí, cosa que no le estaba permitida hacerlo al ser en-sí, y de esta manera domesticará a las fieras, sometiendo su fuerza al yugo y al arnés, con lo que los seres humanos, convertidos en un-sí para-sí, se verán liberados de soportar las duras fatigas; e incluso gracias a su capacidad simbólica serán capaces de vencer lo aparentemente imposible y hacer surcar sobre las aguas naves más pesadas que el agua, que permitirán al ser humano, convertido en adulto, surcar los mares e incluso hacer ostentación, aún cuando vana, de su riqueza.

El Corifeo increpará a Prometeo, que siendo tan capaz para generar tales cosas, no sea capaz de generar algo mejor para sí mismo. El Corifeo parece anticiparse a Adorno cuando éste califica al profesor universitario como aquel a quien sus amigos lamentan no sea capaz de generar más beneficio propio con todo el saber que acumula. Pero Prometeo no se deja amilanar.

e) Capacidad de hacer frente al límite y al presente

Va a continuar exponiendo las ventajas que su fuego ha proporcionado a los hombres y así dirá que ha sido capaz de enseñar a estos saber hacer frente al límite y a la enfermedad, pues cuando eran en-sí y como tiernos niños reconoce que «cuando alguien enfermaba no había medio alguno de defensa... y morirían privados de recursos».

En su lugar cuando el ser humano ha dejado de ser un en-sí para convertirse en un en-sí para-sí, tiene comidas, ungüentos,

bebidas y «de mezclar los remedios curativos con que todos los males se superan».

Pero Esquilo sabe ofrecernos un nuevo aspecto para diferenciar el en-sí del en-sí para-sí. Según él, antes de la acción de Prometeo, los seres humanos no sabían prever el futuro. Vivían encorsetados en el presente como vivían dominados por la presentación. De la misma manera que el en-sí para-sí sabía superar lo visto que no veían y lo oído que no oían gracias a la creación de una representación, así de la misma manera, gracias a Prometeo, el ser en-sí para-sí era capaz de superar el presente para poder vivir este en función del futuro.

Representación frente a presentación, símbolo frente a realidad bruta, realidad predicativa frente a realidad antepredicativa, futuro frente a presente; he ahí los elementos que hacen que el ser humano deje de ser un tierno niño para convertirse en adulto, para que ser en-sí deje de ser tal para ser un ser en-sí para-sí.

f) Consecuencias de esas capacidades

«Pero basta ya de esto». Los recursos ocultos para el hombre bajo tierra (en consecuencia que no se encuentran si no se buscan) como son bronce y hierro, plata y oro, antes de mí, quién pudo descubrirlos?.

He ahí pues la distancia que separa el en-sí del en-sí para-sí. Testimonio más explícito y más gráfico será difícil encontrar. Sartre podrá hacer un análisis fenomenológico acertado. Seguramente no tan explícito ni abundante como el ofrecido por Esquilo en este texto.

MANERA DE LLEVAR A CABO EL PROCESO. SOLIDARIEDAD SOLIDARIA

Ahora bien supuesto qué significa ser en-sí y qué en-sí para-sí, es preciso analizar cómo se lleva a cabo este proceso. Una cosa es discurrir en qué consiste el proceso y otra en cómo se lleva a cabo.

No podemos perder de vista que si el ser humano actúa y es en cuanto tal sujeto de la historia, el ser humano se encuentra

todo él invadido por la presencia de otros. Cada uno de nosotros somos portadores del haber humano conquistado día a día, minuto a minuto por la humanidad que nos ha precedido. Y de la misma manera que estamos vinculados al pasado seremos solidarios con el resto de los humanos con los que convivimos, y somos responsables y solidarios ante los humanos que serán mañana, no como una expansión ni una manifestación, sino como conquistadores de un grado de haber humano que es una realidad física.

Efectivamente, todos vinculados con todos, los niveles o grados de vinculación no son iguales con todos, pero eso sí, todos siendo solitarios e irrepetibles, somos solidarios. Diríase que esta solidaridad se realiza en diferentes círculos, a menudo concéntricos y otros entrecruzados. Entonces el haber humano creado y conquistado, lo recibimos aceptando en una u otra medida, rechazándola también en una u otra medida, pero siendo siempre sí mismo, gracias a los otros, y trabajando por ser sí mismo transformando lo recibido.

Pero, ¿quién es el sujeto que es en-sí y se ha de transformar en un sí para-sí? La respuesta verbal es fácil, la real no tanto. Indudablemente que son las personas las que constituyen una sociedad, de manera que no hay sociedad sin personas, de la misma manera que no hay personas sin sociedad. Tanto las unas como las otras han de transformarse de en-sí en para-sí. En primer lugar es preciso reconocer que cabe una gradación muy fuerte, de manera que no se dan realidades *en sí* puras, y *en-sí para-sí* puras. Lo que sí parece cierto es que del en-sí al en-sí para-sí se pasa progresivamente. Es preciso reconocer que el cambio se llevará a efecto en la misma medida en que la persona humana sea sujeto, pero no podemos olvidar que hay una *subjetualidad de la sociedad*.

Pretender que los sujetos no están sometidos a la subjetualidad del sujeto colectivo no parece válido. A fin de cuentas hablamos, respiramos, caminamos, corremos como se habla, se respira, camina y corre. Pero no es menos cierto que hay unos sujetos que son capaces de introducir cambios y giros en los comportamientos colectivos. Será el ajusticiamiento de Sócrates, o cosa tan banal como la nariz de Cleopatra. Sencillamente que si bien es cierto que el sujeto colectivo ha de transformarse en un en-sí para-sí dejando de ser un en-sí y que esto podrá hacerlo por leyes sociales propias, que incluso son capa-

ces de arrasar a las personas como si de un huracán se tratase, no es menos cierto que los sujetos individuales pueden introducir variaciones en el proceso social.

Para ello será oportuno tomar en consideración aquello que Platón en el *Kratylos* nos dice recordando a Heráclito. Que el inteligente es aquel que sabe seguir y propiciar el movimiento, sin anticiparse, ni rezagarse. Si se anticipa, el mismo movimiento en cuanto llegue lo va a engullir, y si se rezaga se perderá como el agua en la arena. La aportación individual ha de llegar en el momento oportuno.

Es una pena el no haber tomado en consideración la categoría de oportunidad. Se consideraron entre otras varias, las categorías de verdad, bondad, unidad. Pero habiéndose olvidado que todo era cambio y fruto de un proceso no se ha tomado en consideración la categoría de oportunidad.

Si todo es cambio y movimiento la incidencia en los mismos sólo cabe hacerla y llevarla a cabo en un momento oportuno y no en otro.

Ahora bien teniendo pues en cuenta que lo que es en-sí, se ha de convertir en un en-sí para-sí, y que quien ha de sufrir esta mutación es la sociedad y las personas que la integran, y teniendo en cuenta que esta mutación puede realizarse según leyes sociales, autónomas y por influjo de personas que actúan sobre la sociedad, de manera más o menos oportuna, se nos plantea un problema.

INDIVIDUO Y SOCIEDAD. LAS ÉLITES

La sociedad autonomamente se transforma de en-sí en en-sí para-sí, y también en virtud de las decisiones tomadas por los sujetos concretos. *Alea jacta est* y se pasó el río.

De todas formas, tanto autonomamente como por procesos individuales, las mutaciones de en-sí para ser un en-sí para-sí, se desarrollan gracias a uno proceso semejante al de la ameba, que a la hora de cambiar de situación hace adelantar primero unas partes para a continuación adelantar todo el resto del organismo.

Y aquí se da un problema de muy difícil solución. Cuando una parte ha evolucionado y la otra no, puede darse un corte entre ambas partes dividiendo lo que estaba unido y formando dos sociedades cuando en el estado previo sólo había una.

Observamos así un fenómeno que es preciso tomar en consideración. Dejando de lado teorías, constatamos cómo se dan casos en los que personas eminentes y geniales se destacan en y de la colectividad a la que pertenecen. Adquieren, si se quiere, un nivel teórico superior al que poseen las personas normales, e incluso adelantadas del grupo social. Sería, en teoría, el momento oportuno para hacer tomar conciencia a todos, o a gran parte de una colectividad, y así transformar un en-sí, en un en-sí para-sí. Pero se da la situación de que la misma masa social se opone al cambio y no sigue a aquel que le está guiando. Se genera de este modo que un grupo social que es en-sí, que en consecuencia no realiza su historia auténtica sino la historia trazada interesadamente por un grupo de personas, se arremolina junto a las que le pisan, para no moverse y abandonar a aquel que les está indicando cómo salir de la esclavitud y convertirse en seres libres.

Pisados y dominados se unen a los mismos pisadores y dominadores y no avanzan. A lo largo de la historia es una situación mil veces repetida. Heráclito en el fragmento 121 nos dice que: «Todos los efesios adultos harían bien en colgarse y dejar la ciudad a los muchachos imberbes, porque expulsaron a Hermodoro, el mejor de sus hombres, diciendo: «No habrá nadie que sea el mejor entre nosotros; si tal existe, que esté en cualquier otra parte y entre otras personas».

No sólo no quieren mantener el status de quienes violentan a otros y los mantienen en su ensimismamiento, sin permitirles acceder a una situación que les permita acceder a ser libres. En realidad de verdad es cierto que, como recuerda Sartre «es duro ser libre» y se tiene miedo a la libertad. Lo malo del caso es que en esa situación nos encontramos con unos que han roto las cadenas de la rutina, del tópico y el lugar común, y han dado un paso hacia adelante pero han perdido el calor y la respiración del colectivo al que pertenecen. Gritan y animan a sus conciudadanos a que den también el paso. Lo malo es que cuando el colectivo da el paso, el hombre genial, si aún está vivo ha caminado también él, hacia más adelante. Y así nos encontramos con dos grupos autónomos: el de los que se han

movilizado, pero se han separado de los que están quietos, y el de éstos, el de los quietos.

Situación óptima para que los dominadores y trepadores hagan lo que les plazca. Separados los dos grupos, los que saben aprovechar los ríos revueltos, sabrán sacar sus ganancias.

Por un lado nos encontramos con los que son en-sí y no les apetece el cambio y la intemperie, y permanecen siendo en-sí. Para estos su lema será el mismo que plasma la Universidad de la Cervera en el manifiesto que hicieron llegar a Fernando VII: «lejos de nosotros la funesta manía de pensar». Aguardarán a que otros piensen y se lo trasmitan a ellos. Podríamos hoy diagnosticarlos no sólo por su negativa a pensar, sino por alejar de ellos la funesta manía de decidir. Pedirán a gritos un padre, que piense y decida en lugar de ellos, para al final terminar matando al mismo padre de quien estaban continuamente colgados.

Pudiera pensar alguien, que quizás, en esa situación había un grupo que se había salvado: aquel que se había atrevido a pensar y decidir por su cuenta y riesgo. Vana ilusión. Como un Quijote enloquecido gritará a sus conciudadanos. A veces, también, como Don Quijote, deseará retirarse al campo y convertirse en pastor que le permita vivir una vida sencilla y campestre.

Como decíamos, vana ilusión. También a estos les van dirigidas las palabras de Wagner a su admirado maestro Fausto: quítese las ropas de sabio y salga a mezclarse con la gente del pueblo, para oír así los latidos y los suspiros de la tierra.

Separado de su pueblo, este grupo de cultos genera una cultura mundana y de salón; dará respuestas a problemas que sólo en su mente han sido gestadas, satisfarán necesidades que no son tales y denostarán al pueblo del que han salido, hasta que las aspas de los molinos de viento, les hagan caer de sus caballos.

Si los primeros eran un grupo en-sí, estos no lo son menos. Ambos a dos son grupos en-sí, pues, en el mejor de los casos, serían conscientes acertadamente de cuáles eran las preguntas y las necesidades que su colectividad social tiene, para dar respuesta y satisfacción a ambas necesitan de la colectividad que no les sigue. No son capaces de dar respuesta ni satisfacción ni a las preguntas y necesidades propias y mucho menos a las ajenas y colectivas. De esta manera se convierten en un pseudo en-sí para-sí, precisamente por que se es tal cuando se es capaz

de generar verdad, respuesta a unas situaciones problemáticas y se pueden satisfacer las necesidades reales y concretas que el pueblo tiene.

Tenemos así un pueblo, que no hace historia propia, sino que la padece, pues él mismo hace la historia que le aliena y que es dictada por otros.

Pascal previó esta situación y sacó a relucir los divertimentos. Pasa- tiempos que permiten aguardar a que el sol se ponga, para de esa manera volver a dormir. Tenemos así un sector del pueblo dominado, domado, envilecido. Se le dará, como dice Aldous Huxley, su correspondiente ración diaria de soma, para que esté relajado. Será el Sancho Panza, incapaz de levantarse a recoger los frutos del Sol. Junto a él, un Don Quijote, siempre lamentándose, y no de su propia suerte, sino de la de los demás.

También estos perderán seso y se dedicarán a responder a problemas que sólo en su mente tienen sitio. La sensación de frustración les hará soñar en soledades como L'Estaque o Tahiti, o les llevará a recorrer el mundo, a viajar, por ser incapaces de poder escuchar. Aman al pueblo del que han salido pero se han separado de él en exceso. Son conscientes, pero ineficaces, o son inconscientes e ineficaces. Y eso es algo que quien quiera hacer historia no se puede permitir.

Será preciso recordar el mito de la caverna de Platón. Si la gente está acostumbrada y no sabe ver, porque nunca lo ha hecho de otra manera más que en sombras, será preciso reconocer que no se les puede sacar de la caverna y ponerlas a ver a pleno sol. Sus pupilas no van a soportar semejante luz. Será preciso sacarles a la puerta de la caverna luego, cuando haya estrellas, más tarde cuando haya luna, y finalmente cuando haga sol.

Y esas situaciones son concretas. Cuenta la historia que Homero y Hesíodo queriendo medir la sabiduría, acordaron un certamen en el que mutuamente se iban formulando preguntas que requerían respuesta. Parece que el vencedor fue Homero a la pregunta de Hesíodo sobre qué era ser inteligente. La respuesta parece válida: *«Conocer bien las circunstancias y saber atenerse a la realidad.»*

Si lo que se quiere es cambiar una realidad, es condición indispensable conocer bien las circunstancias de la misma y

saber atenerse a la realidad, que puesto que queremos cambiarla, es una realidad que no nos satisface. Caso contrario podremos hacer recopilaciones de modelos de cambio que se han generado en otras geografías e historias. No es más que pura erudición. La historia es una realidad física.

LA DIALÉCTICA DEL DUEÑO Y DEL ESCLAVO

Las críticas hacia un sector de la sociedad podrán permitir desahogar nuestra mente, desinhibir nuestros instintos, descender nuestro grado de adrenalina. La realidad es terca y permanece allí.

Lo malo del caso es que es propio de la condición humana hacer historia, quiéralo o no. Si tuviésemos capacidad de parar nuestra fuerza historicadora, el mal sería menor. Pero lo que ocurre es que, querámoslo o no siempre hacemos historia. Pero es una historia en donde se dan dos protagonistas: el dueño y el esclavo. No nos paremos en este momento a dilucidar quién es dueño, y quién esclavo.

Es preciso hacer desaparecer esa dicotomía y situar en el escenario de la historia un ser libre y eficaz. Caso contrario haremos historia. Será impropia o inauténtica, pero será igualmente real.

Mientras este problema no se solucione seguiremos haciendo historia, pero seremos las marionetas cuyos hilos mueven otros: en esta vida una cosa es evidente. En esta vida todos bailamos. El problema está en saber quién pone la música. Y saber si el baile es expresión de libertad como quiere Unamuno, o el baile es un preludio o precedente al trance que nos permita dormir, o si se quiere anticipar nuestra muerte.

Y como es natural, el pueblo y los llamados elementos cultos del mismo padecen la historia, siendo instrumentos de un quehacer cuyo sujeto es otro.

Si recapitulamos lo últimamente expuesto podemos decir que todo lo que es, es en-sí. Pero siendo todo histórico, para hacer historia y no sólo ser sujeto paciente de la historia, eso que es en-sí, sin perder su ser en-sí (que fue uno de los deslices aparentes de Hegel, Husserl), es preciso su ser para-sí.

Ser en-sí para-sí, supone ser lo que es, y ser consciente de su propio destino. No sólo marchar, porque marchar siempre lo hemos de hacer, sino marchar por las rutas que nosotros nos predigamos, es decir, ser lo que se es y ser conscientes de lo que queremos ser, y tener capacidad y fuerza para caminar hacia un ser que no somos y que sin embargo nos llama.

Es decir que es preciso ser consciente de cuáles son nuestras necesidades propias y tener fuerza para procurarlas e intentar conseguirlas.

DIFERENTES POSIBLES SITUACIONES EN ESTE PROCESO DE CAMBIO

Supuesto esto pudieran darse, según el proceso de camino del en-sí al en-sí para-sí, varias situaciones.

A.- Primera: la colectividad social, llámese por ejemplo pueblo, no es consciente de cuáles son sus preguntas y necesidades propias y en consecuencia como una hoja en otoñada, marcha llevada por el viento. Esa colectividad efectivamente hace historia. Ahora bien su historia, la que ella hace, no tiene norte ni guía. El ejemplo de la hoja seca en tarde de otoño puede ser su mejor imagen.

B.- Una segunda situación sería la de la colectividad que en parte de ella, es decir parte de esa colectividad, es consciente de cuáles son sus preguntas y necesidades propias pero aún cuando sepa, cuáles son sus caminos propios, es incapaz de llevarlos a cabo porque hay otros que imponen su ruta y norte.

Seguramente esta situación es peor que la anterior. En la primera, esa colectividad desconoce cuál es su ruta. En la segunda situación, la colectividad conoce qué es lo que debe hacer, sin embargo es incapaz de llevarlo a término.

En esta segunda situación, como en los casos de las heridas mal curadas, periódicamente aparecerán situaciones violentas que se rebelan contra una situación de hecho que no la aceptan como situación de derecho.

Hay unas fuerzas que imponen una ruta en el devenir del proceso histórico, que periódicamente, cuando menos lo esperan, verán surgir una situación violenta que se opone a la ruta

marcada y que en teoría parece errónea, obsoleta y radical y que por la fuerza de imponer la ruta de esa colectividad, será juzgada como tal.

Lo que no se cuestionará nunca la fuerza dominante es, qué es lo que hace que, cuando menos se espera o cuando mejor futuro podría esperarse, surja una acción violenta que pone en entredicho todo el ritmo y el quehacer histórico.

Sencillamente, es que esa colectividad no marcha por la ruta adecuada a ella. De la misma manera que en los casos de neurosis hay unos comportamientos inesperados y no concordes con los que le preceden, así mismo en las colectividades, hay una estratificación mal realizada de las diversas capas históricas, dando pie a unos comportamientos explosivos e inesperados.

En geología estamos habituados a ver cómo las capas geológicas se acumulan la una sobre la otra con cierto orden y equilibrio. Cuando entre las capas geológicas se introduce una falla, es decir una mala ordenación de estratos, se dan casos anormales e inesperados.

En psicología individual profunda sabemos cómo se van asentando período histórico tras período histórico.

Cuando el asentamiento es normal y bien realizado la persona es equilibrada y sensata. Ocurre a veces que en ciertas personas se ha producido un shock, traumático, psíquico, sea de orden erótico, vía Freud, sea de orden social, vía Adler, que lleva a la persona concreta a que cuando menos lo espera, se de un comportamiento, digamos psicótico en cuanto que no concuerda con el proceso previo y aparece cuando menos se espera.

En los comportamientos sociales podría darse una situación parecida. Una sociedad que marcha y camina por la historia con normalidad y en convivencia cómoda con las colectividades con las que convive, en un momento determinado se podría convertir en conflictiva. Alguien podrá recurrir a la historia para hacer ver que esa colectividad, ahora conflictiva, no lo ha sido en el pasado.

Vana satisfacción. También el comportamiento de la persona ha sido normal e incluso ejemplar, hasta que en un cierto momento de la historia de esa persona, ella se convierte en conflictiva para su entorno.

Actualmente esta situación nada tiene de extraordinaria y novedosa. Se trata de realizar una catarsis hasta encontrar la situación traumática y hacer saltar la espina, ya sea por vía de análisis del sueño, del acto fallido, de los chistes o de la conversación normal. Diríamos que una vez sacada la espina que provoca la situación neurótica se vuelve a establecer un ordenamiento en los estratos psicológicos personales, y lo que originaba la presencia de dos personalidades, una la que crecía hasta el estrato diez y otra la que venía luego de ese estrato, estando en el centro de ambos la situación traumática, ya sea erótica o social, volvía a establecerse una única personalidad y un equilibrio.

De manera análoga pudieran darse en las colectividades, situaciones en las que dicha colectividad no es consciente y hace historia según los dictados de unos intereses ajenos a la colectividad. Hasta que llega un momento en que la colectividad, en virtud de la clarividencia de unos sujetos de la misma, cae en cuenta de que no está haciendo historia propia, sino historia ajena.

Como es normal en esta primera situación de lo único que es consciente es de que no está haciendo historia propia, sino historia ajena. Como es normal, sabe que su historia no está bien dirigida. Ahora bien lo único que puede ofertar el elemento consciente de esa colectividad es que no se debe hacer historia como se estaba haciendo; que no se puede seguir haciendo historia según los dictados de unas fuerzas que no pertenecen a ese colectivo, sino que pertenecen a otro.

Aparece una situación incómoda, pues lo que con clarividencia y fuerza puede afirmar, es que no se puede hacer historia como hasta ese momento, y no solamente no se puede hacer historia como hasta ese momento, sino que es preciso hacer historia de manera opuesta a ese momento.

Es evidente que a quienes pertenecen al grupo que marca la historia de ese colectivo se les ha de presentar la propuesta como fuera de lugar, carente de sentido y propia de mentes enfermas. Efectivamente hasta ese momento, el colectivo que ahora se convierte en problemático, ha caminado a una con otros colectivos sin ser problema, y ese colectivo o parte del colectivo que nunca jamás había planteado problema se convierte en problemático.

Será preciso analizar no sólo la situación, sino como en una terapia psiquiátrica, analizar el proceso y ver de hacer una catarsis que permita hacernos con la espina para conseguir sacarla. Caso de no hacerlo la situación desequilibrada será endémica y de una u otra manera hará acto de presencia.

C.- Una *tercera* situación pudiera ser, y probablemente es la más frecuente, aquella en que una sociedad no es consciente y vive abismada en toda una serie de problemas sin que detecte cuál es su verdadero problema, mientras que una parte de ella, reducida en un comienzo y que se va ampliando poco a poco, va haciendo ver primero a sí misma y luego al resto de la sociedad cuál es el verdadero problema.

En esta situación la población toda entera camina siguiendo las directrices de otra sociedad que es ajena a ella. Como recuerda y recomienda Machiavelo, está la impositiva de rutas y de marchas, situada en la sociedad dominada por miembros de la misma, de la dominada, para que pueda hacer llegar a la sociedad dominada las directrices y las ordenanzas de la sociedad dominadora.

Nadie conoce mejor la lengua y las costumbres de la sociedad dominada que los miembros de la misma. Los consejos de Machiavelo fueron puestos en práctica por los creadores de la antropología social, en particular inglesa, que en lugar de dar sus órdenes en lenguas y costumbres extranjeras a los que las recibían, les iban a ofrecer en lengua y parámetros propios de los que las recibían.

Creían que estaban haciendo historia propia y auténtica cuando en realidad, de verdad, están realizando la historia de los dominantes, nada más que vestida en lengua, símbolos y parámetros propios.

Ciertamente es preciso mucha perspicacia para, en esos ordenamientos, símbolos y lenguas propias, detectar la presencia de mandatos y voluntades ajenas, y no sólo ajenas sino opuestas a las propias.

Si alguien consigue detectar detrás de unas apariencias propias unas direcciones ajenas, este tal va a encontrarse con un doble enemigo. Como es normal, quien sea capaz de ver eso, va a denunciar la presencia de las direcciones ajenas e impropias. Inmediatamente va a encontrarse con la voluntad de aque-

llos que realmente imponen su voluntad. El que se opone a ello aparecerá no sólo como un iluso y un paranoico, sino incluso será declarado enemigo de aquel colectivo a favor del cual aparece ser un luchador. Los que se benefician del curso de la historia, imponiendo una dirección, calificarán a aquel que pretenda establecer otro curso, de enemigo del mismo colectivo al cual él se declara servidor. Cuando uno se declara como libertador, el que impone la ley lo calificará como arruinador.

Pero no sólo se va a encontrar con la enemistad de aquel que impone su ley y su criterio para beneficio propio, sino lo que va a ser más doloroso, se va a encontrar con un juicio negativo de aquellos mismos a los que, en teoría, él pretende beneficiar. Como indica Alain Touraine, refiriéndose al neocapitalismo, es que no sólo aliena, sino que deja satisfechos a los mismos que aliena; así también, quien pretende hacer variar el curso de la historia, por considerar que ésta es alienante para un colectivo, se va a encontrar con la oposición de quien impone la ruta en la historia y la de todos aquellos que siguen esa ruta y se hallan satisfechos en el camino marcado y andado.

Los primeros acudirán a la historia y harán ver que siempre esos colectivos, no han sido varios, sino sólo uno y que la parte que actualmente es problemática ha alcanzado sus más altos niveles cuando ha marchado uncido a un mismo y único carro, y que pretender desengancharse del carro único, no sólo no es contrario a la historia, sino que es insensato e incluso es contrario a las leyes del beneficio, ya sea económico, cultural o científico.

Los que se hallan bien anclados en esta dirección y encuentran si no pingües beneficios, sí por lo menos ventajas para su vivir cotidiano, considerarán que desgajarse de la yunta común lleva a perder velocidad, beneficio y que es situación que, necesariamente, va a llevar aquellos mismos que propician el cambio a la pobreza e incluso a la ruina.

De esta manera, quien propicie un cambio en el curso de la historia va a verse sometido a una doble enemistad: a la ajena dominante, y a la propia dominada.

Es una situación parecida a la que se puede dar en un proceso familiar. Efectivamente si los hijos crecen y se desarrollan es gracias a las aportaciones de los padres. Sin estos el niño sería corto y romo. Gracias a ellos se hace válido y autosuficiente.

Negar eso es negar la evidencia. Llega sin embargo un momento en que los hijos pueden ser rentables a los padres. Este es un fenómeno evidente en la sociedad rural y artesanal.

En la sociedad industrial los hijos rara vez son rentables a los padres. Pero el hijo que se ha convertido en autosuficiente y en válido gracias a los padres, siguiendo un desarrollo normal, es conveniente que se autonomice y comience a volar solo.

Que aquello que había sido rama de un árbol, se convierta en tronco y árbol propio y autónomo. Descendiente de una raíz, pero creación propia al mismo tiempo. El desgajarse del tronco matriz puede generar riesgos que incluso conlleven a la muerte a la rama desgajada. Pero sólo exponiéndose a la muerte se puede vivir una vida propia y no repetitiva de la precedente.

Si uno de los hijos propone a sus hermanos el caminar desgajado del tronco común, (que no se niega), va a encontrarse con la enemistad de los padres que le recordarán su pasado, los frutos conseguidos mientras estaba vinculada al tronco común, y los riesgos, que son reales, que el futuro le depara.

En un primer momento se va a generar una guerra civil, cristalizada o difuminada. Las ramas del mismo árbol se opondrán todas ellas a la rama que pretende desgajarse del tronco común. Las razones serán, como hemos indicado, de orden histórico, legal, de armonía e incluso del orden de la rentabilidad.

Varios pueblos en esas luchas internas han llegado a unos acuerdos más o menos explícitos, y se han frustrado las apetencias de algunas de las ramas de hacer ruta y caminar en la historia por su cuenta y riesgo, recuperando así, con variaciones más o menos claras, la unidad primitiva.

Europa es un ejemplo de esto que venimos diciendo.

Otras colectividades no han conseguido rehacer el equilibrio generado por unos y en un cierto momento surge una situación en la que las relaciones entre los diversos colectivos, entre los diversos hermanos, no se ha recompuesto, y no sólo eso sino que se han distanciado. Nada hay más duro que las cuñas de la misma madera. Así, vemos en Europa unas pésimas relaciones entre países, cuanto más vecinos sean. Las relaciones parecen mejorar cuando las geografías son más lejanas, mientras que la vecindad geográfica, genera un desconocimiento y

una animadversión entre países cercanos. Ejemplo España y Portugal.

Cuando las relaciones entre las ramas de un mismo árbol no se recomponen, entonces aparece la figura del padre haciendo desaparecer a pueblos para hacer surgir provincias, bajo el peso y la presión del Estado.

Entonces surge una situación que Zubiri, prologando a Hegel, la describe con suma precisión. Dice así: «La Filosofía no es una ocupación más ni tan siquiera la más excelsa del hombre, sino que es un modo fundamental de su existencia intelectual. Por eso no nace de un arbitrario grupo de pensamientos, sino de la azarosa, problemática, situación en que el tiempo, su tiempo, lo tiene colocado.

«Nuestra situación, sentida hoy como problema, es la situación en que ha vivido y se ha desenvuelto Europa durante unas cuantas centurias. Mientras Europa ha ido haciéndose, ha podido el hombre sentirse cómodamente alojado en ella; al llegar a su madurez, siento, empero como diría Hegel, refutada en ésta, su propia existencia.»

«La madurez intelectual de Europa es Hegel. Y esto no sólo por su Filosofía, sino por su Historia y su Derecho. En cierto sentido, Europa es el Estado y tal vez sólo en Hegel se ha producido una ontología del Estado. La verdad de Europa está en Hegel»⁶.

Siendo esto así nos da la situación siguiente. Europa es el Estado. Pero Europa ha refutado a la persona.

Es decir que una vez que los pueblos vieron deshacerse su armonía o desarmonía nace el Estado con la sana intención de buscar el equilibrio entre las personas y los pueblos, y que lo que ha conseguido es rechazar y violentar a unos y a otras.

Surgen así toda una serie de acciones violentas que dan lugar, a lo largo de los siglos XIX y XX, a toda una serie de guerras en las que, no por la vía de la razón sino de la fuerza, se establecen unos equilibrios entre los diversos colectivos sociales, ya sean etnias, pueblos, clases y unidades religiosas. La si-

⁶ X.Zubiri.Naturaleza-Historia-Dios. Pág.225.

tuación de los Balcanes en el corazón de Europa es buena muestra de esto que venimos diciendo. Se asientan unas colectividades pero no se sabe por qué, y otras no se asientan y plantean toda una serie de problemas de convivencia. Lo real es que mientras esos problemas no encuentren solución serán granos que destilan situaciones conflictivas.

D) Una cuarta hipótesis que puede darse, y que de hecho se da, es la situación en la que el grupo dominado, sufriendo la dominación y penando por ello, no por eso pierde la alegría de vivir al margen de necesidades, preguntas y formas impuestas por el grupo dominante. Son las formas a las que Tourain hace referencia, para que dominado y alienado se autosatisfaga. Si bien es cierto que la religión ha podido ser el opio del pueblo, que pisado, oprimido y alienado, encontraba en ella el remedio para sus dolencias, actualmente, el ejército, la guerra tecnológica, el estadio y sencillamente la sociedad de consumo pueden permitirle una vida alienada y placentera al mismo tiempo.

En el siglo XIX, fueron la zarzuela, la opereta, o los toros unas creaciones de las masas populares que no siendo capaces de explicitar ni definir las necesidades y preguntas propias, sin satisfacerlas, eran ser un lenitivo a su malestar. Hoy la televisión, el estadio, permiten a no pocas personas olvidarse de los problemas propios y satisfacerse fraudulentamente.

El accidentado tetraplégico, afirma sin rubor haber ganado en el estadio. Las Olimpiadas, las medallas o los campeonatos del mundo, de no importa qué deporte, hacen que la población grite enfervorizada mientras sus necesidades más primitivas están insatisfechas.

El sexo y el consumo son unos lenitivos de situaciones a todas luces anormales. El coche es símbolo de status, de la misma manera que los viajes o el color de la piel.

En las cuatro hipótesis, el pueblo es en-sí y positivamente no es para-sí, o no lo es satisfactoria y plenamente. Es cierto que caben varias gradaciones y en una misma colectividad no todos los integrantes de la misma participan en igual medida de la para-sí-idad. La mayor parte de las veces, esa colectividad inconsciente de sus necesidades en mayor o menor medida, se muestra siempre incapaz de satisfacerlas.

HISTORIA, PUEBLO Y ELEMENTO CONSCIENTE

En las cuatro hipótesis no hace historia en toda su plenitud sino que la padecerá en no poca medida. Para ser sujeto de la historia es preciso ser sujeto y no objeto. Junto a ese pueblo, protagonizando el proceso, en esa medida nos encontramos a grupos minoritarios, que a menudo no sólo están junto sino frente al pueblo, grupos minoritarios, salidos del pueblo, y que aparentan ser los protagonistas del proceso. Nos viene a la mente la figura del pastor, de su perro y el rebaño.

Algunos pretenden que es el rebaño quien protagoniza el proceso. Para otros es el perro quien lo hace. Y para unos terceros es el pastor. Pocos se ponen a pensar que puede ser alguien tan perdido en el anonimato como puede ser un broker de un mercado financiero o un paciente analista o un técnico en alimentación, que hace correr la noticia de las bondades o las consecuencias nocivas de los alimentos producidos por el rebaño.

El hecho cierto y penoso es que hay un grupo de personas, que han nacido y se han criado en el pueblo y que se han destacado del mismo e incluso se han separado de él.

Lo producido por las clases llamadas cultas no tiene eco en los grupos sociales, a los que él pretende dirigirse y dirigirlos. Basta tomar en consideración las estadísticas en cualquiera de los países, del número de libros o de periódicos que las clases consideradas populares leen. Y basta fijarse en los índices de audiencia o de visión de los diversos programas radiofónicos, cinematográficos o televisivos. Es curioso observar que toda producción, ya sea investigadora pura, aplicada, teatral, cinematográfica, radiofónica o televisiva, se lamenta de la falta de subvenciones económicas.

Si el que se ha destacado en la colectividad, y gracias a ella ha cultivado su capacidad creadora por encima de la media de su sociedad, estuviese unido a esa colectividad a la que dice pertenecer y servir, sería capaz de generar el grado de verdad necesitado por la misma colectividad; sería capaz de poner voz, imagen, a sentimientos, a situaciones anímicas latentes pero presentes en la sociedad, ésta, aún con cierto retraso, iría convirtiéndose de en-sí, en para-sí, sin perder su ensidad.

Pero, no, el llamado poseedor de la cultura, poseyendo conciencia de lo que su colectividad necesita, separado de ésta, es incapaz de dar respuestas adecuadas a las preguntas reales y de satisfacer las necesidades igualmente reales.

Todo ello le llevará a una situación en la que termina de perder conciencia de sus necesidades propias, las de su colectividad, y conformando un cuerpo propio de desarraigados, elaborará un amasijo de necesidades y preguntas, en los que a la postre lo único que trata es de sobrevivir, aun cuando para ello sea preciso prostituirse e incluso convertirse en perro de pastor cuya única misión es morder las corvas del rebaño, para que éste sea rentable al pastor.

La historia está llena de personajes cultos, bien vistos por Gramsci, que habiéndose puesto en marcha con la misión de convertir el pueblo de en-sí en para-sí, se han convertido en generadores de una ideología cuya misión no es otra que la de adormecer a la colectividad.

Literatos autocalificados de izquierdas y siendo colaboradores habituales de prensa de derechas. Pensadores y creadores que comienzan pensando, abandona pensamiento y camino, para verlos a los pocos años vinculados a grupos editoriales en propiedad de la gran banca.

Lo único que interesa es salvar su propia subsistencia, aún cuando para ello, repetimos, sea preciso prostituirse.

Llegamos así a una situación dramática. De la misma manera que los hombres y los pueblos se espacializan y temporalizan, por ser consecuencia de la condición humana, los seres humanos mientras estemos aquí vamos a generar historia. No se trata de evitar el azar como quería Marx, pero sí poner los medios para que esta historia que nosotros, querámoslo o no, la estamos haciendo, sea lo más adecuada posible a la condición humana; sin poder afirmar a priori en qué consiste eso, es decir sin poder ofrecer a priori un enmarque que es preciso rellenar, pero sí constatando algunas situaciones sin sentido.

Y ahí nos encontramos con que el pueblo no es sujeto agente propio de la historia y con que los que han salido del pueblo, y han alcanzado un nivel cultural, que en principio pudiera hacer pensar que pudieran arrastrar al resto de la colectividad a ser agente propio, separados del pueblo, tampoco lo son.

SUJETO DE LA HISTORIA

Nadie en consecuencia hace la historia y todos somos sujetos agentes de la misma. Responder con Heidegger que es el uno, y que no siendo nadie somos todos, no es responder a la cuestión.

¿Quiénes son en consecuencia los agentes propios de la historia? Que la mano la han puesto otros no cabe duda. ¿Quién es quien ha puesto la cabeza? Teóricamente la respuesta parece clara. Aquellos que han provocado las propuestas, que han puesto a todas las cabezas en busca de respuesta, o aquellos que han suscitado las necesidades que movilizan mentes, manos y pies de todos los demás.

Esas preguntas y esas necesidades son las adecuadas al momento histórico en que salen a la palestra. Esto es lo que parece que se puede cuestionar.

Hay una afirmación desde la que podíamos empezar a pensar. Parece estar fuera de lugar que toda persona humana, por el mero hecho de que le hayan nacido, debe recibir de su entorno el mínimo de cosas que hagan que su vida sea vida humana.

Una segunda afirmación, que pudiera servirnos de guía, sería la de que una quinta parte de la humanidad, la que habita el hemisferio noroccidental, ha abandonado a su hermana de leche, la pobreza, en boca de Aristóteles.

Es cierto que en esa misma área geográfica se hallan ancladas toda una serie de bolsas de marginación y de pobreza. Pero en términos globales parece que esa área geográfica ha superado un estadio en el cual estaba inmersa en época reciente.

Una tercera afirmación sería, la de que a la humanidad hoy le es posible variar toda una serie de problemas que afecten fundamentalmente a esas cuatro quintas partes de la humanidad. Supuesto que éstos tienen derecho y que de hecho ha sido superado ese estado en una quinta parte, parece oportuno plantearse eso como pregunta o necesidad prioritaria dejando de lado otras prioridades.

Caso de no hacer tal cosa pudiera parecer que se trata de cambiar el protagonista de la historia. Como en épocas recientes se ha afirmado era preciso cambiar el protagonismo histórico y asignarlo a aquel que encarnase la negatividad más absoluta. La experiencia del socialismo real ha puesto de manifiesto lo que teóricamente se afirmaba tenuemente. La negatividad absoluta, carente de poder y de economía, no garantizaba que, cuando se hiciese con un margen de positividad, el poder político fuese capaz de anular la negatividad que suponía el subdesarrollo económico.

No se trata pues de cambiar de protagonista y hacer que el esclavo sea dueño y el dueño esclavo. Y no porque también aquí habría algún esclavo hay un momento en el que nadie hace historia propia y la historia viene a convertirse en un cuento contado por una vieja, como indica Shakespeare y le remeda Goethe.

Sólo el pueblo es sujeto de la historia. Pretender suplantar a éste por unas clases cultas, o por unos cuerpos de elite, es abocarnos a hacer una historia absurda. Es preciso romper la dialéctica del dueño y del esclavo y hacer al pueblo, convertido en un en-sí para-sí (sin perder su enseidad), un sujeto de la historia. Es preciso hacer del pueblo un sujeto activo de la historia.

Caso contrario, nos encontramos con que la gran mayoría de la humanidad hace la historia, padeciéndola. Las clases últimas, en el mejor de los casos, generan una ideología para que la gran mayoría esté donde está, y la clase culta, no haciendo historia propia y sí padeciéndola se entretenga con sus divertimentos, y la clase dirigente, que parecería ser la única beneficiaria y la única que haría historia propia, no la hace, a pesar de su decisión y voluntad, porque para hacer historia no basta decidirlo, sino que es preciso hacerla, y para hacerla se requiere la presencia de toda la humanidad.

Situaciones anómalas, imprevistas y absurdas como de la que somos testigos estos últimos años, podrían encontrar respuesta en esta situación.

CONCLUSIÓN

Primero: toda la humanidad es sujeto de la historia. Esto no es una frase bien intencionada, sino una realidad social. Fue en Egipto en donde comienza el cultivo de la geometría y de la medicina. Grecia, creación propia, con sus físicos, sus filósofos y sus artistas está entre nuestros antecesores totalmente presente. Roma y sus leyes. Los países árabes y el álgebra, etc. Si analizamos nuestro presente actual veremos que todo él no es sino un río en donde desde la pólvora en China y las patatas en el continente americano, forman los estratos geológicos que conforman nuestro hoy.

No hay pueblo, ni persona humana que no haya puesto una gota de sudor hasta engrosar este río que es nuestro hoy.

Segundo: siendo eso así, es preciso que la humanidad, toda entera, protagonice el proceso histórico, y no debido al azar o la necesidad, sino con una cierta programación que permita a toda ella ser consciente de cuáles son sus necesidades propias y sus preguntas auténticas, para dar respuesta y satisfacción a las mismas.

Tercero: para que esto sea posible es preciso que la humanidad se convierta de realidad en-sí, en realidad para-sí. Dado el alto grado de plasticidad que posee la condición humana, siendo ésta una, se realiza tanto en el espacio como en el tiempo, de forma variada.

No hay igualdad sin diferencia. Formas variadas de hacer quedar a la realidad, generan formas variadas de ser, de ésta y de ser de los que le hacen quedar.

Es preciso, en consecuencia, que respetando la variedad, cada pueblo establezca su forma de conversión de realidad en-sí en realidad para-sí.

Las diversas formas de realizar la condición humana pondrán de manifiesto las diferentes formas de distanciarse de la condición animal, y para ello desarrollarán en grado diverso cualquiera de las múltiples dimensiones que el ser humano posee.

Por ello la forma de convertirse de en-sí, en para-sí, solo podrá ser arbitrada por el propio pueblo. La alienación por anticipación de la que nos habla Heidegger podría venir al caso. Que ningún pueblo pretenda, por mejor, establecer los ritmos, procesos y formas de convertirse en para-sí. Sólo quien es para-sí puede establecer esos principios.

Sencillamente cada pueblo necesita su teoría que no sólo le permita ser consciente de sus necesidades propias y de sus cuestiones originales sino que, sobre todo, cada pueblo deberá arbitrar libre y penosamente las formas que le permitan una satisfacción real y una respuesta auténtica. Anticiparse un pueblo a otro, a sugerir o a imponer cómo ha de ser adulto, es impedirle serlo.

Cada pueblo debe generar su teoría que le permita ser adulto, libre y responsable. Este deberá tomar en consideración todas las circunstancias y atenerse a la realidad.

Cuarto: Esa teoría se va a realizar a través de individuos concretos. Sólo lo concreto es real, y el problema es un problema de realidades.

Pero ese cambio de un pueblo en-sí en pueblo para-sí, es decir, este cambio que conduzca a una colectividad a ser adulta, va a encontrarse con la oposición de aquellos que no quieren una colectividad adulta, y también con la de aquellos que no quieren ser adultos.

La buena voluntad será imprescindible, pero no es suficiente si se quiere generar esa teoría que de infantil transforme en adulta a una colectividad.

Puede ocurrir, y a lo largo de la historia ha ocurrido a menudo, que esas personas concretas se hagan conscientes de cuáles han de ser los derrotados por los que ha de marchar esa colectividad. La enemistad de unos y de otros hará que no pocos elementos cultos abandonen la pelea y, como indica Platón en la República, cesen en su empeño y «sienten casa». Es decir van a abandonar su proyecto y sólo se preocuparán de ellos. Lo contrario supondría ganarse la enemistad de aquellos cuya suerte quiere variar y mejorar, no contando para ello con su apoyo.

Este segundo sector de la sociedad tampoco generará la historia auténtica.

Y un tercer sector, que aparentemente es el gran protagonista de la historia pero que también él la padece, por no poder llevarla adelante sin contar con los demás.

Situación, como se ve, anómala y a todas luces inaceptable, porque siendo propio del ser humano su historia y realizando realmente una historia, no es la adecuada ni la apropiada.

No se trata, en consecuencia, de luchar por el mando. Es decir no se trata de luchar contra los que dirigen la historia, porque la hacen según sus intereses, sino porque la hacen mal. Ya que no puede ni debe haber quien dirija la historia, sino que deben ser los pueblos todos, cada uno aportando lo que de humanidad tiene, y no sólo todos los pueblos sino todas las personas las que protagonicen el proceso histórico.

Por todo ello aparece claro, que es precisa una teoría que, como Prometeo convirtió a los hombres de infantes en adultos, permita pasar a los pueblos de ser sujetos pacientes a sujetos agentes, y para ello es preciso la presencia de hombres concretos.

Será preciso analizar diversas teorías o mejor aún diversas estructuras que permitan alcanzar la meta que nos estamos prefijando.



POSIBLES ESTRUCTURAS DE TEORÍAS CULTURALES

Capítulo



INTRODUCCIÓN

Afirmábamos líneas más arriba que mientras haya personas humanas habrá historia. Esta podrá ser propia o auténtica, o impropia o inauténtica. En todo caso será historia real. Sencillamente, la humanidad en un papel en blanco, irá escribiendo una historia. Será la adecuada, es decir la que ese grupo humano, en ese momento concreto, sería lo oportuno y adecuado que hiciese. Ese será otro problema. El hecho cierto es que la página no quedará en blanco.

Lo malo del caso es que las líneas siguientes no serán indiferentes a lo que en esos folios se haya escrito. Queremos con ello decir que todo futuro estará vinculado a un pasado y a un presente, del que no se puede desvincular. Las líneas que la sociedad futura vaya a escribir en su folio en blanco, no estarán desconectadas de las que el pasado escribió en su tiempo.

También decíamos cómo una colectividad iba a escribir su presente en función de unas personas concretas. Efectivamente no se puede separar sociedad de personas, ni a estas de la sociedad. Pero lo que sí es cierto es que fueron Galileo Galilei, Miguel de Cervantes o Renato Descartes los que dieron el paso decisivo hacia adelante. Sus hermanos, primos, amigos y demás vecinos, pertenecían a la misma sociedad pero fueron Galileo, Miguel o Renato, los que escribieron lo que escribieron y no ninguno de sus hermanos, primos o vecinos. Es decir que fue siempre el concreto que pertenecía a un colectivo quien dio el paso hacia adelante y tal y como lo hizo y no de otra manera y con ello de la misma manera que Einstein o Bretón,

llevó a la humanidad toda entera hacia unos nuevos derroteros por los que hasta el momento nadie había caminado.

Siendo esto real y efectivo, decíamos también cómo podíamos encontrarnos con una situación anómala en la que pueblo, creadores e incluso dictadores, o presuntamente todos, en lugar de hacer historia, estábamos todos padeciendo la historia, que no sabemos quién, pero ciertamente ni dioses, ni brujas, ni enteleguias la estaban haciendo, sino solamente nosotros, con nosotros y a pesar nuestro, porque no éramos capaces de pararnos en el proceso y mirar la brújula, para ver si caminábamos por la buena ruta o no.

Y decíamos que nos podríamos encontrar con la mejor voluntad del mundo, ofreciendo a nuestra colectividad o bien un producto de mercado, o bien un simple envoltorio que hiciese más apetecible la mercancía sin ofrecer la solución acertada y adecuada. Reconocíamos también que era cosa harto difícil discernir en qué consistía la adecuación y la bondad de la oferta.

Lo que sí veíamos en claro es que, viéndonos necesariamente necesitados a ser libres e históricos, pudiéramos encontrarnos todos anulando, por anticipación o por necesidad o por miedo, nuestra propia libertad, y que estuviésemos haciendo una historia en la que todos los integrantes del proceso fuésemos no actores sino pacientes de la misma.

Esto supuesto, reconocíamos cómo la cultura debe tener la capacidad de convertir a una colectividad de ser en-sí a ser una en-sí para-sí. Es decir que la cultura debe convertir a una colectividad en colectividad consciente y capaz de responder a sus preguntas auténticas y propias y ayudar a satisfacer sus necesidades propias y auténticas.

Una cultura será adecuada y propia en la medida en la que preguntas y necesidades hallen respuesta y satisfacción adecuada. El que se acerquen más o menos a esa adecuación hará que la cultura pueda ser juzgada como más o menos adecuada.

Lo que no cabe duda es que ese proceso, que es colectivo, sólo podrá ser llevado a cabo en función de realidades concretas y que éstas no son sino las personas humanas concretas.

Nos interesa a continuación analizar estructuralmente cuáles son las ofertas que esos concretos individuales nos ofrecen.

PRIMERAS HIPÓTESIS. MANTENIMIENTO DEL STATUS QUO

La primera hipótesis podría esquematizarse diciendo que la creación cultural tiene como objetivo fundamental el de montar una teoría para que positivamente la colectividad social continúe en la misma situación en la que estaba. Como confiesa el viejo aristócrata al joven, en la novela titulada «*El gatopardo*»: «*conviene cambiar para continuar estando como estábamos*». El objetivo en consecuencia es neto. Es preciso arbitrar la forma y los medios para continuar estando como se estaba. Es preciso generar una cultura para que, en lugar de provocar el cambio, provoque justamente lo contrario.

Procurarán escribir y hacer problemas fundamentales los problemas baladíes. Se invertirán en ello sumas de dinero desproporcionadas. Se elevaron a la categoría de héroes y de mitos personajes con nula incidencia social. Pero siempre serán bien recibidos mientras la colectividad dirija su mirada sobre ellos y no se preocupe de los problemas reales. Los espectáculos (cine, teatro, canto), el estadio, incluso el propio orgullo local, será propiciado por una cultura que hará que la sociedad ni se movilice, ni cambie.

Como contrapartida, los que generan ese producto cultural son los que van a montar en el llamado tren cultural. El investigador que pasa su jornada ante sus aparatos en su laboratorio, será un desconocido para esa sociedad, mientras que el generador de ese tipo cultural será considerado como primera figura. No nos referimos a los actores de los espectáculos, ya sean teatrales, cinematográficos o deportivos, puesto que estos, al fin y a la postre, algo han ofrecido. Nos referimos a los que hablan y escriben de ellos. Unos están sujetos a la crítica. Otros son los pontífices que como *deus ex machina*, resuelvan todos los problemas a cambio de pingues y magníficos beneficios económicos y sociales.

Alguien pudiera pensar que esa posición es propia de unos pocos dedicados a los medios de comunicación. En realidad son los más, o si se quiere son pocos los que se liberan de esa fiebre. En un mercado consumista, quien más gana es quien más vale. Y si uno gana poco es porque vale poco. Entonces entramos en una dinámica curiosa. ¿Quiénes son los que diri-

gen y manejan el mundo del canto? Pues aquellos que positivamente ni cantan, ni pueden cantar. Los cantores bastante hacen con educar y cuidar su voz y aprender lo que luego van a cantar. ¿Quiénes son los que manejan los hilos del espectáculo de la danza? Los que ni danzan, ni pueden danzar. Igualmente, ¿quiénes dirigen el mundo cultural? Pues, siguiendo la estructura de la respuesta, podemos decir que aquellos que nada tienen que decir ni hacer, por no saber hacer ni lo uno ni lo otro, pero que sí tienen necesidad de ello para poder vivir.

Preocupados con hacerse, y con hacerse cada vez con más, generarán unos productos vendibles en un mercado que sólo quiere permanecer donde está.

Los artistas correrán el riesgo de convertirse en decoradores, los pensadores en publicistas y la gran masa los aplaudirá mientras el pobre Van Gogh se corta una oreja y más tarde se suicida, y Cezanne se pierde en L'Estaque. Mientras, los decoradores y publicistas procuran hacerse con más y más y sus partainaires les obligarán a escribir un determinado número de cuartillas al día. Su objetivo es ya tener y tener más.

Para ello, se acercarán a los que tienen. Estos, como es normal, les exigirán como contrarréplica una teoría que les permita continuar teniendo. Serán espléndidos con los primeros, pero siempre que secunden sus deseos. Los presentes cultos dirán que tienen que vivir. Lo que no saben es, que ya están muertos. Quien se ha propuesto «montar casa» desde joven, quizás lo haya conseguido. Quien se metió con «la dialéctica» desde joven, viendo que ésta es difícil y desagradecida, accede al mercado del tener. Pero lo hace tarde y sin salero. Lo poco que gana es recogiendo lo que, los que desde jóvenes se dedicaron a tener, le permiten alcanzar. No sólo están muertos, sino que incluso están vendidos y prostituidos.

Estos, a la larga, son los más duros con la colectividad de la que han salido. La conocen porque pertenecen a ella. Saben cuáles son sus apetencias. Pueden darles pábulo y satisfacerlas. No tienen nada y los que tienen les ofrecen algo que pueden tener. Los viejos poseyentes tienen mucho. Quieren tener más. Necesitan del recién llegado que no tiene nada. Son los perros de presa del verdadero poseyente. Este podrá mostrarse magnánimo, desprendido y liberal. Los recién venidos son los perros de pastor que muerden en las corvas de las ovejas.

Entonces serán creadores y consumidores de estilos de vida, de formas de pensar, de criterios para enjuiciar, incluso de formas de protestar que oculten su origen. No son de los viejos poseyentes. Son los burgueses que tan bien pintó Molière. Son del pueblo, pero esto es preciso ocultarlo. Generarán formas de vestir, de hablar, de aparecer, de manera que serán los verdaderos generadores de las formas aparentes e inauténticas por principio. Serán los generadores de la sociedad del consumo, frente a una cierta austeridad de los viejos poseyentes. Serán los conservadores, por la razón sencilla que acudiendo tarde y no preparados al mercado del tener, teniendo poco, no pueden poner a riesgo lo que tienen. Los viejos poseyentes pueden ser magnánimos, libertinos y liberales. Estos no. Tienen que poner de manifiesto su tener. El que mucho tiene, no tiene por qué esforzarse en manifestar lo que tiene. El que tiene poco y reciente, se esforzará en hacer ver lo que tiene, antes de que deje de tener. Surgirá una sociedad de la apariencia y de la opulencia. Para ello se rodeará de útiles que a la postre resultan inútiles.

Engendrarán así una sociedad de consumo, para poner de manifiesto que ellos son los más grandes consumidores. Serán los generadores de la sociedad del bienestar que, en lugar de llamarse así, debería llamarse la sociedad del «*aparecer más tener*». Movidos por esa dinámica engendrarán una situación en la que la novedad sea primada, para así cambiar y poder poner de manifiesto su más tener. Todo ello les llevará a engendrar una ideología que sirva para glorificar y ensalzar la novedad y la simple cosa.

Este bienestar, transformado en *más tener*, va a exigir una productividad y un orden.

Del tener al progreso, de éste a la productividad, y de ésta al orden. Como es normal los viejos poseyentes y los que más tienen van a hacerse con los servicios de esos que son capaces de generar semejante ideología. Como decíamos antes, copiando a Alain Touraine, lo malo del neocapitalismo no es que aliene, sino que incluso deja satisfecho y contento al mismo alienado.

Con ello los que más tienen verán por un lado acrecentado su más tener, consolidada su condición de dictadores de la historia, pseudo científicamente justificada su actuación, moralmente sancionada su explotación. Ellos, sin embargo, no apa-

recerán en público. Esos hijos del pueblo, que olvidan y quieren olvidar su origen, serán los presentes en las primeras filas del escenario. Los otros, ocultos en la tramoya, impondrán la letra y los movimientos de la comedia. Incluso se permitirán el lujo de presentarse como mecenas, liberales y creadores de lo nuevo, pero siempre con la condición de que no cambie la situación.

La teoría la elaboran otros, y la pondrán en práctica los mismos generadores de la teoría. Su teoría no se apoyará en las revistas de espectáculos o de deportes. Eso no es más que la apariencia externa.

En realidad de verdad su teoría llevará el sello del orden, de la pulcritud, de la cosa bien hecha, para así intercalar la teoría del *tener y más tener*.

Todo ello será nucleado en la cabeza de un triángulo, en cuyos tres ángulos aparezca como elemento fundamental la presencia de un poder fuerte, la anulación de un pensamiento crítico e incluso la incapacidad de pensar por cuenta propia. Ellos serán los que determinan qué es lo que se debe saber, hasta dónde y quiénes.

La teoría será pues, el justificante de una situación. Esta teoría será la más ampliamente desarrollada en nuestro momento histórico.

Surge así una situación en la que la alegría y la pena no son causadas por el vivir ni por el ser, sino por el tener; y el miedo a no tener generará la neurosis, y el deseo de tener, generará los odios y las guerras.

Pero esa misma estructura engendrará una situación en la que el hastío, la sin razón y el aburrimiento son elementos propios, y la necesidad de salir de ellos el máximo problema.

SEGUNDA HIPÓTESIS. CAMBIO CONTROLADO

Puede darse una nueva situación que parte del principio de que se mantenga esa misma estructura, según la cual, unos aparecen protagonizando la historia, otros dirigiéndola, y un tercer grupo nominalmente soportándola. Únicamente proponen como solución, la ampliación del segundo sector y el

rebajamiento de los integrantes del tercer sector. Propondrán una mejor distribución de la cultura y de la riqueza con lo que serán más los que actúen como directores o como ponedores en escena de los guiones que por otros, los del primer sector, se han escrito.

Pero siempre mantendrán un sector, que si se quiere se va a procurar sea poco aparente, e incluso se elaborará una teoría para que un sector, activo pero corto, pase difuminado y oculto. No siendo numeroso, sino más bien numéricamente corto, se puede conseguir hacerlo oculto en los entresijos de ese bosque que es la sociedad.

Propugnarán por todos los medios, engrosar el segundo sector tanto en función del acceso al mundo del saber como del tener.

Indudablemente, es preciso no perder de vista que este sector de población va a admitir toda una escala y unas gradaciones tanto en el saber como en el tener. Y claro está, hay un tercer sector, que está a la base y que es preciso vaya perdiendo densidad y peso específico en favor de una mayor densidad y peso específico del segundo sector, pero sin perder de vista que hay un vértice superior que es quien mueve los hilos de la historia.

Los del segundo sector serán los generadores de una teoría y de una cultura según la cual es preciso mantener, porque de otra manera no puede ser el esquema piramidal. Por supuesto es conveniente engrosar el segundo sector. Surgirán las fórmulas de participación, según las cuales van a ser más numerosos los poseyentes, y como decimos, harán surgir una teoría cuyo principio básico es el de mantener el esquema piramidal y no poner en cuestión tal sistema.

A fin de cuentas, su situación no es mala. Y sí se podría afirmar sin miedo, que es mejor que lo anterior. Antes no hacían historia sino que la padecían, pero antes carecían de todo lo que la sociedad ahora les da. Ahora tampoco hacen historia pero tienen, cosa de la que antes carecían. Entre ambas situaciones la segunda parece mejor.

Será preciso pues, generar una teoría que permita al mayor número de personas tener más. En el mejor de los casos van a añadir a esa teoría, según la cual sólo unos van a ser los protagonistas de la historia, una teoría, que permita controlar ese

quehacer. Pero nunca se plantearán, como problema, el romper el esquema piramidal.

Unos protagonizan la historia; cuanto más cultos y preparados estén se situarán más cerca del vértice superior, y desde ahí pretenderán criticar y controlar los hilos del poder. Y desde ahí procurarán hacer más partícipes a mayor número de personas en ciencia, cultura y poder económicos, pues también desde esa perspectiva serán ellos susceptibles de ser posibles compradores y clientes de lo que los máximos dictadores, en el sentido etimológico del término, puedan ir sugiriendo. Nacerán ciencias que procurarán por todos los medios hacer partícipes a todos en el saber, en el frigorífico y en las vacaciones pagadas.

Olvidan los que así piensan que en el ángulo superior del triángulo hay un vértice que es quien, en último término, decide qué saber, qué tener y cómo nacer y cómo morir y que está dispuesto a permitir trasvasar población de un sector, la base, a un sector segundo, la clase media, mientras ellos continúan en el poder.

Es preciso reconocer que esta situación es, sin ningún género de dudas, mejor que la anterior. Quien ha leído a los autores clásicos, antiguos, medievales, renacentistas, incluso del siglo XIX y ha constatado el género de vida que soportaba la inmensa mayoría de la población, no puede sino aplaudir y agradecer el progreso. Pero hoy mismo, si comparamos áreas socio-políticas distintas vemos la diferencia de las sociedades en las que hay un control del poder económico, vía fisco y presupuesto, del poder cultural vía universidad y libros, y del poder político, moral, ético, vía medios de comunicación.

Las sociedades, en cuanto están más desarrolladas, ven mejor satisfechas sus necesidades económicas y culturales, y mayor es su capacidad decisiva. Quien niegue esto está negando la evidencia. La prueba es que los partidos políticos, los sindicatos y los medios de difusión, son creaciones que los detectores del poder se han negado a aceptarlos y ha sido precisa incluso la muerte de muchos para poder alcanzarlos. Lejos de nosotros el pensar, que toda una serie de personajes y de situaciones sociales que se han dado en la historia, en esa zona noroccidental europea y americana, y que incluso se dan actualmente en muchas áreas en particular de Asia y de África, puedan pasar desapercibidas.

El progreso es indudable y no de fácil acceso. Sin embargo, es preciso seguir cuestionándose, no para deshacerse de algo, que, como decimos ha sido difícilmente conquistado, sino para hacerlo mejor. Si no tenemos inconveniente en reconocer que la historia de Europa, la ha encaminado a una triunfal desventura, -cuyo más claro exponente sería el Fausto de Goethe- y que Europa arranca en Grecia y concluye en Hegel, y que desde él nos encontramos dando golpes contra el muro; si no tenemos reparo en admitir que tenemos necesidad de volver a los presocráticos para plantearnos de manera nueva qué es vivir y cómo vivir, no con ello queremos privarnos ni de Platón, o Aristóteles o de Tomás de Aquino, Descartes, Spinoza, Kant o Hegel.

Sencillamente decimos con Fausto que ese camino que ha recorrido Europa nos ha conducido a una situación, que ofertada a un perro, no la quisiera para sí.

No se trata de deshacernos de lo difícilmente conquistado. Únicamente afirmar que es preciso seguir otra ruta.

El hacer acceder al estado del bienestar a la mayor parte de la humanidad sería un magnífico logro y sólo ponerlo en duda puede parecer como un diletantismo de quien se halla asentado en él.

Pero es preciso replantearse el problema. El estado del bienestar se convierte no en tal, sino en el estado del *más tener*. Efectivamente no es poco, sólo que no es suficiente. Para quien no ha comido nunca a satisfacción, acceder a la mesa y sentarse en ella es su máxima ilusión. Quien está en el triángulo superior de la pirámide puede ser una coartada para de esa manera mantener su status quo.

Surgirán así movimientos sociales, políticos y culturales para hacer acceder a la mesa a la mayor parte de la humanidad. Incluso nacerán ciencias, como la psicología, la sociología, la política y mil más para hacer amable la estancia. Como hemos indicado repetidas veces, lo malo de la sociedad neocapitalista no es que aliena, sino que incluso deja satisfecho al alienado; no es que domine y no permita hacer la historia propia y auténtica sino que incluso deja contenta a aquellos mismos que ha privado de su propia condición de humanos, pues haciendo la historia, la padecerán.

Por todo ello, exponiendo nuestro punto de vista, hemos de procurar no caer en una situación que aparece repetida a lo largo de la historia, desde los tiempos de Aristófanes. No es suficiente una crítica si no va unida a una nueva teoría que permita deshacerse del esquema estructural de la pirámide. Pero tampoco es suficiente el pretender salir de ese esquema y actuar como si de hecho no existiese.

Si la dinámica de nuestra sociedad está nucleada no en el ser, sino *en el tener*, y uno ocupa un rango determinado en función de la cantidad de tener, de la que es poseedor, esa dinámica no se rompe adoptando una postura de no tener y considerar esa postura como contestataria y revolucionaria, cuando lo que es, es una teoría reaccionaria.

La sociedad del *más tener* podía preparar espacios, lugares y modos de vida en donde esos que se oponen al más tener, puedan vivir jugando al no tener para salir de esos espacios cuando les parezca oportuno o tengan necesidad.

Nos referimos a diversos movimientos culturales que propugnaban unos movimientos de anti-cultura, surgidos con formas varias, pero que mantienen el mismo esquema estructural. Únicamente que ellos aparecen como ajenos a esa dinámica. Pero se muestran incapaces de elaborar una teoría según la cual todos seamos sujetos agentes propios de un proceso histórico. A quienes pretendan solucionar el problema de manera individual la sociedad les permitirá jugar de esa manera mientras no pongan un riesgo a la misma sociedad. El problema es colectivo y social, y colectiva y socialmente se podrá solucionar.

Nos montamos pues en una estructura triangular en cuyo vértice superior se halla un grupo dictador, en el sentido etimológico del término.

En una esfera inferior, un grupo cada vez más amplio. Y en la base del triángulo la gran masa de la humanidad.

En esta estructura, el vértice superior engendra necesidades y plantea preguntas. Platón en La República ya previó este esquema e indicaba cómo el dictador puede dominar a una población, y el remedio que propugna es el de endeudarlo y tenerlo así colgado a la deuda de la letra de cambio.

TERCERA HIPÓTESIS. RUPTURA DE LA PIRÁMIDE. PROCESO

Es preciso adaptar una decisión, aún cuando luego la forma de llevarla a cabo haga aparecer que es otra.

La decisión es que toda la colectividad en la medida de sus posibilidades debe protagonizar el proceso histórico. Que éste no puede ser protagonizado por unos pocos. Agentes de salud serán los médicos y los auxiliares sanitarios, pero también son los servicios de limpieza y los constructores de todos los conductos por donde van a parar a las depuradoras las aguas fecales. Igualmente agentes de la justicia serán los abogados en sus diversas funciones, pero también los hombres buenos que son capaces de hacer serenar los malos humores.

El problema está, en que esto supone un cambio en cuanto es preciso hacer consciente a toda una colectividad. Esto aparentemente banal no lo es tanto puesto que todo cambio es un hecho, y como tal necesita un tiempo.

Todo hacer, no importa cuál, necesita un tiempo para poder llevarlo a término. Efectivamente, se podrá hacer de una o de otra forma, más rápido o más lento, pero lo que no se puede es dejar de tomar en consideración el tiempo. Por no haber tomado en consideración la condición temporal de todo hacer, han fracasado no pocas propuestas de cambio.

Citábamos más arriba el mito de la caverna de Platón. Allí los que se oponían a ver la luz del día eran los humanos, habituados a ver siempre en sombras. Sacados de golpe a la luz del sol, vuelven a la situación primitiva. Pero no sólo eso.

Si hay una situación de hecho, ésta es fruto de un proceso de gestación, de desarrollo y de mantenimiento. Si hay una situación de hecho, hay toda una serie de fuerzas que la mantienen. Caso de no existir esas fuerzas, la situación variaría inmediatamente. Por ello, es preciso tomar bien en consideración la situación de las personas que van a ser cambiadas y la situación de las fuerzas que mantienen esa situación de hecho. Sólo en la fantasía y en el deseo se dan los cambios inmediatos.

Junto a ello, también será preciso tener en cuenta que puede acelerarse el proceso. Pero para ello, además de eso que de-

cíamos, será preciso saber aprovechar las propias fuerzas que propician el cambio. Es necesario no perder de vista que, en todo lo que existe, hay una fuerza que le impulsa a ser y otra que le impulsa a desaparecer. Es preciso saber aprovechar esa fuerza que está generando su muerte, para desde ella generar el cambio. Caso contrario no se generará el cambio y sólo se dará un cambio aparente.

Si la estructura es triangular y piramidal es preciso introducir una cuña lo más cerca posible del vértice superior para poder estirar los brazos de la pirámide.

Y esto no se consigue de golpe y por decreto. Cuando el vértice superior estaba apoyado sobre el altar, hicieron falta siglos para que la espada y la corona introdujesen el cambio. Y cuando se desarrolla la fuerza de la inteligencia, son necesarios siglos para que este cambio consiga incrustarse entre el altar y la corona. Hoy sabemos que el ser humano no es una cosa que piensa sino algo que puede. Este poder hacer, va a generar el cambio. Desde ahí, entonces, es preciso conseguir que los seres humanos sean capaces de hacerse. Y vincular el poder hacer, no con el tener, sino con el ser. Ser sí mismo, porque es capaz de hacer ser, a lo que sólo es real. Enseñar a hacer, supone enseñar a imaginar y enseñar a decidir. Hasta Sócrates, los hombres aprendieron a trabajar la memoria. Todo el mundo de Homero se asienta en la memoria. Con Sócrates se comienza a trabajar la razón y la lógica y con ello desarrollamos la matemática y la física. Memoria y razón son las bases de todo nuestro sistema educativo. La presencia de computadoras hace inútil o menos útil la memoria. Las máquinas de inteligencia artificial hacen que la lógica vaya a ser menos utilizada. Será preciso enseñar a hacer y para ello, desarrollar la capacidad imaginativa-simbólica y la capacidad de decisión.

No se trata, en consecuencia, de hacer acceder del tercer estadio al segundo estrato. Es preciso generar otro tipo de hombres. Si al altar como protagonista, le suplantó la fuerza física y moral del trono, a éste le suplanta la toga. Mañana serán otros hombres los que protagonizarán el proceso histórico.

Si queremos que los pueblos y los hombres todos, sean sujetos agentes de una historia propia, será preciso que todos, o la mayoría, sean dueños de su destino y será preciso arbitrar formas de convivencia, que efectivamente, vinculando a las per-

sonas entre sí, no las anulen, formando masas, sino sociedades que permitan romper el triángulo.

Lo que es preciso recalcar es el positivo posicionamiento de ruptura del triángulo, sabiendo de antemano que, tanto por los que están en el vértice superior como en la base, nos vamos a encontrar con serias oposiciones, por lo que será preciso programar el trabajo y tomarlo con calma.

Será preciso, como decíamos antes, la presencia de fuerzas conscientes y programadas para ser efectivas. La experiencia reciente nos dice, bien a las claras, que un cambio de protagonista en la escena no soluciona el problema. Como indicábamos arriba es preciso olvidarse de la dialéctica del dueño y el esclavo para hacer que toda la colectividad sea sujeto agente propio de la historia. Y para esto es preciso una teoría.

Pensar que por mera ley histórica de ampliación del segundo sector el vértice se rompa, es olvidar la fuerza del vértice.

Para empezar, es preciso determinar bien quién es quien compone el vértice. Cuando los poseedores o los ejecutivos de los fondos de pensiones, solamente norteamericanos, son capaces de aglutinar una suma de dinero diez veces mayor que la que pueden sumar los siete directores de los bancos centrales de los países más ricos, hace que el planteamiento sea diferente al que pudo haber sido hace veinte años.

Por todo ello, será preciso elaborar una teoría en la que se reconozca a toda la colectividad el carácter de sujeto de la historia. Para ello será preciso arbitrar medios que controlen las fuerzas económicas transnacionales y las redes de información, de manera que el pueblo salga de esa base del iceberg y aflore a la superficie, de forma que a esas nueve décimas partes que se ocultan bajo la superficie se les haga reflotar, haciéndoles conscientes de su situación y dotándoles de las fuerzas precisas para hacer frente a otras que están enfrente. Hubo un período en el que al poder político se le sobrepuso el poder de los partidos y la división de los poderes. Más tarde, al poderío económico se le sobrepusieron los sindicatos, los impuestos y el poder fiscal. Actualmente, ante el poder económico, informático e informativo de las transnacionales, será preciso arbitrar un control. Lo que es evidente es que el destino de colectividades no está sujeto a ninguna ley, a ningún control, y sobreviven éstas (las

colectividades) en función de la mera ley del mercado, haciendo inútiles los esfuerzos de gobiernos y colectividades enteras.

Será preciso pues, en primer lugar, saber quién ocupa el vértice superior y luchar contra él, difuminando y controlando su poder. Caso de no hacerlo, el que posea la fuerza irá haciéndose con los logros todos de la colectividad, dejando a ésta más desprovista y desilusionada.

Se requiere, en consecuencia, una teoría que nos permita la perfecta acomodación de los hombres a unos esquemas previos. Durkheim, consciente de la mala adecuación entre las personas y las instituciones, buscaba una ciencia que hiciese posible esa adecuación. Marx, propugnaba la ruptura de las instituciones. Hoy, visto el tiempo, podemos decir, que ni un planteamiento ni otro son válidos. Es preciso crear una estructura horizontal que supla a la estructura piramidal.

NUEVAS ESTRUCTURAS TEORÉTICAS

Como aparece claro, la gama de estructuras de teorías se amplía y cambia cualitativamente.

En el primer caso, el vértice impone su teoría, que no es sino ideología de una situación dada, en la que el pueblo realiza la historia, pero que no es sujeto agente de la misma, sino sujeto paciente, que sigue los dictados de un vértice superior.

En el segundo caso, el vértice, a través de unos elementos salidos del pueblo, elabora una teoría del progreso y del bienestar, que en realidad se convierte en la sociedad del *más tener*, para lo cual elaborarán una teoría que exigirá orden y autoridad fuerte, para así permitir tener una serie de cosas que son buenas y que dejen satisfechas a las personas.

En el tercer caso, los elementos salidos del pueblo y que acceden a la sociedad del *más tener*, van ampliándose y procuran que este grupo se acreciente, manteniendo, eso sí, la misma estructura triangular. Procuraron hacer acceder a la mesa del bienestar a la mayor parte de la población, pero siendo unos pocos los que determinen y decidan quiénes, dónde y qué comen los recién llegados.

También aquí la dinámica del *tener* domina. Nacen ciencias que permiten el transvase de más elementos hacia el segundo sector, y nacen ciencias para ofrecer los útiles que les puedan dejar satisfechos e incluso dejarles contentos, pretendiendo conseguir un equilibrio perfecto entre los hombres. Todo menos romper la estructura piramidal, manteniendo la dialéctica del dueño y del esclavo, dándose incluso una alternancia en el mundo de los dueños, aún cuando todo ello sea falso oropel, inauténtico, falso y aboque a toda la humanidad a una situación de desencanto, de frustración, que procurará paliarlo con unas realizaciones evasivas y erráticas. Será una situación óptima para que afloren dictadores que hablen claro, aún de lo oscuro, que hablen simplemente, aún de lo complejo, porque la mayor parte de la humanidad no sabe qué hacer y deambula.

Es preciso elaborar una teoría, no improvisada, que permita a la colectividad ser sujeto agente propio de la historia. El fenómeno de aculturación deberá tomar en consideración cuál es la realidad sociológica de cada grupo cultural. Cada uno de ellos es una verdadera creación, que pone de manifiesto la plasticidad de la condición humana y las diversas maneras de solucionar los problemas que la vida nos plantea.

Será preciso hacer consciente a cada grupo cultural de la importancia que tiene su aportación. Pensemos qué sería hoy de Europa si los indios americanos no hubiesen cultivado la patata. Pero no basta con hacer consciente a un colectivo de lo importante de su aportación, que igual que es pasada puede ser futura, sino que será preciso hacerles capaces de asumir el riesgo de vivir con todo lo que de oscuro tiene el futuro, y todo el riesgo que supone ser capaz de dar un paso, en cierto modo, en el vacío. Es preciso un cierto margen de insensatez para poder abrir nuevos surcos y establecer nuevas maneras de pensar, de nacer, de amar o de morir.

Aún repitiéndonos, es por ello preciso hacer conscientes a los pueblos, de que a menudo, gracias a la ayuda que otros pueblos han prestado, se han convertido en sujetos capaces de creaciones propias. De la misma manera que el hijo, gracias a sus predecesores y a sus padres, llega a una madurez, y por ello, es capaz de crear una vida, que siendo continuación, no es repetición de las de los padres. Es preciso romper el cordón umbilical en el momento en que es capaz de vivir una vida autónoma. El hecho de haber estado unido al feto materno, no le

obliga a permanecer atado de por vida. Si esto ocurre en el terreno biológico, lo mismo ocurre en el afectivo, cultural y creativo.

Pero no basta hacerlos conscientes, es preciso que cada colectivo desarrolle sus propias fuerzas creativas y decisorias.

Será preciso pues, desarrollar una teoría que permita analizar bien las circunstancias reales y concretas de cada colectivo, las posibilidades que tiene de llevar a término sus proyectos, los modos y procesos de concretarlos, y la manera precisa de hacer frente a aquellos que se oponen a su historia propia.

Una teoría bien difícil de concretar y positivamente no imprevisible, pues su función es radicalmente práctica y física ya que se trata no de hablar sino de hacer una historia y no una historia cualquiera, sino una concreta, propia y auténtica.

FORMAS DE LLEVAR A EFECTO LA TEORÍA

Será preciso convertir a un sujeto pasivo en sujeto activo.

Dentro de ella, como es normal, habrá sectores más o menos prioritarios. En un momento dado hablábamos de los movimientos de las amebas. También en este proceso de convertir un pueblo de ser un en-sí, a ser un en-sí para-sí, no todo el campo social será igualmente y al mismo tiempo movilizable, entre otras cosas, por carecer de los medios necesarios.

Si una teoría no realiza esa función no será teoría, y en el mejor de los casos será ideología que permita mantener el status quo. No se trata de saber por saber, ni saber verdades como juego, como tampoco se trata de saber *para tener*, sino saber *para ser*.

Esta funcionalidad del saber, que puede aparecer como un utilitario corto, es algo que Occidente ha olvidado o que le han hecho olvidar.

Cuando Aristófanes en «*Las Nubes*» critica el saber que Sócrates vende en «*la pensadería*» como el pescador vende pescado en la pescadería, es un saber que, quien quiere hacerse con él, lo hace con la intención de no pagar las deudas que su hijo había contraído en las carreras de caballos.

Y cuando Platón escribe sus diálogos, centrándolos en Sócrates, todos los demás interlocutores son jóvenes pertenecientes a la pequeña burguesía, urbana, comercial y mercantil que está surgiendo en Atenas.

Y cuando más tarde surge en el siglo XIII toda la serie de Universidades en Europa, aparecen éstas al unísono con la aparición del gótico, de las ciudades, burgos y burguesía. Antes que ellas (las Universidades) existían los centros de culto, las escuelas abaciales y el arte románico.

Y si analizamos las cartas escritas por Descartes, vemos que sus interlocutores también son burgueses. Nada digamos de la Ilustración y la Revolución Francesa. Molière, Balzac así como Carlos Dickens nos dan buena muestra de esto que queremos indicar.

TEORÍA Y SOCIEDAD

Cuando el hombre se pone a preguntar es porque no sabe.

Pero no basta saber que no se sabe. Es preciso que eso que no sabemos y que conocemos nuestra situación, sea interesante para nosotros. Caso de no interesarnos, aún cuando no sepamos y sepamos que no sabemos no nos pondremos a saber.

En consecuencia es preciso un saber que nos interese y que supla nuestro no saber.

En el caso de que nos interese realizar una historia auténtica y propia, es preciso seamos nosotros los sujetos del surgimiento de las preguntas y de la manifestación de las necesidades.

Ahora bien, es propio de la condición humana el ser vinculable y vinculado y no como consecuencia de un proceso, sino como punto de partida físico y real. Somos con los otros, sin ser los otros, haciendo surgir un nexo y un pacto que es físico, sin que ninguno de nosotros perdamos nuestra identidad personal. En consecuencia, es ese colectivo que se manifiesta en una vinculación a la tierra, en una mentalidad, en una tradición, lo que será preciso recrear día a día, valiéndonos continuamente de materiales viejos, pero haciendo surgir algo nuevo; que incluso nos sitúe en nuestra relación con los demás, y

nos permita hacer ser, o si se quiere, actualizar a la realidad, de una manera y manejando la mano y los utensilios de una forma concreta; es entonces cuando podemos realizar una historia auténtica a una con los miembros del colectivo al que pertenecemos y a una con todos los demás colectivos.

Esta teoría tiene una función que ya la hemos expuesto más arriba. Será preciso tomar en consideración el punto de partida, el punto de llegada, el ritmo y las formas del proceso.

Todos los puntos de partida no son idénticos. Los puntos de llegada, en general, podrán ser iguales: ser dueños de nuestro propio destino, de forma que mi destino no esté en manos de otros. Y los procesos también serán distintos.

NOVEDAD Y AUTENTICIDAD

Esto que parece elemental, frecuentemente no se tiene en cuenta. Nadie duda de que para construir un puente, es preciso, en primer lugar analizar la naturaleza del terreno sobre el que dicho puente se vaya a asentar. Ya sabemos que lo que se pretende es superar el río, pero si los vados del mismo son fangosos, arcillosos o rocosos, será una realidad de la que no se puede prescindir. Igualmente en la historia. Cada persona y cada pueblo tiene que ser sujeto propio de su devenir histórico, sin que nadie se le anticipe haciendo, sufriendo y gozando con lo que él debe hacer.

Podrá imponerse por las armas, por la economía o por la influencia de los medios de comunicación. Ahí sí que no hay diferencia. Hay una persona, hay un pueblo que no hace su historia. Que nadie le prive de la preocupación de tener que arrastrar el riesgo de decidir aún cuando a veces lo haga positivamente mal. Cada uno es dueño de su existencia y cada uno somos a una con los otros, y los pueblos igualmente a una con los otros, y necesiándose mutuamente.

Por ello, cada persona y cada pueblo deberá generar su teoría propia. No hay duda de que ésta será realizada en virtud de los pueblos que le rodean, pero deberá consistir en una auténtica creación que responda a la situación concreta en la que se encuentra.

Para ser teoría auténtica deberá ser teoría nueva, pues a cada momento que pasa la realidad de esa persona y de ese pueblo están cambiando.

Es preciso mirar hacia atrás, pero justamente para captar la novedad de cada momento. Y saber plasmarla en un nuevo momento, evitando caer en el folklorismo que estereotipa una pregunta pasada, como si sólo ella fuese la propia. Cada momento tiene su pregunta. Saber entrever en el entresijo de un futuro sin hacer es cosa harto difícil. No pocos proyectos políticos o culturales han fracasado por haber ofertado a la colectividad, preguntas y necesidades, válidas y apremiantes, en un pasado concreto, pero que no encarnan el momento presente.

Pero si no cabe caer en un folklorismo trasnochado, tampoco cabe ofertar preguntas y necesidades que han encontrado respuesta y han sido satisfechas en otras latitudes. Los trasvases miméticos tampoco son válidos. Efectivamente, es preciso informarse del pasado propio, como es preciso estar en conocimiento de cómo han resuelto otros sus problemas. Ni las personas ni los pueblos son imprescindibles, pero puesto que son, tampoco son intercambiables. Los mismos períodos de la vida de una persona son continuos y constantes creaciones. El presente no es el pasado y un algo más añadido. El presente está anclado en el pasado, pero es algo radical y enteramente nuevo.

No cabe, en consecuencia, la importación de teorías más o menos exitosas. Toda teoría, en último término, no es sino la tematización de una manera de realizar la condición humana y ésta es intransferible. Todo pensamiento no es sino la conceptualización de un haber humano. El proceso de homonización es conveniente sea objetivado para sí. No es más que analizar la marcha del proceso y juzgar si las decisiones eran las que concretamente debían ser tomadas. Es preciso reconocer a priori cómo el proceso se lleva a cabo tomando decisiones, que no está asegurado el que todas las respuestas sean las convenientes, y ciertamente, se puede afirmar, que hay respuestas y satisfacciones que no son las adecuadas.

Eso exigirá una objetivación, una especie de parada del proceso, cuando esa misma parada forma parte del movimiento que es el proceso.

Pero lo que positivamente no se puede, es transvasar haber humano objetivado. Caso de hacerlo será preciso hacer uso de

la fuerza, ya sea física, moral, económica, y actualmente, a través de los medios de comunicación, de la fuerza ideológica, para que, lo que es fluente como un río y variable como las formas del juego, sea metido en un molde previamente ofertado. Todo menos dejar que el agua discurra por donde le parezca oportuno, o que el fuego no diseñe las figuras más convenientes.

Pero si ni el folklorismo, ni la importación son soluciones válidas, tampoco lo es el elitismo de salón, que, separado de la colectividad, determina y dicta por dónde debe caminar el pueblo, no olvidando que por elitismo entendemos toda clase de fascismo, según el cual un grupo reducido, ya sea hombre heroico, pueblo puro, raza, vanguardias de diverso tipo, intenten imponer al resto su punto de vista.

No se trata de caer en un populismo. Sencillamente, se trata de elaborar una teoría según la cual la comunidad humana es, y no sólo debe, sino que es la artífice de la historia. Y si es tal, sólo a ella le tocará decidir por dónde caminar.

En épocas recientes hemos sido testigos de pretendidos protagonismos, porque el pueblo estaba alienado, para a la postre alienarlo más y mantenerlo en el alienamiento, ya que está probado, no teórica sino históricamente, que las teorías que han propuesto un cambio, y él revolucionario, es decir total, todas lo han hecho con la sana intención de no volver a cambiar. Con lo cual, accedemos a una situación en la que los protagonistas del cambio, siendo ellos tales, es decir protagonistas, no están dispuestos a abandonar tal situación, por la explicación ideológica de que si ellos no protagonizan la nueva situación, se corre el riesgo de perder las cotas alcanzadas y volver a situaciones pasadas.

RAÍZ FILOSÓFICA DEL PLANTEAMIENTO. PRIORIDAD DEL YO. ELITISMO. DISTINCIÓN

El problema no es político, es mucho más radical. Es eminentemente filosófico, que como es normal, aparece luego en el plano político.

En un momento de la historia, los hombres como Sócrates, Platón y Aristóteles se preguntaron qué es ser. La pregunta es

de trascendencia histórica radical, y en función de esa formulación Occidente se separó del resto de los pueblos porque, puesta la pregunta por el *ser*, se respondió a la pregunta de *qué es el agua, el fuego y la tierra*.

Pero esa pregunta, que está bien formulada y que ha acarreado un sin número de beneficios, se deslizó, y luego de preguntarse por el *qué es ser*, se deslizó imperceptible, pero realmente, hacia otra pregunta que es parecida, pero totalmente distinta.

En lugar de responder a la pregunta *qué es ser*, se preguntó por el *quién es el que es*. Y se respondió diciendo que era la naturaleza, era la sustancia, era Dios.

Y cuando en el Renacimiento Descartes quiere saber qué es el fuego, eso que quema, calienta y da luz y no se conforma con que le digan es una sustancia, un accidente o una forma, parecía que Descartes retomaba la primitiva pregunta que, como decimos, estaba generando grandes beneficios, pero dejaba en la penumbra todas otras muchas preguntas, desde nuestra perspectiva nos da la impresión y nos causa la alegría de haber tocado fondo. Pero también Descartes, que como nosotros se debatía en la desorientación, en lugar de responder al *qué es ser*, responde al *quién es*, y la respuesta que da es, que aún cuando me equivoque, mientras que pienso «yo soy».

Y esa iba a ser su primera verdad y verdad fontal, de la que como de una fuente pudierase sacar todo el resto de las verdades.

Y todo ello, ¿por qué? Pues porque preguntándose por el ser del fuego, quería tener una respuesta de la que no se pudiera dudar jamás. «Yo soy» será pues la primera, modélica y fontal verdad, por la razón sencilla de que entre el «yo» y el «soy» no es posible que nadie introduzca el error o la duda.

A partir de Descartes, en un primer momento, todos los pensadores de la época se cuestionaron cómo funciona ese «yo» que Descartes ha puesto como pudiera angular de su edificio. Luego de una serie de años y de pensadores meritorios, la pregunta, sobre todo después de Kant, se va a desplazar, y la humanidad se va a preguntar *quién es ese «yo»*.

Será preciso que venga Hegel y nos abra una brecha en el yo. Para Descartes sólo el yo se libraba de las llamas de la duda.

Hegel nos hace ver que el mismo yo entraba en el mundo de la desesperanza. Y a partir de ahí, durante años, se pretendió dilucidar quién era ese yo sobre el cual era preciso construir todo el entramado. Y serán, como decíamos más arriba, o bien un hombre heroico, un pueblo o una raza pura, o una clase social. Siempre habría un yo que, como decíamos, fuera la piedra angular y sobre la que era preciso asentar todo el resto de las piezas del puzzle. De ahí, entonces, que a la hora de plantearse el problema de la historia se buscara un protagonista de la misma, siendo los demás comparsas.

Esto ha sido hasta fecha reciente. Marcuse busca un protagonista de la revolución en los años 70 y da respuestas diversas. Antes que él Sartre afirma que «el infierno son los otros».

Hoy estamos en situación de decir que si existe un «yo» es porque existen otros muchos. Boas indica que para que nazca una persona, sólo en el corto período de quinientos años, han sido precisas las intervenciones de más de un millón de personas.

Pero el hecho cierto es que siendo el «yo» un valor en alza, cada vez somos más conscientes de la presencia de los otros en nuestras propias existencias y que éstas no serían personales, y no alcanzarían su meta, si no es gracias a los demás. Nuestra salud está en manos de todo el personal sanitario, pero no lo está menos en manos de todos los servicios de alimentación, farmacia, limpieza y no sabemos cuántos más.

Por ello, estamos en condiciones de no buscar un protagonista de la historia y ver a ésta como hechura de toda la humanidad.

Ahora bien, si no podemos caer en un folklorismo que nos permita hipostasiar, como única forma posible de ser, de un colectivo, que como tal es histórico y es fruto de un proceso, y si no podemos buscar concreciones exitosas en otras áreas geográficas o históricas para miméticamente transvasarlos a otras áreas, y es preciso realizar una verdadera creación que sea propia y nueva, ello no quiere decir que cada vez que queramos crear algo, ni tan siquiera nos tomemos la molestia de informarnos cómo han resuelto otros su problema.

Desde esta posición se requiere una teoría creada por cada colectividad, propia, nueva y de cada colectividad, que no tiene por qué empecinarse en ser distinta de las demás. La distinción no es elemento constitutivo de la autenticidad. Quizás en

algunos casos será consecuencia de la misma. Pero es preciso hacer hincapié a la hora de generar esa respuesta adecuada, a que sea tal, porque se toman en consideración todas las circunstancias y se es capaz de hacer frente a la realidad. Como es normal, tendrá elementos comunes y elementos distintos, pero no son menos constitutivos los comunes que los distintos.

Los elementos comunes de varias respuestas auténticas y adecuadas al momento, no invalidan esa consideración.

No pocas teorías culturales han mostrado su incapacidad de solución, por no tomar en consideración los elementos comunes y considerar a estos como elementos menos constitutivos que los distintivos.

En el mundo de la necesidad, se dan muchos elementos comunes a varias historias. Uno de los graves problemas que es preciso superar, es el de no separarse del mundo de la necesidad, y en la condición humana, en no importa qué geografía o en qué momento de la historia, hay toda una gama de necesidades comunes que es preciso satisfacerlas.

Si es preciso evitar el folklorismo, y es preciso evitar la importación mimética, no es menos preciso caer en un elitismo, que buscando lo propio, busca lo diferenciativo y llega a proclamar que existir es distinguirse, cuando *existir es ser y ser supone saber hacer frente a la realidad*, hacerla quedarse y hacerla ser, y en la misma medida, encontrarse y hacerse dueño de su propio ser.

Cuando hay que transformar una realidad, es preciso tener el coraje para saber enfrentarse con ella, aún y precisamente porque es una realidad que nos desagrada: *folklorismo*, *importaciones miméticas*, y *elitismos* serán los tres escollos que será preciso evitar.

TEORÍA Y LLAMADA DE LA TIERRA. REALISMO E IDEALISMO

Para esto es condición indispensable que los generadores de ese cambio vivan en una unión íntima con la colectividad que quieren transformar. Héroe de un momento dado, que por unas u otras circunstancias se han separado del pueblo, -al cual ellos dicen estar profundamente unidos-, pasan a ser persona-

jes de segundo rango, porque la verdad que en cada momento requiere y acepta una realidad social, es aquella concreta que sólo quien se ha quitado la ropa de sabio y se ha puesto en contacto con su colectividad, como le aconseja Wagner a Faust, es capaz de engendrar.

Pero si a la hora de elaborar una teoría que sea capaz de transformar una realidad en-sí, en una realidad que, sin perder su yo, sea también para-sí, es preciso tener en cuenta y tomar en consideración el punto y la situación de hecho, de arranque, no menos importante es tomar en consideración su punto de llegada. Como dice Hegel la meta está al comienzo. Es la meta la que obliga a salir del lugar en donde se está. En la dinámica pasado, presente, futuro, prescindir del pasado y del presente es un infantilismo que nos aboca al fracaso, de la misma manera, prescindir del futuro no es menos estéril e incluso senil.

La meta está orientando no sólo la salida, sino incluso el proceso y la ruta; deberá estar actuando como censor de todos los pasos previos, juzgando si son o no los adecuados.

El fin está en llegar a la meta. La meta es conseguir que la humanidad toda entera sea verdadera protagonista del proceso histórico. Las acciones serán adecuadas o inadecuadas, en la medida en que vayan acercando cada vez más la meta, en la misma medida en que la meta se vaya haciendo realidad real y no publicitariamente falseada.

Pensamos que una teoría no es para hablar, ni para explicar, sino para transformar una realidad, que de no conseguirla, camina hacia el absurdo.

Si se llevase a término el planteamiento, creemos se puede afirmar, que es el término del proceso transformatorio quien va a dirigir la misma elaboración de la teoría. Es el hecho de que la humanidad toda entera sea sujeto agente de la historia, la que va a dirigir la misma elaboración de la teoría.

Alguien pudiera pensar que es una teoría quimérica, pero no lo es tal puesto que la humanidad es una realidad continua y constantemente mutante y en consecuencia será preciso reconducirla a ser lo que tiene que ser. Este es un equilibrio que, como tal, es inestable. Será preciso continuamente deshacer un edificio para hacer surgir otro nuevo, teniendo siempre en cuenta que es propio de la condición humana, no sólo la de ser

inacabado, sino inacabable. En consecuencia, cada nueva situación conquistada, va a generar una nueva humanidad, para la cual será preciso generar una teoría capaz de ofertar una respuesta adecuada. Lo adecuado de ayer, no lo es hoy y lo de hoy no lo es mañana.

Sin análisis del carácter real histórico hay muchas posibilidades de generar respuesta inadecuada. Sin tener bien claro qué es lo que queremos, corremos también el riesgo de generar respuesta inadecuada.

Debe existir una perfecta correspondencia entre el fin y los medios. El fin nos indicará cuál es el medio conveniente. Pero el medio no nos garantizará llegar al fin.

En consecuencia es preciso, no sólo un sentido de la realidad del concreto histórico, sino que es preciso ver lo concreto en su realidad en función de la idealidad de la meta que deseamos alcanzar.

Se requiere un máximo de realidad y un máximo de idealidad, de irrealidad, de forma y manera que este irreal, sea más real que lo presente. Sólo desde esa dinámica, por el no ser de lo ideal, abandonamos el ser de lo real y caminamos según un proceso cuyo ritmo va a ser puesto en función de ambos. Encontrar un equilibrio entre ambos procesos es tarea harto difícil.

Los realistas hacen alarde de tal, y permanecen en el presente. Los idealistas, en su utopismo, son estériles. Conjugar realismo e idealismo es condición necesaria para llevar a cabo un proceso histórico adecuado.

Sólo cuando desde un idealismo realista se elabora una teoría se podrá conseguir que la humanidad se movilice, deje de ser comparsa, y las personas y los pueblos todos, protagonicen un proceso del que no va a ser posible eximir un margen de azar y de imprevisibilidad.

Hay una situación que vemos como problemática, en cuanto que siendo la historia hechura de todas las personas y de todos los pueblos, aportando a ese río cada uno su gota de sangre y su gota de esfuerzo y de alegría, ese proceso es preciso que se realice consciente y responsablemente. Citábamos el caso de la salud, pero si tomamos entre manos cualquier otra dimensión humana, vemos que ella se lleva a efecto con la apor-

tación de todas las personas y pueblos. En consecuencia, siendo todos agentes, es preciso que nadie se arrogue protagonismos exclusivistas.

NECESIDAD DE UNA NUEVA TEORÍA

Se trata pues, de elaborar una teoría, que no sea válida para consolidar una situación dada, ni tan siquiera para aprovechar, con el mínimo gasto, la situación presente, sino de elaborar una teoría capaz de deshacerse de una situación en la que la sin razón domina, para hacer efectivamente presente otra situación en la que la humanidad, conformada por personas y pueblos que no son otra cosa que manifestación de la plasticidad y la riqueza de posibilidades de realizar la condición humana, sea sujeto activo de la historia y no mero sujeto instrumental de la misma, de manera que las personas y los pueblos sean fines y no medios para satisfacer los deseos de unos pocos, porque con el formato actual ni tan siquiera se consigue esto.

Esta teoría, como es normal, deberá ser engendrada por personas concretas. Personas que desde un inicio rechazarán la situación existente, en que la gran mayoría es causa instrumental, y desde un comienzo, a lo largo de un proceso, consiga que la humanidad sea sujeto y fin de la historia, convencidos que los problemas personales e individuales sólo alcanzarán solución y respuesta adecuadas cuando la colectividad esté en esa situación. Es el viejo problema planteado por Platón en La República, de que sólo en una sociedad justa, las acciones individuales podrán generar justicia, mientras que en una sociedad injusta, -siendo ésta un conjunto estructural-, las acciones individuales, -aún cuando hayan sido puestas en práctica con intención y voluntad justa-, van a generar consecuencias injustas.

Todo ello, va a suponer que los autores de esa teoría se verán obligados a retirarse de la vorágine de la vida cotidiana para analizar esta realidad. Lo malo del caso es, que quizás cuando la hayan analizado y vuelvan a la realidad, el análisis se muestre insuficiente, porque la misma realidad haya cambiado.

Para empezar, todo análisis supone una teoría, y toda teoría supone una pregunta, y una situación problemática que genere la pregunta.

No perdamos de vista que todo análisis supone una teoría, y ésta, una motivación generada por una situación problemática.

Pensemos que, siendo científicamente válidos los análisis de una flor realizados por un químico, un botánico, o un floricultor, sin embargo los resultados son distintos. Todo ellos válidos. Todos ellos verdaderos, sólo que diferentes por ser diferente la situación problemática que hace surgir la pregunta, que es la que está a la base de la teoría que intenta responder a dicha pregunta.

Queremos con ello indicar que nuestro interés no es aséptico o neutro, porque tal cosa no existe. El hombre es animal de realidades y con las que se pone en contacto en función de una inteligencia sentiente que es también volitiva y estimativa.

Toda ciencia, a fin de cuentas, es una realización humana y como tal histórica. Fue válido el análisis que de la tierra hicieron los agricultores egipcios y más tarde los renacentistas. Hoy, aquellas respuestas nos son insuficientes.

Igualmente, el análisis y la teoría que podamos generar para intentar racionalizar el proceso histórico, precisamente por lo acertado de la misma, nos va a producir un cambio en la realidad social. Realidad social, teoría e historia van a caminar de la mano, y sólo cuando eso ocurre, son válidas y reales.

Realizado el análisis y descubiertas las contradicciones es preciso elaborar una teoría práctica que permita superar esa situación.

Es decir, el grado de sentir la necesidad de cambio, la necesidad de realizarlo, y para ello, la forma de analizar la situación histórica real y el ritmo en el proceso de cambio y la meta a la que se pretende llegar, están condicionadas por la situación, por el grado de problematización de quien se formula las preguntas.

Conviene no perder de vista esto, por la sencilla razón de que no todos los miembros de la colectividad van a formularse el problema con el mismo grado de problematización.

De nuevo el mito de la caverna. Pero como necesarios son todos los brazos y todos los ojos, es preciso tomarlos como están y en donde están, sin establecer voces proféticas ni vanguardias que generen una serie de estamentos.

Esto no es una nimiedad. El problema existe. Son unas minorías las que implantan la necesidad de cambio, desde teorías más o menos explícitas. Hay una gran parte de la humanidad que permanece inconsciente o se siente incapaz de solucionar los problemas. Surgen, de hecho, una serie de teorías que, presuntamente planteadas para el pueblo, son sin él. Y no sólo son sin el pueblo, sino que se justifica su no presencia, en función de la situación real en la que se encuentra. Aparecen así los fascismos y las vanguardias, que la historia nos está demostrando que son estériles.

Es preciso aceptar la realidad de aquellos mismos que vamos a ser agentes del cambio, no perdiendo de vista que, si no somos todos, surgirá una burocracia que invalidará la marcha. Todos hablan en nombre del pueblo, pero éste no habla, está mudo y cuando algo quiere decir, se le invalida en función de su realidad. Eso es como si un grupo de personas sanas, recias y bien alimentadas, censurasen a los débiles y enfermizos por ser tales y propusieran un ritmo de marcha que sólo los bien dotados y desarrollados pudieran seguir.

Los anteriormente débiles y enfermizos, porque ni recibieron atención médica, ni alimentación adecuada, de nuevo van a pasar al batallón de los torpes del que nunca habían salido. Ahora, en función de no se qué teorías, se les obliga a permanecer así. Es la teoría de Platón en La República, que es propugnar que a quien es enfermo no se le de remedios y se le deje morir.

Alguno puede pensar que si se establece un ritmo de marcha en el que se tome en consideración la situación real de los débiles y enfermizos, jamás avanzaremos nada o lo haremos lentamente. Esta pudo ser la postura de Nietzsche. Sin embargo, si lo que nos proponemos es que toda la humanidad sea sujeto agente de una historia propia, es preciso y necesario partir de esa premisa. Caso contrario es reafirmar y confirmar una situación de sin razón.

Aquí, es preciso no perder de vista, que tanto la categoría «historia» y la categoría «pueblo», toman fuerza y vigencia en un momento dado, que es el de la Ilustración, ya que, justamente la burguesía, ha sido la clase protagonista de ese proceso, con lo que llegamos al despotismo ilustrado, cuyo lema no es otro que *todo para el pueblo pero sin el pueblo*.

Y nosotros, que tomamos las categorías de historia, pueblo y ciencia, lo que pretendemos es elaborar una teoría que permita a los pueblos todos ser sujetos de la historia.

De la misma manera que no queremos deshacernos de Platón, o Descartes no queremos deshacernos de Hegel. Únicamente, que gracias a ellos, somos capaces de no estar de acuerdo con ellos. Es preciso, de esa manera, asumir las conquistas de la Ilustración y rehacerlas sabiendo de detrás de nosotros vendrán otros que las harán variar.

El hecho históricamente cierto es, que a partir de la Ilustración nos hemos encontrado con unos pretendidos y conscientes protagonistas de la Historia. Antes no, por la sencilla razón de que el continente Historia nos era desconocido.

Estos pretendidos protagonistas, han procurado encuadrar al resto de la población en unos esquemas previamente elaborados. Para ello, y ese es su haber, se deshicieron de una sociedad piramidal, que era la estructura desde los tiempos míticos. Había unos que eran los que sabían y tras convertir a las personas en ciudadanos y a los pueblos en departamentos o provincias, elaboraron un reino de fines y de medios, según lo que dictaba la razón y la crítica. Ese éxito, como se ve, va acompañado de su elemento negativo. Había unos agentes principales y el resto era comparsa, masa o pueblo. Otros sin embargo, convertidos también en protagonistas, lo hacían con la sana intención de llevar al pueblo al protagonismo. Tanto los unos como los otros, elaboraban cuadros, esquemas, programas, proyectos a los que la gran masa se debía acomodar.

Para hacer posible eso era preciso una reforma administrativa, jurídica, escolar, militar, económica y social. Pero los autores de las mismas eran unos.

Indudablemente, las distancias son totales cuando en el mundo de los fines, unos actuaban con un fin individual y otros colectivo.

Habrà un punto común en los dos casos. Michel Foucault lo ha visto bien. En las dos estructuras, antagónicas y opuestas, era preciso seguir los dictados de unos pocos. Caso de no hacerlo, quedaba una alternativa. O se era necio o loco y para eso estaba el psiquiátrico, o se era malo y para eso estaba la prisión o el campo de concentración. Como situación previa y provi-

sional, tanto al psiquiátrico como a la prisión, está la policía para aquel que no se acomode a las normas dictadas, y caso de no ser suficiente la policía, quedaban la prisión o el psiquiátrico.

En el reino de los fines hay una distinción radical que no merece la pena recalcarla. Pero en la sociedad, el Hermano Mayor de Orwell, está dictando lo que todos hemos de hacer.

Nace así un problema, que no es político sino teórico-práctico. Es preciso crear toda una estructura y toda una serie de personas que encarnen a la misma en todas las diferentes funciones. La burocracia, la autarquía.

En las dos teorías, con finalidades diametralmente opuestas, se generan unas estructuras semejantes en cuanto que en ambas es preciso crear una administración y una burocracia que planifique, que lleve a efecto lo planificado, que exija a los demás miembros el identificarse o el aportar lo convenido con lo planificado, que juzgue quién lo hace y en qué medida, que sancione el no cumplimiento de lo convenido.

En último término, la vieja cuestión entre nomos o consenso o fisis o realidad. No encontrando suficiente el consenso, pues consensuada fue la muerte de Sócrates, para que los mismos consensuantes se prestasen a procurar la huida de aquel a quien habían condenado a muerte; no siendo suficiente el consenso se buscó la fisis, y como ésta se mostraba hosca y difícil de ponerse de manifiesto, se determinó buscar y encontrar la fisis en aquello que la mente concebía.

Se huía de la convencionalidad del mito, se huía de la convencionalidad de los juzgantes, para terminar eludiendo la realidad y recreándose en lo concebido por la mente, igual a sí mismo, aunque ello fuese capaz de generar la risa de quien lo viese. Solamente que la realidad es muy tozuda y terca y una y otra vez nos obliga a situarnos delante de ella, actualizarla, hacerla ser, pero siendo lo que es para un sujeto que lo actualiza.

Nace así un problema que no es de orden político ni jurídico. O nos atenemos, sin miedo, a la realidad y hacemos frente a ella o nos plegamos a los planes de desarrollo ideados por unos burócratas, llevados a cabo a punta de pistola por los mismos y siendo juzgados todos en función de nuestra adaptación a los planes elaborados por los etnarcas.

Ante esta situación que es real, y que la historia nos ha puesto de manifiesto, sin haber ido a ella a preguntárselo, porque la misma realidad hacía caer todos los parámetros de un edificio construido en base a unos cimientos falsos, cabe un peligro del que es preciso precaverse. Es el de ser hipercrítico.

Una persona tiene que ser crítica. Aquella que es hipercrítica está superando la barrera de lo normal y lo patológico. Recordando a Durkheim podríamos decir que aquel que afirma que todo está bien es ciego. Pero igualmente aquel que diga que todo está mal está neurótico-depresivo. Y si la ceguera es una enfermedad, la neurosis depresiva no lo es menos, y tanto la una como la otra requieren las atenciones de un médico especializado. La hipercrítica es una enfermedad. La tienen normalmente mente y ojos capaces de ver más que lo normal. El hecho cierto es que el hipercrítico será inoperante, porque toda propuesta que se le haga será susceptible de ser sometida a crítica.

Es preciso reconocer que sólo lo concreto existe. Lo abstracto no existe si no es como una construcción mental. Para Platón y para todo Occidente lo que existe es lo abstracto y lo concreto no es sino concreción de ese arquetipo eterno que es abstracto. En realidad de verdad, lo que existe es lo concreto y lo concreto como tal, es limitado. Lo concreto no es concreción de un arquetipo o modelo eterno. Ahora bien, siendo lo real concreto, como tal es limitado y por ser tal de tal condición es susceptible de ser criticado a priori.

Ante lo concreto, los hipercríticos amanecerán reconociendo la validez de lo afirmado «pero...» No hay realidad concreta que no tenga un «pero». Todo lo que es concreto antes de que asome a la existencia es susceptible de ser sometido a la crítica. Sólo lo absoluto no es criticable. Pero éste, en el mundo intramundano no existe, salvo que existe una realidad.

De ahí que el hipercrítico puede llegar a la conclusión de que nada merece la pena, porque todo lo que se haga, siendo concreto, y como tal limitado, es susceptible de ser criticable, con lo cual el hipercrítico se abstendrá de actuar y de comprometerse con el cambio, porque la situación cambiada también será criticable. Olvida el hipercrítico, que quien quiere acceder a la cima de un monte, se verá obligado a dar mil y un más pasos que en nada le interesan, pero sin los cuales no accederá a la cima.

Es preciso comprometerse con una situación que se sabe provisional, como si sólo ella y nada más que ella, fuese la definitiva. Sencillamente es preciso arar los campos con los bueyes que se tienen. Lamentarse de la mala condición de los bueyes, no es más que una excusa para no trabajar.

El hipercrítico nos llevará a una situación inoperante, verbalista, y creadora de una ideología que no va a generar el cambio y sí va a ser un magnífico biombo desde el cual el vértice de la pirámide programará, decidirá, juzgará y sancionará las acciones de todos los demás.

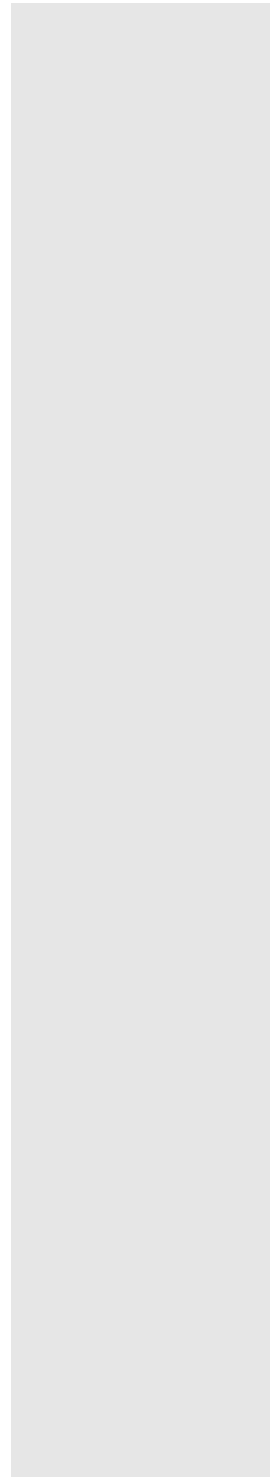
Nos hemos referido a varios peligros que es preciso evitar. El folklorismo ha sido tratado, el mimetismo importativo también. Ultimamente hemos tratado del elitismo y del hipercritismo.

Hoy en día, dada la expansión o si se quiere desaparición de la clase media, con una difícil declaración de qué es ser de izquierdas y qué de derechas, cabe caer también en una especie de *populismo*.

Pero justamente los movimientos populistas son aquellos en los que el pueblo no habla y por él hablan otros.

Esto siempre ha sido problema, pero actualmente es aún mucho más real. Que la posesión de toda una serie de medios de comunicación conduzca a la posesión del poder político, en tiempos de Mac Luhan, era una afirmación hipotética. Hoy en día, en la medida en que la población sea menos crítica, es una realidad ya verificada. La posesión de los medios de comunicación puede conseguir que una sociedad se dirija políticamente en una u otra dirección. Solamente hacen falta comunicadores que sean capaces de dar forma y voz a sentimientos latentes pero presentes en la colectividad.

No se trata de que nuestras respuestas o nuestras necesidades sean ajenas a la colectividad, sino lo que es peor, es que ésta, la colectividad, presente demandas, cuestiones, necesidades que le han sido sugeridas por otros.



CONCLUSIÓN

Supuestos todos estos escollos que hemos de evitar, y propuesto cuál era nuestro programa, es preciso dar un paso más hacia adelante.

Hemos optado por buscar una solución a una situación que nos parece inaceptable. Si en la historia del pensamiento es común afirmar que es preciso retrotraerse a los presocráticos, estamos también dispuestos a hacer lo mismo en este terreno.

Nuestras preguntas, soluciones, necesidades y satisfacciones es posible que no sean las más acertadas ni adecuadas. Nos conformaríamos si ellas supusieran poner en marcha a un cierto sector de la colectividad. Es posible que éstas, generando sus respuestas y satisfaciendo nuestras necesidades, pudieran echar por tierra nuestros mismos planteamientos teóricos. Nada digamos de nuestras respuestas. Sencillamente, nos sabemos hacedores a una con todos los demás humanos de la historia.

Lo que sí está claro es, que es preciso generar una teoría que fuerce la ruptura del entroncamiento del proceso en la dialéctica del dueño y el esclavo, para no discutir quién es el uno, y quién es el otro, sino para hacer desaparecer a los dos.

Sencillamente, es preciso conceder a nuestra acción un carácter dialéctico. Las preguntas y necesidades propuestas por nosotros van a ser asimiladas, en una u otra medida, por los que no tienen preguntas ni necesidades, o más bien tienen otras preguntas y otras necesidades. Desde ahí, asimiladas a su modo, generan una nueva pregunta y una nueva necesidad, que a su vez generará nueva respuesta, de la que surgirá una nueva situación capaz de hacer surgir nueva pregunta y necesidad, que será radicalmente distinta a la que habíamos colocado como

punto de partida. A su vez, esa nueva respuesta generará nueva pregunta y nueva teoría, que serán desechadas por aquellos que las adquieran y también se verán forzadas a romperlas.

Como vemos, el problema no es banal. El proceso histórico está siendo llevado absurdamente, y sin conseguir que nadie quede satisfecho, ni los presuntos protagonistas, ni los presuntos comparsas.

Aparece un primer grupo de personas que, conscientes de ello, procuran hacerse con una teoría que, en el mejor de los casos, les permita *tener más*. Su máxima preocupación será la de cimentar su hacienda.

Un segundo grupo, a quien le calificaríamos de reformista progresivo, procurará hacer extensivo el mundo del saber, para así acceder al mundo del tener.

Un tercer grupo, procurará deshacerse de la estructura actual. Para ello exigirán una obediencia ciega a la burocracia, la presencia de una censura, de una cárcel y de un psiquiátrico. Ellos son los nuevos Mesías. No descenderán del poder porque sólo ellos y nadie más que ellos, saben lo que es preciso hacer en cada momento.

Un cuarto grupo, que habiendo pertenecido al tercero, y viendo la inoperancia de su actuar, «montarán casa» y saldrán de ella a dialectar, como en los tiempos jóvenes de los procesos dialécticos, con los antiguos compañeros de conversación y no de lucha.

Un quinto grupo de los que, asumiendo el proceso dialéctico, están dispuestos a ser superados por sus propios seguidores, con tal que el árbol en el cual ellos creen, el árbol de la libertad, crezca. Ellos son el humus en donde se nace y se cultiva la libertad.

